LAS CIUDADES ROMANAS

PIERRE GRIMAL



COLECCIÓN *¿qué sé?* NUEVA SERIE

oikos-tau

En las provincias occidentales de su Imperio fueron los romanos quienes fundaron las primeras ciudades. Si bien en Oriente existían ya desde antiguo florecientes o célebres ciudades, no ocurría los mismo en las Galias, en Britania, a orillas del Rhin, en Hispania y en la mayor parte de África, donde las poblaciones autóctonas conocían ciertas aglomeraciones, que todavía no constituían ciudades dignas de tal nombre. La ocupación romana introdujo nuevas formas que regirían durante siglos el hábitat humano. Para un romano —y para un griego— no toda aglomeración humana es una ciudad, sino que esta toma su verdadera realidad únicamente cuando sus habitantes logran crear en ellas los instrumentos de una vida colectiva: santuarios, lugares de reunión, edificios oficiales de toda índole, fuentes públicas, etc. El mismo suelo de la ciudad está consagrado a los dioses y constituye un lugar sagrado. En este aspecto las ciudades romanas son una imagen de Roma. El capítulo inicial de esta obra está dedicado a los principios generales del urbanismo romano, seguido de una interesante panorámica del desarrollo urbano de Roma. Continúa un detallado estudio de los monumentos urbanos típicos de la ciudad romana, y concluye con la descripción de algunas grandes ciudades del Imperio. Las ilustraciones que acompañan al texto hacen aún más amena la lectura del interesante relato.



Pierre Grimal
Miembro del Instituto de Francia

LAS CIUDADES ROMANAS





oikos-tau, s. a.
APARTADO 5347 - 08080 BARCELONA
VILASSAR DE MAR - BARCELONA - ESPAÑA

Traducción de J. Garcia-Bosch

Primera edición en lengua castellana 1991

Título original de la obra:

«LES VILLES ROMAINES»

par Pierre Grimai

ISBN 84-281-0731-9

Deposito Legal: B-1.108-1991

Cubierta de Juli Blasco

Printed in Spain - Impreso en España

oikos-tau, s. a. - Industrias gráficas y editorial
Montserrat 12-14 - 08340 Vilassar de Mar (Barcelona)

Índice

Introducción

Fueron los romanos quienes fundaron en las provincias occidentales de su Imperio las primeras ciudades. Aunque en el momento de la conquista romana existían ya en Oriente desde hacía mucho tiempo ciudades célebres y florecientes, este no era el caso de las Galias, de Gran Bretaña, de las orillas del Rhin, de España, y de la mayor parte de África. Sin duda las poblaciones celtas o íberas disponían ya de aglomeraciones urbanas (cuyos vestigios han sido encontrados y estudiados en nuestros días), lugares de refugio, establecidos generalmente en lugares elevados y protegidos por murallas, la mayoría de las veces en piedra seca. Dentro del recinto, como hemos visto en Alesia (Les Laumes), cabañas agrupadas en barrios, junto a amplios espacios libres, donde tenían lugar los mercados y, quizá, las asambleas políticas; pero estos conjuntos, en los que la implantación de las viviendas parecía haberse hecho frecuentemente sin orden, no constituían todavía unas ciudades dignas de este nombre. La ocupación romana introdujo e impuso formas nuevas, que marcarían durante siglos el hábitat humano.

Esta evolución pudo comprobarse por ejemplo con motivo de los descubrimientos que acompañaron la exploración de la meseta de Enserune, a medio camino entre Narbona y Montpellier. Se extendía, dominando la llanura bien cultivada, una ciudad indígena, de la que hemos seguido la lenta evolución bajo la lejana influencia de los modelos helénicos, importados por los mercaderes de las colonias griegas instaladas en la costa, desde Marsella a Ampurias, y cuya influencia, por otra parte, llegaba por ejemplo hasta Glanum (Saint-Rémy). Pero, cuando a finales del siglo II antes de nuestra era, fue fundada por los romanos la ciudad de Narbona *(Narbo Martius)*, el viejo

oppidum fue abandonado en beneficio de la nueva ciudad. Es posible que este abandono fuera impuesto por los conquistadores, poco predispuestos a dejar subsistir cerca de la ruta que aseguraba sus comunicaciones con una España inquieta, la amenaza de una ciudad elevada en manos de poblaciones insuficientemente pacificadas. Pero, también es cierto que el atractivo que ejercía Narbona jugaba un importante papel en este caso. La ciudad romana no solamente aportaba un hábitat nuevo, sino unos conceptos destinados a transformar el modo de vida tradicional y la organización política y social de toda la comarca.

Aunque efectivamente fue el poderío militar de los pueblos sometidos a Roma el que se vio quebrado por las legiones, la ciudad romana fue la que —al menos en las provincias occidentales— aseguró la «romanización» del territorio conquistado. Los romanos no se equivocaron al servirse de su urbanismo como poderoso instrumento político. Tácito consintió al rebelde bretón Galgacus una violenta invectiva contra la vida urbana, la que, transformando profundamente el alma de sus compatriotas, los acostumbraba gradualmente a la esclavitud. Pero no fue únicamente la atracción por el lujo, los baños, una mejor comida, una ociosidad al amparo de los vencedores, lo que pudo tener este poder. La ciudad romana no solamente representaba cierto número de comodidades materiales, sino que sobre todo era el símbolo omnipresente de un sistema religioso, social y político que constituía el armazón de la romanidad.

Para un romano —como también para un griego— no todas las aglomeraciones humanas eran una Ciudad. Esta no estaba formada solamente por la yuxtaposición pura y simple de habitaciones individuales o familiares. Únicamente asumía su verdadera realidad en la medida en que sus habitantes conseguían crear los instrumentos de una vida colectiva: santuarios, lugares de reunión, edificios oficiales de toda clase, fuentes públicas donde todo el mundo podía tomar el agua necesaria para la vida y el culto familiar. Finalmente, el mismo suelo de la ciudad estaba con-

sagrado a los dioses, constituyendo un lugar sagrado, insustituible e inmutable.

En este aspecto las ciudades romanas —y, especialmente, las que fueron fundadas por ciudadanos romanos enviados de la metrópoli, y que se llamaban *colonias*— son a imagen de Roma. Reproducían lo más exactamente posible las instituciones, los monumentos, los cultos de la ciudad matriz, la que continuaba siendo la *Urbs*, la Ciudad por excelencia, y que reproducía en todas partes, en lo más profundo de las provincias más lejanas, los caracteres esenciales de la capital.

Roma estaba incluida dentro de una frontera sagrada —que se llamaba *pomerium*—, y su territorio estaba protegido por divinidades y ritos que le eran propios. Incluso en la época del continuado incremento de población, en que la aglomeración real se había extendido mucho más allá de la antigua *pomerium*, la Ciudad no poseía el mismo estatuto religioso y administrativo que el campo de su entorno. Conservaba una primacía indiscutible, y de ella emanaba toda autoridad legal. Por ejemplo, cada año, al hacerse cargo de la ciudad, los cónsules debían subir al Capitolio a prestar juramento a Júpiter, el dios soberano de la Ciudad. Si no cumplían esta ceremonia, no eran formalmente investidos de su autoridad. Y esta autoridad no era la misma según se ejerciera dentro o fuera de la ciudad. El poder consular, en principio absoluto fuera del recinto urbano, dentro de este estaba limitado por unas reglas constitucionales muy concretas. A un general victorioso, de regreso de su campaña, le fue prohibido franquear el límite pomerial siempre que continuara deseando ser *imperator*, en espera, por ejemplo, de que el Senado consintiera en concederle los honores del triunfo. Incluso, si por descuido ponía los pies dentro del *pomerium*, perdía su cualidad, y ya no podía aspirar al triunfo.

Estas prescripciones, y otras parecidas, demostraban que la misma noción de ciudad era de naturaleza esencialmente religiosa y espiritual. Las consideraciones materiales, edilicias, estratégicas, y económicas, llegaron luego.

Antes de ser lugar de refugio o de placer, la ciudad romana fue un centro sagrado y, lo que era muy parecido, un centro jurídico. La implantación de colonias en las provincias conquistadas, tuvo como finalidad y efecto crear unos «puntos estables» dentro del territorio anexionado. Se desconfiaba de los *pagani,* de los aldeanos, de los campesinos, y de todos aquellos dispersos por el campo y que no vivían ni pensaban según las modalidades romanas.

Todas las ciudades diseminadas en el Imperio, no siempre fueron colonias, es decir, que todas no estuvieron originariamente pobladas por ciudadanos romanos. Muchas, especialmente en Oriente y en la misma Italia, preexistían a la conquista, y Roma solamente había superpuesto su autoridad a la organización política anterior. Cada una de estas urbes sometidas así a la soberanía feudal de Roma, estaban vinculadas por un tratado que les confería un estatuto particular. Frecuentemente, las urbes conquistadas conservaban una amplia autonomía para todos los asuntos locales, continuando en posesión de sus asambleas políticas tradicionales. Y lo mismo sucedió en Occidente en todas las ciudades indígenas que se crearon después de la conquista, incluso sin la aportación de ciudadanos romanos. Pero muy rápidamente estas urbes tendieron a modelarse según las colonias y en copiar las instituciones. Pronto no hubo en el Imperio ciudad que no poseyera su Senado (al que se llamaba Orden de los Decuriones), su cuerpo electoral popular, sus magistrados agrupados en colegios, y que correspondían a los cónsules y ediles de Roma. Así, poco a poco, las provincias se encontraron formando parte de un mosaico de *urbes* que constituían las células políticas. Cada urbe tenía como núcleo una ciudad, que era el centro administrativo, en torno a la cual se desarrollaba un territorio bastante amplio que le estaba sometido. Los habitantes de la ciudad ejercían sobre los del campo una primacía comparable a la correspondiente a los ciudadanos romanos sobre los habitantes de las provincias. Es en este riguroso paralelismo entre Roma y las urbes provinciales que se fundamenta toda la historia de

las ciudades romanas. El urbanismo no era entonces un arte abstracto, puramente técnico. Su finalidad fue dar cuerpo material a esta realidad esencialmente abstracta y espiritual que es la Urbe.

Desde que hace más de un siglo se creó y confirmó una aqueología científica, nuestro conocimiento de las ciudades romanas se incrementó y concretó más allá de cualquier esperanza. No pasa año sin que nuevos descubrimientos vengan a añadir alguna nueva pincelada al cuadro: vestigios desenterrados por las excavaciones, monumentos liberados de construcciones parásitas que los disimulaban o desfiguraban, nos van dando poco a poco el verdadero rostro de las urbes antiguas. Entonces advertimos que, en todas partes donde se encuentran los edificios, aun cuando no son todos iguales en la forma, cuando menos son análogos en su intención y función. En el centro, el *forum,* que es la plaza pública, con sus anexos, el Capitolio, templo de la religión oficial, la *curia,* donde tenían lugar las asambleas de los decuriones, y la *basílica,* lugar de la vida judicial. Luego, un teatro o un anfiteatro (a veces ambos), para los espectáculos y los juegos; santuarios eregidos a las diferentes divinidades; termas, amplios establecimientos de baños, que jugaban, como veremos, un gran papel en la vida social; acueductos, fuentes, y todas las instalaciones sanitarias indispensables para una agrupación humana un poco amplia; finalmente, las construcciones «de prestigio», arcos de triunfo, columnas votivas, estatuas, donde el espíritu cívico encontraba su expresión, como objetos de la ambición y de la emulación comunes.

A menudo, la ciudad, fundada en épocas de conquista en el centro de una provincia todavía turbulenta, estaba rodeada de murallas. E incluso, si más tarde estas murallas, descuidadas, sufrieron toda clase de invasiones por parte de los constructores privados, llegó un momento en que hubo necesidad de restaurarlas cuando la *pax romana* se vio amenazada y las invasiones bárbaras trajeron nuevamente la inseguridad al Imperio.

Estos fueron los elementos de la vida urbana. Hay solamente unos pocos, y su repetición en cada urbe puede llegar a producir monotonía. Sin embargo, no todas las ciudades romanas se parecen. Las ciudades africanas no presentan el mismo aspecto que las ciudades de Gran Bretaña. Intervienen variaciones locales que introducen alguna diversidad. Se crearon tipos arquitectónicos mixtos, en los que las tradiciones indígenas modificaron los modelos clásicos importados por los constructores romanos. Esto es especialmente sensible para los edificios religiosos. Lo podemos comprobar igualmente en las construcciones de viviendas, menos sometidas que los monumentos públicos a unas reglas oficiales. Aunque no es menos cierto que la misma ciudad tiende a adoptar una norma casi inmutable en la medida en que se va acomodando a los prototipos de la capital.

Las ciudades romanas conocieron su apogeo en los siglos I y II de nuestra era. Fue entonces cuando se desarrollaron y alcanzaron una magnificencia que nos es difícilmente concebible. Pero estos felices siglos fueron seguidos de períodos de inestabilidad y de guerras, que obligaron a las ciudades a replegarse sobre sí mismas, amparando en su recinto a los miembros más vulnerables. En las Galias, por ejemplo, en el último tercio del siglo III, vemos cómo se encierran dentro de murallas construidas apresuradamente y apoyadas en los grandes monumentos anteriores. Anfiteatros de muros macizos, tumbas y terrazas de los templos, proporcionaron con poco gasto los elementos de defensa. Se emplearon materiales improvisados para los edificios que quedaron fuera del nuevo recinto y destinados a una posible destrucción. En los umbrales de la Edad Media, es pues una nueva ciudad la que se forma de esta manera, en el miedo y la confusión, sobre una parte restringida de la ciudad romana. También más tarde, la ciudad medieval dará nacimiento a una ciudad moderna. La continuidad no se romperá pues entre la antigua aglomeración y la que ahora podemos conocer. También sucede con frecuencia que el trazado moderno

permite reconocer las formas generales del urbanismo romano. Así, urbes como París, Lyon, Burdeos, Toulouse, Turín, Florencia, Verona, y muchas otras, deben su orientación general y el trazado de tal o cual barrio al antiguo núcleo romano. Lo cual debería ser para nosotros una razón suplementaria para que intentáramos distinguir sobre el terreno, comparándolo con los lugares antiguos más conocidos, esta prehistoria de las ciudades modernas que se disimula bajo las edificaciones y el subsuelo de nuestras calles. Y, sea cual sea el punto de vista en que nos coloquemos, la «ciudad romana» se considera el origen del fenómeno más importante de la historia occidental: la formación de poderosas aglomeraciones urbanas. Esto es cierto, sobre todo, en las provincias de lengua latina, al oeste del Adriático y del golfo de Cirenaica, donde el urbanismo romano no se superpuso al urbanismo griego u oriental. Es por ello que en nuestro estudio nos limitaremos a este territorio, dentro del cual todavía subsisten por otra parte amplias zonas oscuras según el grado de avance de las investigaciones arqueológicas. Por ejemplo, es más fácil en África buscar en las ciudades antiguas, ya que nada impide hacer excavaciones en unos países en los que la tradición urbana no se ha mantenido con la misma continuidad que en Europa. En cambio, los secretos de Lutecia continúan estando profundamente enterrados bajo los diferentes París que se han ido sucediendo a través del tiempo. Pero lo que desde ahora hemos podido ya vislumbrar de las ciudades romanas, en cualquier lugar en que se encuentren, es suficiente para mostrarnos las poderosas huellas dejadas por Roma sobre los territorios que formaron su Imperio y la actualidad siempre activa de la «romanidad».

1. Los principios generales del urbanismo romano

Obligados por las exigencias de sus conquistas, de ampliar las ciudades ya existentes o fundar otras nuevas, los romanos se vieron obligados a elaborar una verdadera doctrina del urbanismo y proporcionar a priori soluciones uniformes para todos los problemas prácticos. Ello se consideraba tanto o más necesario, debido a que los primeros elementos enviados como colonos eran antiguos soldados, poco capaces de inventar por sí mismos, pero sí disciplinados y tenaces. La mano de obra indígena era abundante, pero desprovista de formación profesional. Lo que condujo a la adopción de técnicas simples, como el masivo empleo del cemento, más rápido y más fácil que la construcción en sillares, que se reservó sobre todo para los ornamentos exteriores. Pero, incluso antes de construir los monumentos, se tuvo que trazar la ciudad, prever su ordenación general, articular sus diferentes barrios, y situar sus órganos esenciales. ¿Debían en cada caso los fundadores estudiar minuciosamente, como hacen ahora los urbanistas modernos, las condiciones geográficas, demográficas, económicas, e inspirarse en el clima, la situación, y los caracteres generales del lugar y del traspaís? Generalmente, tantas precauciones eran imposibles. Debía actuarse deprisa y, una vez determinado el emplazamiento de la futura ciudad, empezar su construcción sin demora. Así, los fundadores romanos se contentaron con aplicar un plan simple, siempre el mismo, y que tenía el mérito de ser fácilmente comprensible.

Una ciudad «regular» era, para los romanos, la situada dentro de un cuadrado o un rectángulo, al que atravesaban dos vías perpendiculares trazadas según las medianas. De estos dos ejes, uno estaba orientado de norte a sur. Llevaba el nombre de *Cardo* (que significaba «eje», o «gozne de puerta», pues seguía la línea ideal en torno a

la cual parecía girar la bóveda celeste). El eje este-oeste era el *decumanus,* término de significado oscuro, relacionado por supuesto con el número diez, sin que podamos discernir claramente la razón de este hecho. Con motivo de la creación de la ciudad, el fundador, que era un magistrado oficialmente encargado de esta misión (o, en la práctica, frecuentemente, un agrimensor, que era su adjunto), determinaba en primer lugar el emplazamiento del centro de la futura urbe. En este punto, en el que se cruzaban *decumanus* y *cardo,* situaba el *groma,* instrumento destinado a determinar, como punto de mira, la línea del *decumanus.* Para ello empezaba localizando el sol a su salida, lo que le daba el Oriente verdadero en la fecha de la fundación. A continuación era fácil trazar el *cardo,* elevando la perpendicular a partir del punto de posición. Se medían sobre los dos ejes así obtenidos unas distancias iguales a partir de su intersección, según la superficie que se quería dar a la colonia. Allí se abrían las puertas principales. El trazado del recinto materializaba simplemente el cuadrado, de los que el *cardo* y el *decumanus* eran las medianas. La ciudad tendría entonces cuatro puertas, una en cada uno de los puntos cardinales. Sería pues suficiente continuar trazando las vías secundarias en forma de damero, logrando así unos *decumani* y unos *cardines* secundarios, paralelos respectivamente a dos ejes pricipales. Las manzanas delimitadas de esta forma (las «casillas» del damero) se repartían entre los habitantes según su rango y función.

Un procedimiento semejante era, evidentemente, muy artificial. Solamente podía aplicarse a unos terrenos libres y sin accidentes demasiado acentuados. Era al que recurrían cada noche los oficiales encargados de establecer el campo donde se fortificaban los ejércitos en campaña. En ciertos aspectos, las colonias surgieron como un simple desarrollo del sistema de campo en torno al cual la disciplina militar había formado los veteranos. Las ventajas eran evidentes: los espacios atribuidos en cada caso eran comparables, lo que satisfacía al espíritu de igualdad que ani-

maba a los ciudadanos romanos. Además, una aglomeración así, debido a su forma regular, era fácil de defender. Era del mismo tipo que las colonias militares implantadas en los países poco pacificados, y es por ello que encontramos los ejemplos más característicos en África, principalmente en Timgad (fig. 1, págs. 24-25). Allí se extendían amplias llanuras en las cercanías del Aurés. No existía ningún poblado indígena en este país de nomadismo. La fundación romana era la única ciudad en muchas millas a la redonda. Pudieron pues aplicarse los principios con el máximo rigor. Timgad fue, en sus orígenes cuando menos, un vasto campamento de cemento y de piedra, implantado definitivamente en una de las avanzadillas del Imperio.

Sin embargo, nos equivocaríamos si creyéramos que el plano en damero y la rigurosidad geométrica de las fundaciones de este tipo se pueden explicar en su totalidad por el espíritu militar de los romanos. La realidad es mucho más compleja. Existía en la fundación de una ciudad un elemento al que la disciplina militar no podía tener en cuenta: ninguna consideración práctica podía justificar la *orientación* del *decumanus.* Esta solamente podía depender de una intencionalidad religiosa, y era muy cierto que fundar una ciudad era un acto sagrado. Los autores antiguos nos han descrito muchas veces el ritual que acompañaba al acto. Nos dicen como el mismo fundador, revestido de una toga dispuesta según una antigua moda, se aferraba a los auspicios a fin de asegurarse con signos visibles que los dioses no se opusieran al establecimiento de una ciudad en el lugar elegido. Luego, tomando los mangos de un arado con reja de bronce, tirado por una becerra y un toro blancos, trazaba un surco en torno a la futura ciudad, allí donde debían levantarse las murallas. Tenía gran cuidado en hacerlo de tal manera que toda la tierra levantada por el arado cayera dentro del recinto y, detrás suyo, los asistentes recogían los terrones que a veces saltaban al exterior y los echaban de nuevo donde lo requería el rito. En el emplazamiento previsto para las puertas, el fundador levantaba el arado a fin de proporcionar un acceso libre de cual-

quier consagración. Una vez regresado el celebrante a su punto de partida, la ciudad estaba virtualmente fundada.

Este rito del surco habría sido practicado por el mismo Rómulo en la primitiva Roma, y sabemos que, por haber intentado tomarlo a broma, Remo, que había franqueado de un salto el foso y talud en miniatura que acababa de formar el arado, fue herido de muerte por su hermano. En sí mismo, el rito se entiende bastante. Tenía como finalidad imaginar la futura ciudad en torno a la cual el arado de bronce (la elección exclusiva de este metal nos transporta a una época en la que el hierro todavía no era utilizado corrientemente) dibujaba una línea de protección mágica. De la tierra desgarrada por la reja del arado surgían las divinidades infernales que tomaban posesión del foso y lo hacían *religiosamente* infranqueable. Quien no tomara la precaución de penetrar en el territorio urbano por las puertas, donde el suelo se mantenía intacto, y que por ello constituía una protección eficaz contra los dioses inferiores, se transformaba por ello en *sacer;* quedaba consagrado a las divinidades subterráneas, y por ello debía ser muerto inmediatamente, pues la deshonra que había contraído era una amenaza para la colectividad. Esta creencia explica por sí sola la vieja leyenda que, no sin escándalo, sitúa la muerte de un hermano en los mismos orígenes de la Ciudad.

Este ritual de delimitación del territorio urbano se completaba con otros dos, siendo ambos rituales de consagración. Uno estaba dirigido a los dioses infernales. En un punto central de la futura ciudad, se abría un foso circular llamado *mundus* (quizá llevaba este nombre porque se consideraba que reproducía el dibujo de la bóveda celeste), donde se depositaban las ofrendas «a Los de Abajo». Cada año, en tres ocasiones diferentes, la losa que en época normal cubría este foso, era solemnemente retirada. Durante estos días se suspendía toda actividad oficial en la ciudad. Estando abierto el *mundus* y restablecida la comunicación con los espíritus subterráneos, cualquier empresa estaba destinada al fracaso.

El último rito tenía como finalidad colocar la futura ciudad bajo la protección de los dioses de Arriba y, más concretamente, de una tríada compuesta por Júpiter, Juno y Minerva. Estas tres divinidades recibían un templo común, con tres capillas, que formaban el *Capitolio* (es decir, la Cabeza) de la ciudad. Como norma, este santuario debía estar colocado en un punto elevado, a fin de que sus divinos huéspedes pudieran abarcar con la mirada la mayor superficie posible de la urbe. Era una vieja creencia, y muy arraigada, que la protección de un dios solamente podía ejercerse con eficacia sobre el terreno que podía *ver*. También, cuando era imposible situar el Capitolio en la cima de una colina, se lo colocaba sobre un alto *podium,* una terraza artificial que sirviera para ello. Frecuentemente este Capitolio estaba construido en los lindes de la plaza principal, en el mismo centro de la colonia.

Vemos, por consiguiente, que las indicaciones transmitidas por los antiguos sobre la fundación de las ciudades, incluían dos series distintas de prescripciones: una parte técnica, de pura geometría, y la otra parte un ritual de características arcaicas. Pero nada garantiza que estos dos elementos estuvieran primitivamente vinculados. De hecho, lo están en las fundaciones llevadas a cabo en la época clásica, pero ¿siempre fueron así? La consagración del suelo y el trazado del surco mágico, no implican por sí mismos en ningún caso que la ciudad deba tener forzosamente forma de cuadrado y todo su territorio estar dividido efectivamente en forma de damero por la malla de calles. Solamente un rasgo es común a todas: la determinación de dos ejes orientados siguiendo las «líneas de fuerza» del universo, tal y como se concebía entonces. Es posible que esta particularidad haya permitido integrar, dentro de un ritual más antiguo, una técnica que, en sí misma, nada tenía de sagrada.

Sea lo que fuere, los autores antiguos son unánimes en afirmar que el rito de fundación, bajo su doble aspecto práctico y religioso, les fue enseñado a los romanos por el pueblo etrusco. Nada puede poner en duda esta afirma-

ción. La tríada capitolina es etrusca, como lo son los templos de triple *cella* (de tres capillas) que lo amparan. Igualmente, la importancia que se concede a las divinidades subterráneas, las precauciones de las que se rodean contra ellas, esforzándose en controlar e utilizar su poder maléfico, todo ello, hace pensar en la demonología etrusca, tal y como la vemos representada en las pinturas funerarias de Tarquinia, por ejemplo. El nombre de *groma* que lleva el instrumento de medición, es un término probablemente etrusco, y si el ritual conserva elementos propiamente latinos, anteriores a la influencia etrusca, estos elementos han sido encubiertos por ella, hasta el punto de no poder reconocerlos.

De hecho, podemos comprobar que dos ciudades, innegablemente etruscas, y que se remontan a finales del siglo VI antes de nuestra era, presentan ya las características generales de las colonias romanas. La primera es la urbe llamada de Marzabotto, según el sitio donde se han llevado a cabo las excavaciones, y cuyo nombre antiguo nos es desconocido. Estaba edificada en una meseta suavemente inclinada, a orillas del Reno, a 25 km al sudoeste de Bolonia. Sus calles dibujaban un damero perfecto, trazado a cordel. Las manzanas delimitadas por los *decumani* y los *cardines,* tenían todas una longitud de 165 m y una anchura que variaba de 40 a 60 m. Las dos calles principales alcanzaban una anchura de 15 m; las calles secundarias eran, aproximadamente, tres veces menos largas. El Capitolio estaba instalado en una altura que dominaba la ciudad, y allí, entre los diferentes monumentos religiosos, fue descubierto un foso cónico, lleno de restos de sacrificios, y en el cual podemos imaginar sin duda un *mundus.* La ciudad de Marzabotto es pues, innegablemente, etrusca. Fue fundada quizá por colonos llegados de la poderosa Bolonia etrusca, o de Chiusi, que se instalaron allí para vigilar el valle del Reno y la salida de los Apeninos. Fue brutalmente destruida a mediados del siglo V aC, aunque ahí tenemos un testimonio cierto de lo que podía ser una fundación etrusca en la época en que este pue-

blo había alcanzado el apogeo de su civilización y de su poder.

La otra urbe es Capua. La Capua antigua se extendía, no en el emplazamiento de la moderna *Capua* (que ocupa, desde 865 dC, el de la *Casilinum* romana), sino en el sitio de la actual S. Maria di Capua Vetere, en medio de una amplia llanura. Fue fundada por los etruscos durante su penetración en la Italia meridional, y conservó hasta el final las huellas del trazado que sus fundadores le habían dado. Este aún trasluce en las arterias del pueblo moderno, cuya calle principal, el Corso Umberto I, ocupa el antiguo *decumanus maximus* (fig. 2, pág. 27), que atravesaba la ciudad de oeste a este, de la Puerta de Roma *(Porta Romana)* a la Puerta *Albana.* El *cardo* principal debemos buscarlo en una vía perpendicular, igualmente distante de los muros este y oeste. *Cardo* y *decumanus* se cruzan en los alrededores de la actual Piazza S. Pietro, y es allí donde se levantaba en la antiguedad la Casa Blanca *(aedes Alba),* sede del Senado de la urbe. Otro punto importante lo constituía la *Seplasia,* el centro comercial, donde se encontraban principalmente los fabricantes de perfumes, tan numerosos en Capua. Esta plaza estaba muy cerca del Capitolio, cuyos altos monumentos dominaban la parte occidental de la ciudad.[1]

Pero si es cierto que algunas veces los etruscos aplicaron, al menos en la fundación de sus colonias, los principios que luego serán los del urbanismo romano, no obstante nos equivocaríamos si imagináramos que *todas* las ciudades etruscas habían de construirse siguiendo el plano en damero. Recientes excavaciones[2] demuestran, por ejemplo, que la etrusca Volsinies, cuyos yacimientos dominan la Bolsena moderna, en Italia central, de ningún modo reproduce el esquema geométrico de Capua y de Marza-

1. Heurgon, J., *Recherches sur... Capoue préromaine,* págs. 124 y sigs., París, 1942.

2. Bloch, R., «Volsinies étrusque et romaine», en *Mélanges de l'Ecole française de Rome,*LXII, págs. 53-120, 1950.

botto. Estaba construida en un terreno atormentado, que incluía un desnivel total de 200 m, y abarcaba cuatro colinas diferentes. En una de ellas hemos encontrado un templo que databa sin duda del siglo III aC, y que parecía albergar una tríada divina, sin que podamos en la actualidad saber si constituía el único «Capitolio» de la ciudad. Es difícil concebir que, en tales condiciones y en semejante lugar, el trazado de las calles (que, por otra parte, en estos momentos todavía no conocemos) hubiera podido conformar un cuadriculado impuesto por la teoría. En cualquier caso, el mismo recinto no era rectangular, sino que seguía una trazado irregular, con numerosos desencajes para facilitar la defensa. Podemos creer, pues, que la disposición de las calles se había adaptado a las oscilaciones del terreno, como todavía podemos comprobar en Vetulonia, la otra ciudad etrusca, la cual tampoco responde a los principios rituales.

Tanto para las urbes etruscas como para las ciudades romanas, conviene distinguir, evidentemente, entre las fundaciones establecidas en llanuras y las que se aferraban a una acrópolis. Únicamente las primeras estaban sometidas a la disciplina de una rigurosa cuadrícula. Las otras utilizaban lo mejor posible el lugar, a fin de sacar el mejor partido posible para la defensa. Incluso a los ojos de los etruscos, la ciudad «cuadrada», con sus dos ejes perpendiculares, su malla de calles en damero, sus cuatro puertas, no era más que un ideal al que debía aproximarse lo más posible, dentro de los límites permitidos por las necesidades prácticas.

En el interior de Italia central, las urbes regulares eran una excepción. Apenas existían, excepto en las zonas sometidas a la influencia etrusca y, más tarde, a la de Roma. Antes de la llegada de los romanos, las urbes montañesas que ocupaban las mesetas y regiones interiores de los Apeninos, no eran más que pueblos de dimensiones mediocres, adosados a algunos escarpados. Las rocas

y un acantilado formaban su defensa natural, y estos refugios apenas merecían el nombre de ciudad. Hasta una época tan tardía como los inicios de nuestra era, amplias regiones a las mismas puertas de Roma, la región de los pelignos, vestinos, marsos y marrucinos, apenas disponía de una verdadera ciudad. Todavía en nuestros días, muchos pueblos de estas regiones conservan el mismo carácter. Visibles desde muy lejos, aparecen apretujados en la cima de un pitón. El espacio estaba estrictamente medido, y sus calles, estrechas y sinuosas, hacían pensar más en un laberinto que en la bella disposición de un damero.

Sin embargo, estas aldeas italianas son generalmente herederas directas de una ciudad romana. Pero ahí el establecimiento romano no hizo otra cosa que tomar el relevo de una primera aglomeración indígena, conservando su disposición caprichosa. Se trataba, a menudo, de «colonias latinas», establecidas en una fecha relativamente alta (entre los siglos IV y III aC), cuyos habitantes, sin estar asimilados a los ciudadanos romanos, gozaban de ciertas prerrogativas jurídicas. Durante mucho tiempo, las guarniciones romanas se establecieron allí al abrigo de sorpresas, y fue solamente hasta finales de la Segunda Guerra Púnica (principios del siglo II aC), que los romanos emprendieron la ocupación de la llanura, fundando ciudades de tipo geométrico. Las antiguas aldeas perdieron entonces su importancia en beneficio de sus rivales, más fácilmente accesibles, y situadas más cerca de las grandes rutas comerciales. Lo que no quiere decir que, durante siglos, existiesen en la misma Italia un tipo de ciudades completamente diferentes de las ciudades etrusco-romanas, urbes en acrópolis, ciudades fortalezas, que no tenían nada en común con las colonias «regulares».[3] En ellas, las formas clásicas del urbanismo romano tuvieron que adaptarse a

3. Por ejemplo, Norba, en el borde de las montañas Lepini. Ver Schmiedt, G. y Castagnoli, F., en *L'Universo,* XXXVII, págs. 124-148, 1957. Ver también Alba Fucens (Visscher, F. de, Ruyt, F. de, etc., *Les fouilles d'Alba Fucens,* Bruselas, 1955).

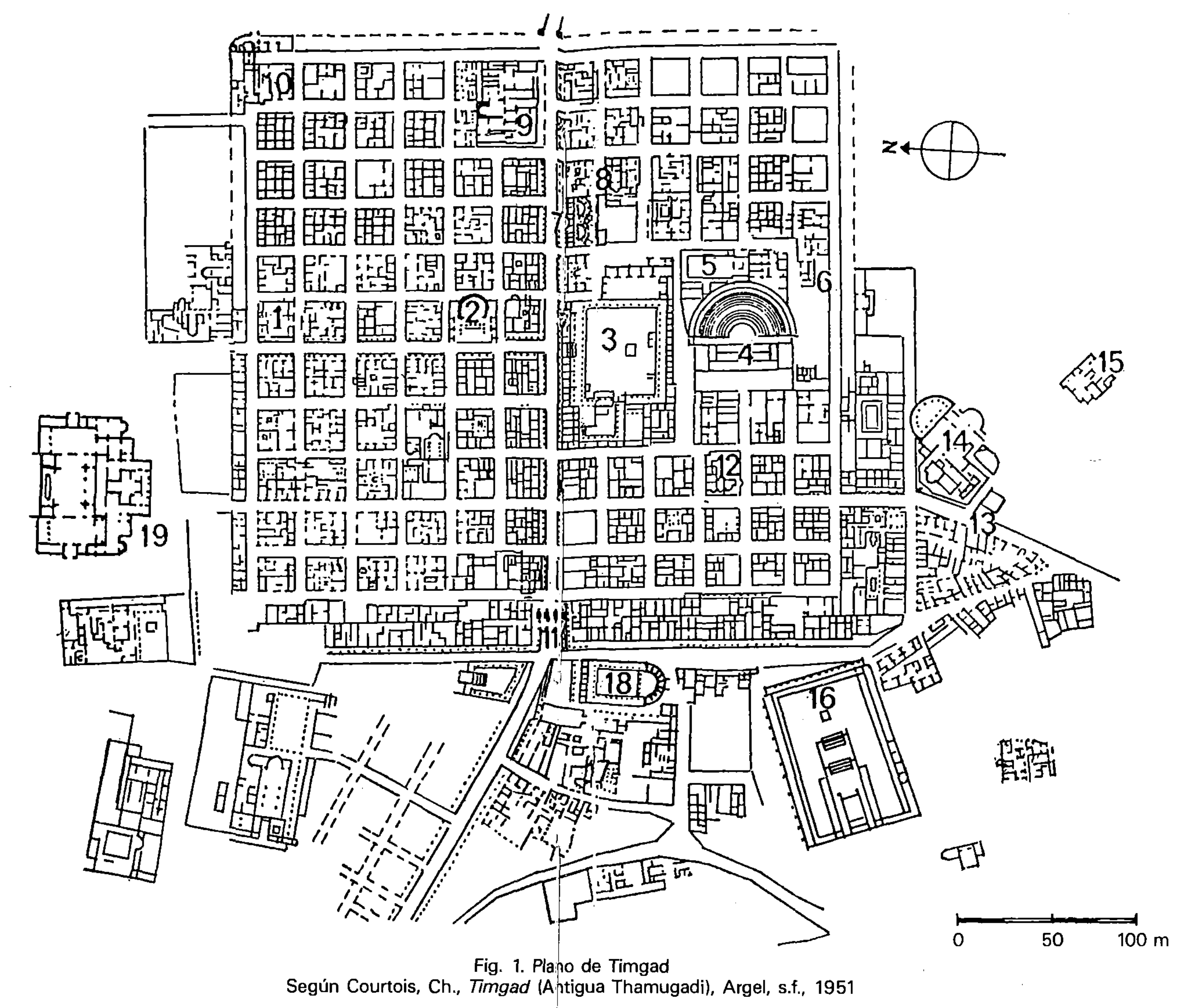


Fig. 1. Plano de Timgad
Según Courtois, Ch., *Timgad* (Antigua Thamugadi), Argel, s.f., 1951

1. Pequeñas Termas del Norte; 2. Biblioteca pública; 3. Foro (ver fig. 9); 4. Teatro; 5. Templo de Ceres (?); 6. Templo de Mercurio (?); 7. Mercado del Este; 8. Pequeñas Termas del Este; 9. Grandes Termas del Este; 10. Termas del Nordeste; 11. Arco llamado de Trajano; 12. Pequeñas Termas del Centro; 13. Barrio industrial; 14. Grandes Termas del Sur; 15. Pequeñas Termas del Sur; 16. Capitolio; 17. Termas del Mercado de Sertius; 18. Mercado de Sertius; 19. Grandes Termas del Norte.

las condiciones locales. Su resultado fueron unos compromisos que dieron a las ciudades de Italia central su carácter tan particular: Assise, en Umbría, continúa colgada en su colina; *Tusculum* (actualmente Frascati), *Tibur* y *Praeneste* (Tivoli y Palestrina), en el horizonte de Roma, todavía conservan hoy una irregularidad de trazado que expresa sus lejanos orígenes.

La misma concepción de ciudad «cuadrada» es, pues, un contraste evidente con las tendencias de gran número de ciudades italianas, y fue necesario que se importara en la mayor parte de la península italiana y se impusiera por conquista. Seguramente nos gustaría saber cuándo empezó a tomar forma. Pero, sobre este punto, solamente podemos hacer conjeturas.

Hace aproximadamente 80 años, la atención de los arqueólogos se vio atraída por los descubrimientos que, en un primer momento, parecían haber aportado una solución al problema. Se trataba de una serie de establecimientos humanos que se remontaban a un período que se extendía entre finales del segundo milenio y, aproximadamente, el siglo VIII antes de nuestra era.[4] Estas «urbes», de una extensión generalmente mediocre, estaban diseminadas en la parte meridional de la llanura del Po. Eran numerosas en la región de Mantua, Parma y Módena, donde sus vestigios formaban capas de tierra particularmente ricas en restos orgánicos, que los campesinos utilizaban como abono, y a la que daban el nombre de «terramare» (es decir, «tierra de marga»). Este nombre ha quedado vinculado a estas aldeas prehistóricas, en las cuales, durante mucho tiempo, se han querido ver unas urbes fundadas por los ancestros de los latinos durante la lenta migración que condujo a estos desde Europa central hasta el Lacio. Se creyó ver, efectivamente, que las cabañas de que se componían, estaban dispuestas según las reglas tradicionales de las ciudades con *decumanus* y con *cardo*.

En realidad, los hechos son mucho menos claros y

4. Säflund, G., *Le Terremare*, págs. 233 y sigs., Lund-Leipzig, 1939.

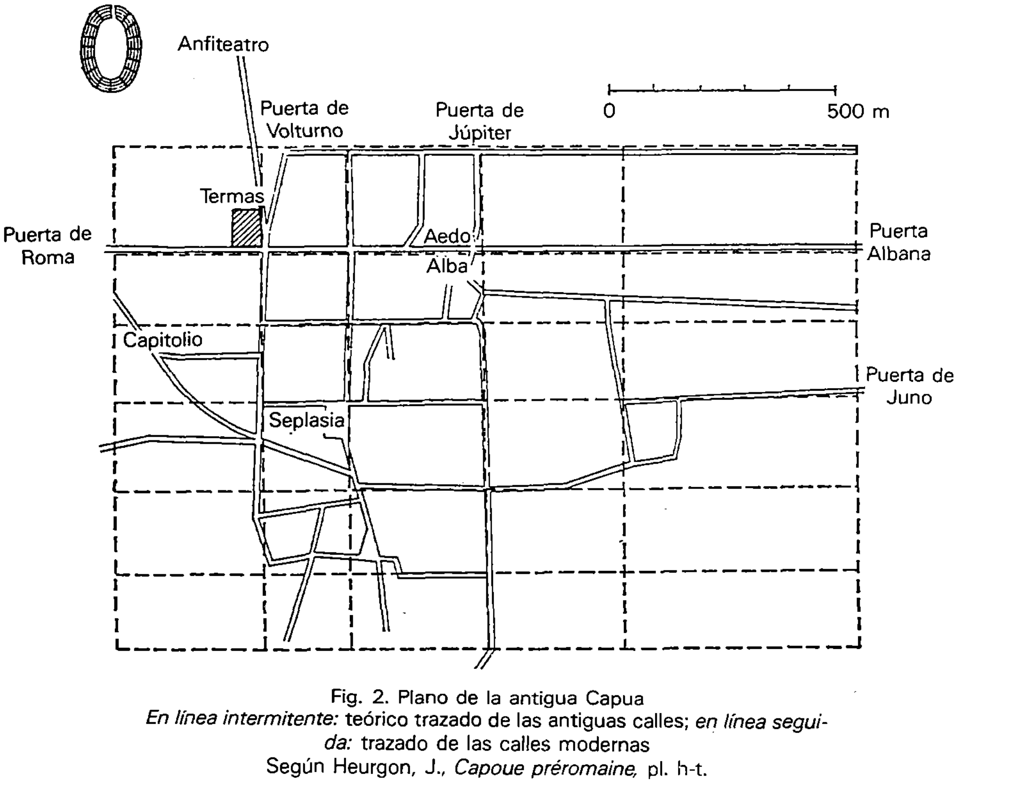


Fig. 2. Plano de la antigua Capua
En línea intermitente: teórico trazado de las antiguas calles; *en línea seguida:* trazado de las calles modernas
Según Heurgon, J., *Capoue préromaine,* pl. h-t.

convincentes de lo que se ha dicho. La imaginación de los arqueólogos, en el entusiasmo de los primeros descubrimientos, a menudo les conduce a conclusiones apresuradas, deduciendo que estas pobres estaciones, limitadas a una región bien definida de Italia septentrional, presentaban ya todos los elementos de una ciudad etrusca o romana. Ignoramos completamente si los habitantes de las terramares son los antepasados de los latinos. Todos los datos sugieren, en cambio, que no es nada de eso y, de cualquier forma, es una hipótesis gratuita que se atribuya a este pueblo prehistórico, del que apenas sabemos casi nada, el ritual tan complejo con el que los etruscos envolvían la fundación de las urbes y que se relaciona evidentemente con toda una concepción puramente etrusca del universo.

Sin duda, no es en la misma Italia que debemos buscar el origen de la ciudad «cuadrada», sino dentro de la totalidad del mundo mediterráneo. Sabemos que las ciudades de trazado geométrico, bastante parecidas, por su perfil general, a las colonias etruscas, se construyeron en Oriente mucho antes de que se fundaran Marzabotto y Capua. Como más tarde, hacia finales del siglo VI aC, el mismo estilo urbano se impuso en Jonia y, de ahí, irradió un poco a todas partes. Cuando la ciudad de Mileto fue reconstruida el año 479 aC, después de su destrucción total por los persas en el año 494 aC, los habitantes le dieron un trazado completamente nuevo, en damero, sin tener en cuenta la forma antigua. Y ya antes, los mismos milesios habían adoptado la misma disposición para su colonia de Olbia, en Ponticapaeum (mar Negro), que había sido destruida por un incendio, y que tuvieron que volver a edificar de nuevo completamente. Nada se opone pues a que los arquitectos etruscos experimentaran la influencia jónica: lo que es cierto para la escultura, la cerámica, la pintura y los mitos, también puede serlo para el urbanismo. Las relaciones entre Etruria y los países orientales fueron lo suficiente estrechas como para que la hipótesis sea, en sí misma, bastante verosímil.

La tradición, apoyada en una breve referencia a Aristóteles, alaba generalmente al arquitecto Hipodamo de Mileto, cuya actividad transcurre en la mitad del siglo v aC, como el inventor de la generalización de la planimetría geométrica en el mundo griego. Pero las fechas no se corresponden. Como máximo, podemos admitir que fue su principal propagandista e introductor en la propia Grecia (principalmente en El Pireo), así como en las colonias fundadas en esta época, como por ejemplo Thurii, colonia de Atenas en Italia meridional (fundada en el año 443 aC), y quizá de Olinto (en Calcídica, a un centenar de kilómetros al sureste de la actual Salónica). A partir de este momento, el plan «hipodámico», como se le llama, es ya habitual en las fundaciones y modificaciones de las ciudades. Triunfó en el período helenístico. Las excavaciones italianas llevadas a cabo en el emplazamiento de Camiro, en la isla de Rodas, nos dan a conocer una ciudad de este tipo: dominada por una acrópolis arcaica, en donde estaban agrupados los santuarios, la ciudad va descendiendo ligeramente en pendiente cóncava hasta el mar. Las calles longitudinales siguen las líneas de la pendiente más pronunciada, y las calles transversales discurren según las curvas de nivel. El conjunto da la impresión de un amplio teatro, cuyo escenario estaría situado en el puerto y el mar. Igual disposición general encontramos en Priene, en Asia Menor (fig. 3), que fue totalmente reconstruida a finales del siglo IV aC, así como de Halicarnaso. Comprobamos en Priene que el plano rectangular, aplicado muy estrictamente para el trazado de las vías, no ejerce ninguna influencia en la disposición general de la muralla que sin ningún rigor rodea la ciudad, utilizando la disposición del terreno, como en Volsinies. El tempo de Atenea Polias (la divinidad protectora de la urbe) se eleva sobre una terraza que domina la plaza central (el *ágora),* parecido un poco al Capitolio de Marzabotto, que dominaba el resto de la urbe.

Estos ejemplos de ciudades «regulares», fundadas por arquitectos griegos, en ningún caso quedaron restringidas

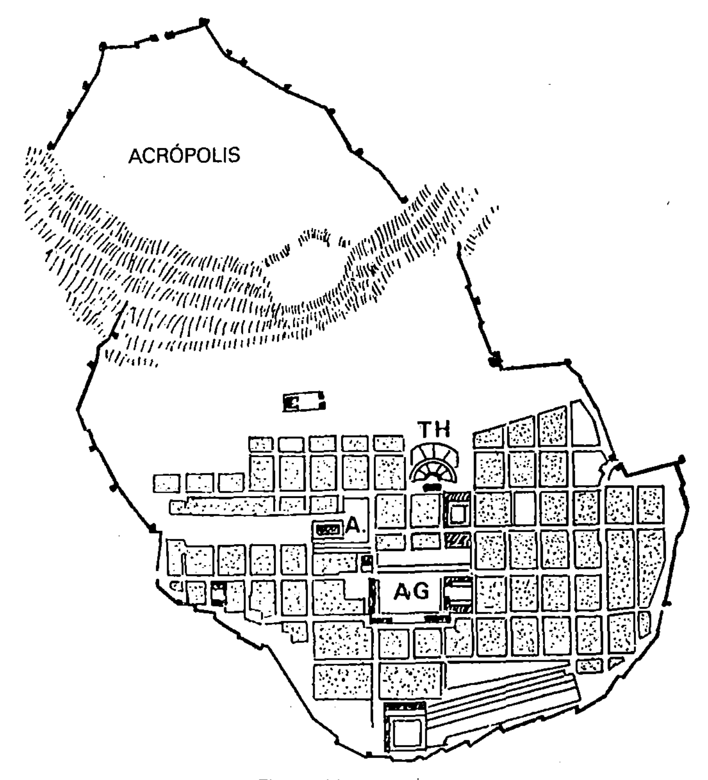


Fig. 3. Plano de Priene
Según Gerkan, A. von, *Griech. Städt.*, plano 9.

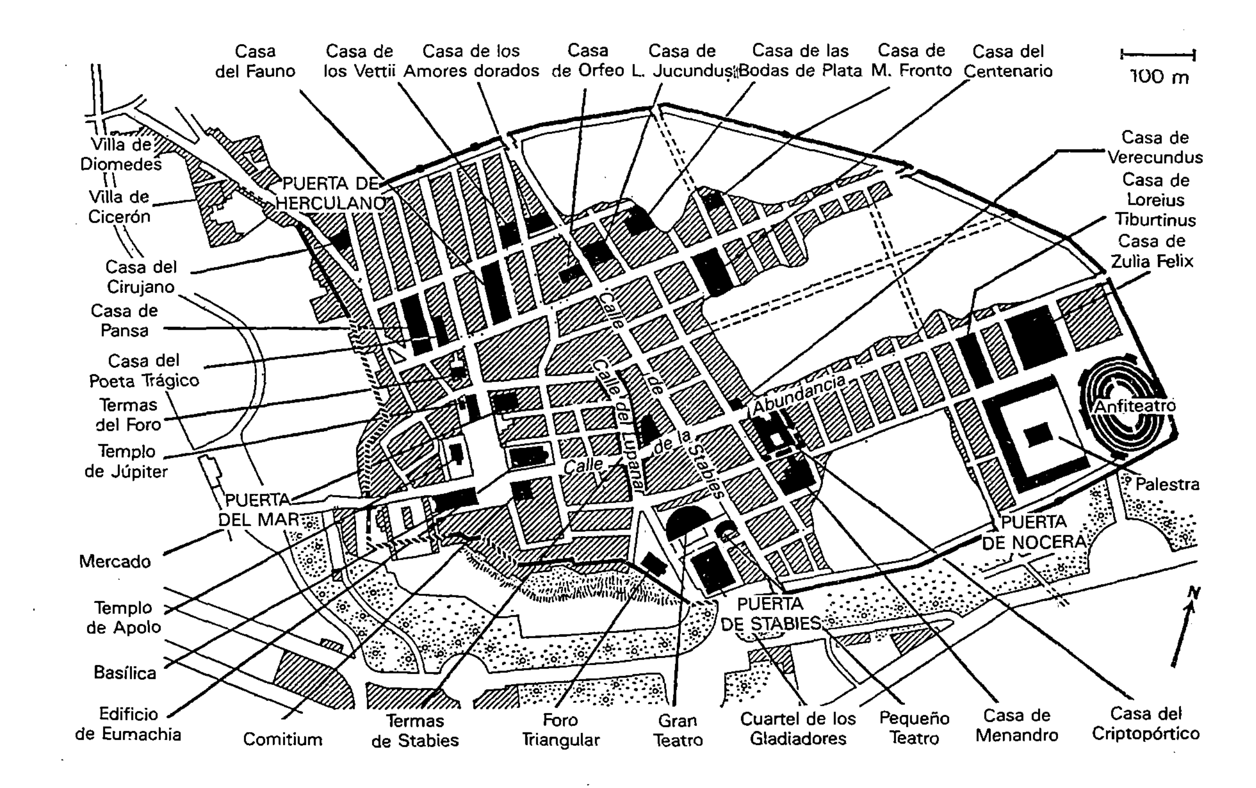
al ámbito oriental. Sin hablar incluso de Thurii, fundada bastante tarde, podemos comprobar que las colonias griegas de Campania, *Posidonia* (actualmente Paestum, al sur de Salerno), y la misma Nápoles, estaban concebidas siguiendo un plan análogo. Hemos podido demostrar efectivamente que la helénica *Neapolis* (Nápoles) estaba recorrida por tres vías principales, orientadas de este a oeste,

a las que cortaban, de distancia en distancia, unas calles perpendiculares parecidas a unas *cardines.* De igual manera, la muralla de Paestum presentaba cuatro puertas principales, en las cuales desembocaban cuatro calles, dispuestas evidentemente en cruz. Ahora bien, ni Nápoles ni Paestum pudieron ejercitar, en el momento de su fundación (hacia finales del siglo VI aC), la menor influencia etrusca. Lo mismo sucedió para la ciudad de Selinunte, en Sicilia, que fue totalmente reconstruida en los últimos años del siglo V aC.

Los etruscos se encontraron durante sus incursiones en Campania en presencia de urbes geométricas, cuya moda iba generalizándose. Tenemos un ejemplo en Pompeya, esta ciudad de Campania que la erupción del Vesubio en el año 79 dC puede decirse que fosilizó y que casi pudo recuperarse intacta. Pompeya también presenta un plano en damero (fig. 4), que no está orientado siguiendo las reglas de la disciplina etrusca, pero cuyo parentesco no es menos evidente con las ciudades etruscoromanas. Actualmente está comprobado, a pesar de lo que se ha dicho, que Pompeya jamás conoció la menor «fase etrusca». Fue fundada a finales del siglo VI aC, por los oscos, poblaciones indígenas que estaban bajo la influencia cultural directa de las vecinas colonias griegas. Los fundadores, fieles a los métodos de los ingenieros griegos, empezaron por rodear su ciudad de una muralla hecha de sillares de tipo totalmente helénico.[5] Las puertas de servicio prueban que la red viaria urbana ya era, a grandes rasgos, la que debía continuar hasta el final.

El examen de estos diferentes hechos nos permite entrever sin duda los orígenes de la planificación de las colonias etrusco-romanas. Parece cierto que los ejemplos que proporcionaron en la misma Italia las colonias griegas, contribuyeron ampliamente a asegurar su pervivencia.

5. Maiuri, A., «Studi e Ricerche sulla Fortificazione di Pompei», en *Monumenti Antichi...*, XXIII, págs. 113-286, 1929; «Greci ed Estruschi a Pompei», en *Atti della Reale Acc. d'Italia,* págs. 121-149, 1944.


Casa del Fauno
Casa de los Vettii
Casa de los Amores dorados
Casa de Orfeo
Casa de L. Jucundus
Casa de las Bodas de Plata
Casa de M. Fronto
Casa del Centenario
100 m
Casa de Verecundus
Casa de Loreius Tiburtinus
Casa de Zulia Felix
Villa de Diomedes
Villa de Cicerón
PUERTA DE HERCULANO
Casa del Cirujano
Casa de Pansa
Casa del Poeta Trágico
Termas del Foro
Templo de Júpiter
PUERTA DEL MAR
Calle de Stabies
Calle del Lupanar
Calle de la Abundancia
Anfiteatro
Palestra
PUERTA DE NOCERA
PUERTA DE STABIES
N
Mercado
Templo de Apolo
Basílica
Edificio de Eumachia
Comitium
Termas de Stabies
Foro Triangular
Gran Teatro
Cuartel de los Gladiadores
Pequeño Teatro
Casa de Menandro
Casa del Criptopórtico

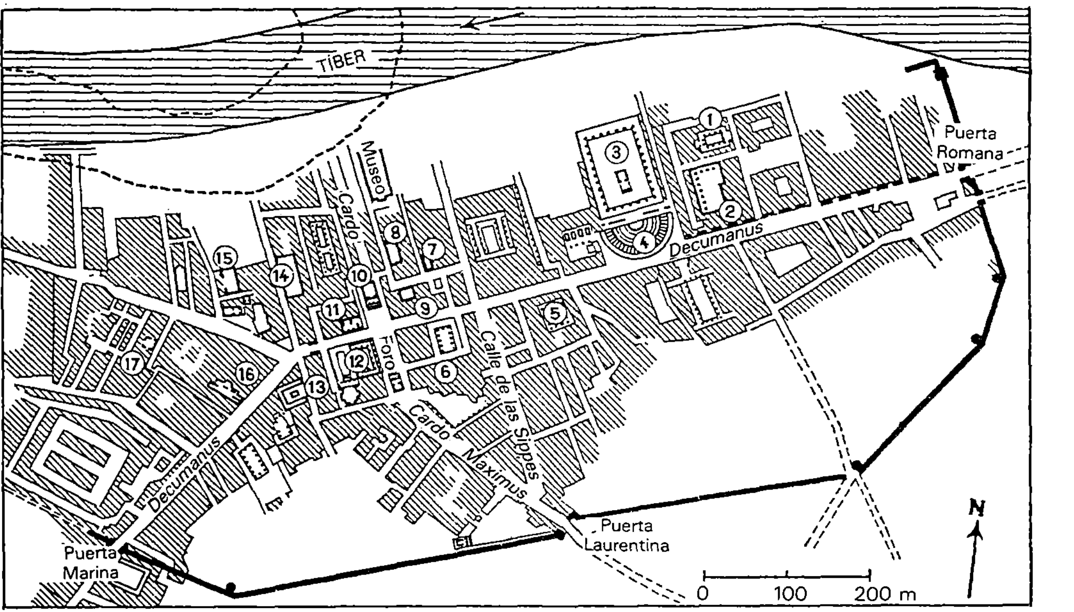


Fig. 5. Plano esquemático de las ruinas de Ostia

1. Cuartel de los Vigilantes.; 2. Termas y palestra.; 3. Plaza de las Corporaciones.; 4. Teatro.; 5. Colegio de los Augustales.; 6. Termas del Foro.; 7. Casa de Diana.; 8. Casa de las pinturas.; 9. Termopolium.; 10. Capitolio.; 11. Curia.; 12. Basílica.; 13. Mercado.; 14. Horrea Epagathiana.; 15. Casa de Amor y Psique.; 16. Basílica cristiana.; 17. Termas de los Siete Sabios.

Podemos fácilmente pensar que, incluso en su forma tradicional, tal y como la encontramos aplicada en las colonias romanas establecidas a partir del siglo IV aC a orillas del mar (especialmente Ostia; ver fig. 5),[6] es resultado de un compromiso entre las exigencias del ritual y de las innovaciones de los arquitectos griegos. Por el ritual se explica la preeminencia concedida al *cardo* y al *decumanus* principales, pero todo el resto revela una técnica que nada tiene de especial en Italia. Incluso en estos siglos remotos, los intercambios culturales y comerciales entre las dos mitades del mundo mediterráneo, eran más importantes de lo que hoy día podemos pensar. Igual que toda su civilización, el urbanismo romano era el resultado de una síntesis fecunda y no de un desarrollo autónomo de no se sabe qué entidad mítica y preformada.

6. Sobre Ostia, la publicación fundamental es la de Calza, G., Becatti, G., Gismondi, I., Angelis d'Ossat, G. de, y Bloch, H. Ver especialmente el primer volumen, *Topographie générale,* Roma, 1953.

2. El desarrollo urbano de Roma

Si es cierto que las colonias romanas eran, en el pensamiento de sus fundadores, la imagen y semejanza de la metrópoli,[1] es necesario que nos preguntemos sobre los mismos principios que presidieron la creación y el desarrollo urbano de Roma.

Ahí todavía los datos arqueológicos y los hechos históricos están muy lejos de ser claros. Hay una tradición, según la cual Roma fue fundada a mediados del siglo VIII (año 754 aC, según la cronología más generalmente adoptada), por colonos latinos llegados de la ciudad de Alba (a unos 30 km al este de Roma), y liderados por dos hermanos, Rómulo y Remo, que se se instalaron en el Palatino, una aldea de pastores. Admitamos también que Rómulo, después de haber invocado los auspicios, trazó en torno a la colina el foso de ritual, quedando marcada ahí la cuna de Roma. Luego, como igualmente se habían instalado otros establecimientos en las colinas vecinas, estas diferentes aldeas llegaron a formar poco a poco una federación, que tuvo su centro en un terreno «neutro» en una pequeña llanura, o mejor en el fondo del valle, donde se extiende actualmente el Foro. Una muralla construida alrededor de los diferentes hábitats, incluyéndolos a todos, habría entonces terminado por dar su unidad a la nueva ciudad. Así, pues, convendría situar en el Palatino la primera Roma, la «Roma cuadrada», la única edificada según el ritual y las reglas de la fundación.[2]

Pero la verificación de esta tradición encuentra bastantes dificultades. La aldea de pastores instalada en el Palatino existió ciertamente. Los vestigios de sus cabañas han sido encontrados recientemente. En cambio, no subsiste ningún resto de las primitivas murallas que habrían cons-

1. Ver página 10.

2. Sobre estos problemas, ver Bolch, R., *Les origines de Rome,* París, 1960.

truido sus habitantes, o incluso el mismo legendario Rómulo. Es inútil que busquemos las puertas en los extremos de lo que hubieran debido ser el *ducumanus* y el *cardo*. Es muy probable que la «ciudad palatina» fuera una leyenda que tomó cuerpo más tarde por razones de oportunidad política. Por otra parte, no vemos cómo dentro de la misma tradición que acabamos de referir, estas poblaciones latinas habrían aplicado ya unos ritos cuyo caracter etrusco era innegable. Ahora bien, actualmente sabemos —lo que los historiadores romanos por patriotismo se han esforzado bien que mal en disimular— que Roma conoció un período etrusco en la época en que reinaban los Tarquinos, es decir, siglo y medio después de la fecha tradicional asignada a la primera fundación. Y la colina etrusca por excelencia no es el Palatino, sino el Capitolio (llamada oficialmente *Mons Tarpeius,* o «monte de los tarpeyos», y la ciudad «orientada» y regular se encuentra, precisamente, todavía reconocible, al pie de la colina. Es en el Foro, en la llanura, donde Roma se fundó.

Es ahí, efectivamente, donde el recuerdo nos conserva cuatro puertas muy antiguas, que en la época clásica apenas tenían su razón de ser, sino que eran testimonio de una condición más antigua. Una de ellas se abría al norte del Foro. Era la Puerta de Jano. Al sur, la Puerta Romana. Al este, la llamada en la época clásica «Viga de la Hermana» (por alusión a la leyenda de los Horacios. Sería por ella por donde el joven Horacio, asesino de su hermana, habría entrado en la Ciudad, purificándose después con la absolución del pueblo). Al oeste, una puerta «maldita», de mal augurio, encaramada por dicha razón en un peñasco inaccesible, en las primeras cuestas del Capitolio, y que siempre estaba abierta, aunque nadie podía franquearla —de ahí su nombre de *Porta Pandana,* la «Puerta abierta»—. El *decumanus* estaba formado por la calle que más tarde sería la Vía sagrada; el *cardo,* por una vía transversal que, en la época clásica, se prolongaba al norte por Argilete y, al sur, por la «Calle de los Etruscos», el *Vicus Tuscus.*

Este fue, con toda probabilidad, el comienzo de Roma: colonia etrusca, simple mercado dominado y vigilado por la guarnición instalada en las alturas del Capitolio. Allí se encontraron en un principio, en torno a los mercaderes llegados de la Italia central y meridional, los habitantes de las aldeas diseminadas por los montes vecinos. La sal constituía sin duda uno de los principales objetivos de comercio, así como los productos fabricados importados del sur y de Etruria. Luego, cuando a finales del siglo VI aC, el poder etrusco, quebrantado, terminó replegándose al norte del Tíber, el pueblo romano accedió a la independencia y Roma se convirtió en una urbe autónoma.

Fue en este período que sus reyes levantaron la vasta muralla atribuida a uno de ellos, Servius, que desbordaba ampliamente los límites de la efectiva aglomeración urbana. El «muro servio» incluía, efectivamente, las siete colinas tradicionales, es decir, además de los tres *montes* (alturas aisladas) del Capitolio, desde el Palatino al Aventino, cuatro cimas redondeadas extendidas, que eran en realidad prolongaciones de la planicie de los Esquilos, y que se las llamó Quirinal, Viminal, Opius y Caelius (fig. 6). La disposición general de estas fortificaciones nos recuerda la encontrada en Volsinia. En uno y otro caso, se trataba de defender un terreno ondulado, teniendo en cuenta solamente las necesidades militares. Existía por consiguiente un divorcio total entre la urbe religiosa, encerrada dentro de su *pomerium,*[3] y la ciudad militar, limitada por una muralla de considerables dimensiones. Entre ambas se encontraba la aglomeración urbana real, instalada en las cuestas, y agrupada a lo largo de las vías que conducían desde el centro a las puertas. Pronto distinguimos barrios en curso de formación: los patricios van poblando fácilmente el Palatino o las alturas del Quirinal. Las clases humildes estaban apiñadas en el estrecho valle de Suburre, entre el Viminal y el Oppius. Eran sobre todo los plebeyos los que habitaban el Aventino, ya que durante bas-

3. Ver página 9.

tante tiempo su posición excéntrica solamente permitía una ocupación diseminada. En la depresión situada entre el Capitolio y el Palatino, dos calles comerciales, el *Vicus Jugarius* y el *Vicus Tuscus,* estaban bordeadas de tiendas y de tenderetes en los que trabajaban los artesanos. En las orillas del Tíber, se encontraban los mercados, donde acampaban los boyeros y donde desembarcaban los marineros que remontaban el río. Ahí estaban el «mercado de los bueyes» *(Forum Boarium),* el «mercado de las hierbas» *(Forum Holitorium),* y donde muy pronto se construiría el puerto de Roma, el *Emporium.*

La antigua urbe, orientada y desbordada por todas partes, continúa siendo el centro de la ciudad. Es ahí donde está el *Forum,* es decir, la plaza pública, y donde se convocan periódicamente las asambleas populares, que tienen lugar en el recinto del *Comitium,* consagrado especialmente a este uso. No lejos de allí se levanta la *Curia,* lugar de reunión del Senado. El resto de la plaza está bordeado de tiendas: unas situadas al norte, las *Tabernae Novae* (o Tiendas Nuevas), otras al sur, las *Tabernae Veteres* (las Tiendas Antiguas). Primitivamente, tenía lugar en el Foro el mercado principal para la carne y el pescado. pero poco a poco se fueron instalando otros comercios, y en la época clásica ya vemos ahí exclusivamente a los cambistas, orfebres y joyeros. Los mercados de víveres se fueron alejando del lugar, volviéndose a agrupar inmediatamente al norte del viejo Foro.

El Foro no era la única parte de Roma libre de construcciones. Dentro de las mismas murallas, el largo valle que se extendía entre el Palatino y el Aventino, llamado Valle del Gran Circo *(Circus Maximus),* estaba reservado a la celebración de algunos juegos y, especialmente, a las carreras de caballos, uno de los más antiguos ritos de la religión romana. Además, al pie mismo de las murallas, inmediatamente al norte del Capitolio, se encontraba una gran llanura, la más vasta del lugar, que unas prohibiciones religiosas excluían de la Ciudad. Consagrada al dios de los ejércitos, llevaba el nombre de «Campo de Marte».

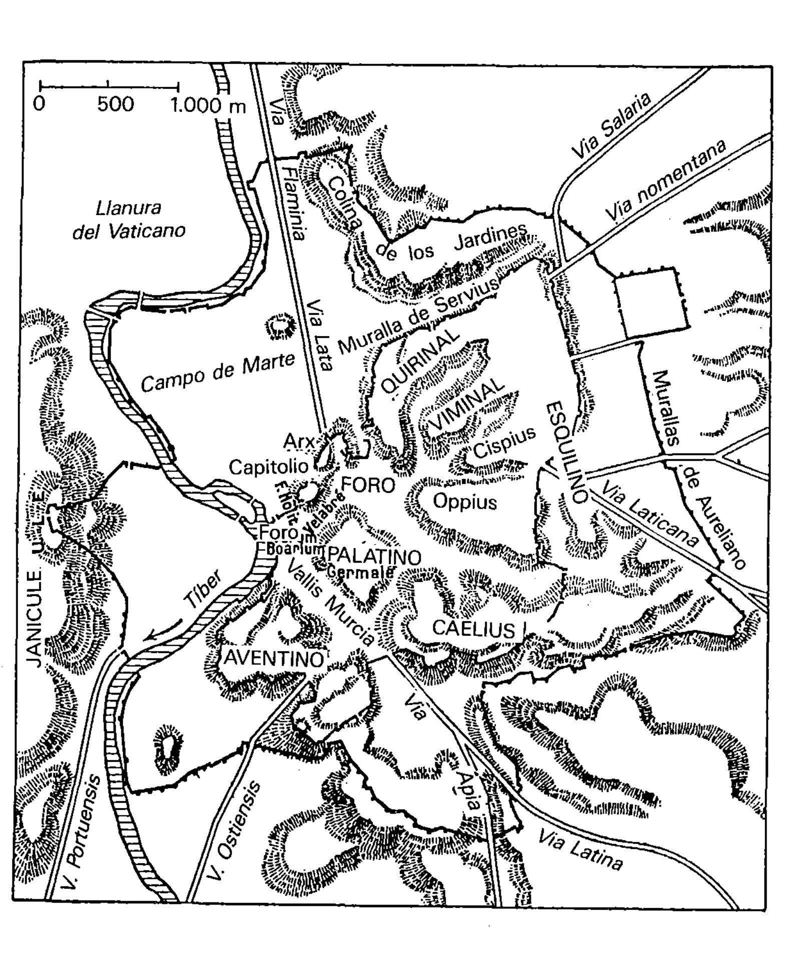


Fig. 6.— Plano de Roma

(*Campus Martius,* literalmente: Llanura de Marte). Bordeada al sur por la muralla que coronaba el abrupto acantilado del Capitolio, y luego el del Quirinal, terminaba al oeste a orillas del río y, hacia el norte y el nordeste, hasta las primeras pendientes de la Colina de los Huertos *(Collis Hortulorum,* actualmente el *Pincio).* La leyenda decía que había pertenecido a los últimos reyes de Roma, y que después de la expulsión de los tiranos fue «nacionalizada», es decir, consagrada exclusivamente al servicio de la colectividad. Allí se reunían los hombres de armas, y los jóvenes hacían el aprendizaje de la vida militar. Cuando la evolución de las instituciones republicanas llevó a la consideración de los romanos de que la más importante y la única viva de sus asambleas populares era la que agrupaba a los ciudadanos en *centuries,* es decir, en sus cuadros militares, fue en el Campo de Marte donde tuvieron lugar los comicios de las centurias, y donde por consiguiente tenían lugar las elecciones y las votaciones de las leyes. Por ello el viejo *Comitium* fue abandonado cuando se hizo demasiado pequeño para contener la masa de ciudadanos que se iba incrementando sin cesar.

La ciudad republicana se iba pues ordenando y articulando en torno al Foro. El plano «orientado» ya no era el que prevalecía. *Cardo* y *decumanus* se perdían en el enlosado de la plaza y, poco a poco, se iba dibujando un plano en estrella. Las calles, divergentes a partir de las cuatro puertas primitivas, se dirigían hacia las de la muralla serviana y dibujaban una malla radiante que, en lo sucesivo, será el arzamón de la ciudad. En la *Puerta de Jano* nacían dos vías principales, la *Vicus Longus* (la Calle Larga), que se extendía hasta la Puerta de la Colina y, siguiendo las pendientes del Quirinal, se dirigía hacia la tierra de los sabinos; luego, la Calle Suburre escalaba el Esquilo y, por la Puerta Esquilina, daba acceso a la tierra de los latinos. En el extremo oriental, el *decumanus* conexionaba, como era natural, con la ruta que llevaba por la Puerta Capena al antiguo santuario federal de los montes Albanos, donde cada año una procesión, guiada por los más

altos magistrados, iba a ofrecer con motivo de las *Fiestas latinas* un solemne sacrificio a Júpiter.

A estas rutas primitivas se le añadieron pronto otras nuevas a medida que las relaciones de Roma con las comarcas vecinas iban siendo más numerosas. Estas fueron, hacia el norte, la *Via Lata* (la Calle Larga), que atravesaba el Campo de Marte, y que no era otra que el trayecto urbano de la ruta (llamada *Via Flaminia,* por el nombre de su constructor) que ponía en comunicación Roma con sus primeras conquistas septentrionales. Al sur, la ruta de Ostia *(Via Ostiensis),* que salía del puerto de Roma, rodeaba el Aventino, y se dirigía al mar. Finalmente, bastante más tarde llegaron las rutas que franqueaban el río al pie del Capitolio y penetraban en los territorios situados en la orilla derecha del Tíber. Este último desarrollo tuvo lugar en una época tardía: a pesar de que Roma es actualmente una ciudad fluvial, parece que en sus inicios el Tíber retrasó su desarrollo en vez de favorecerlo. El primer puente levantado por los romanos para franquearlo tenía sólo la función de acceder cómodamente al bastión de defensa avanzado instalado en las alturas de Janicula: construido totalmente en madera, y montado sin ninguna clase de metales, debía ser rápidamente destruido en caso de peligro. Durante siglos, y durante todo el tiempo en que los etruscos fueron dueños de la orilla derecha, Roma continuó obstinadamente fiel a la protección que le ofrecía el río, y en ningún momento pudo considerársela, cuando menos en sus orígenes, como una «ciudad-puente». El corazón de la ciudad estaba en el Foro y no en el río.

Dentro de la malla formada por las grandes vías, se fueron construyendo durante mucho tiempo edificios públicos y privados sin ningún plano definido. No parece que en los siglos v y iv antes de nuestra era, Roma estuviera dividida en «manzanas» regulares. Sin embargo, desde los inicios de este período, se va ya dibujando una tentativa para ordenar el centro de la ciudad.

El primer esfuerzo se dirigió al drenaje del Foro. En el fondo de este valle iban a parar todas las aguas procedentes de las colinas y, a veces, las crecidas del Tíber se añadían también al cenagal. A fin de poder desecar el barrio, se excavó un canal, primero a cielo abierto y luego, quizás a partir del siglo II aC o, quizá más tarde, se disimuló con una sólida bóveda. Fue la *Cloaca Maxima,* la gran alcantarilla de Roma, cuyos restos todavía subsisten hoy día. Un enlosado cubría el suelo de la plaza y se procuró dar a este una forma regular. A partir del siglo V aC, se desistió de ordenar el antiguo *decumanus,* que no seguía una línea natural del terreno, tomándose como base el pie del Capitolio (fig. 7). La construcción del Templo de Saturno y la del Templo de Castor diseñaron los alineamientos del conjunto y situaron los primeros hitos. Pero no fue hasta principios del siglo II aC que se modificó el lado norte de la plaza, al empezarse a edificar las grandes «basílicas». Con la Basílica Emiliana, el Foro quedó tal y como lo vemos ahora, un vasto conjunto monumental con una planimetría sensiblemente rectangular (pero ya no «orientado», y formando la nueva alineación un notable ángulo con la más antigua Vía Sagrada) que dominaba las dos cimas del Capitolio. Al sur, el *Capitolium* propiamente dicho, coronado por el templo del Bondadoso y Poderoso Júpiter, centro y símbolo del poderío de Roma; al norte, la Ciudadela (el *Arx),* con el templo de Juno *Monetae.* A principios del siglo I aC, el dictador Sulla juntó *Capitolium* y *Arx* en un gran monumento que daba fachada al conjunto de la colina y una «tela de fondo» al Foro. Este monumento, llamado *Tabularium* —pues estaba destinado a contener los *tabulae*— ha subsistido hasta nuestros días. Será pues sobre sus enormes zócalos que Miguel Angel apoyará sus palacios.

La última etapa en la ordenación de la plaza fue la construcción por César de la inmensa Basílica Juliana, destinada a dar, hacia el sur, su equivalente a la Basílica Emiliana. Y ya, en lo sucesivo, hasta la caída del Imperio, el Foro continuó inmutable.

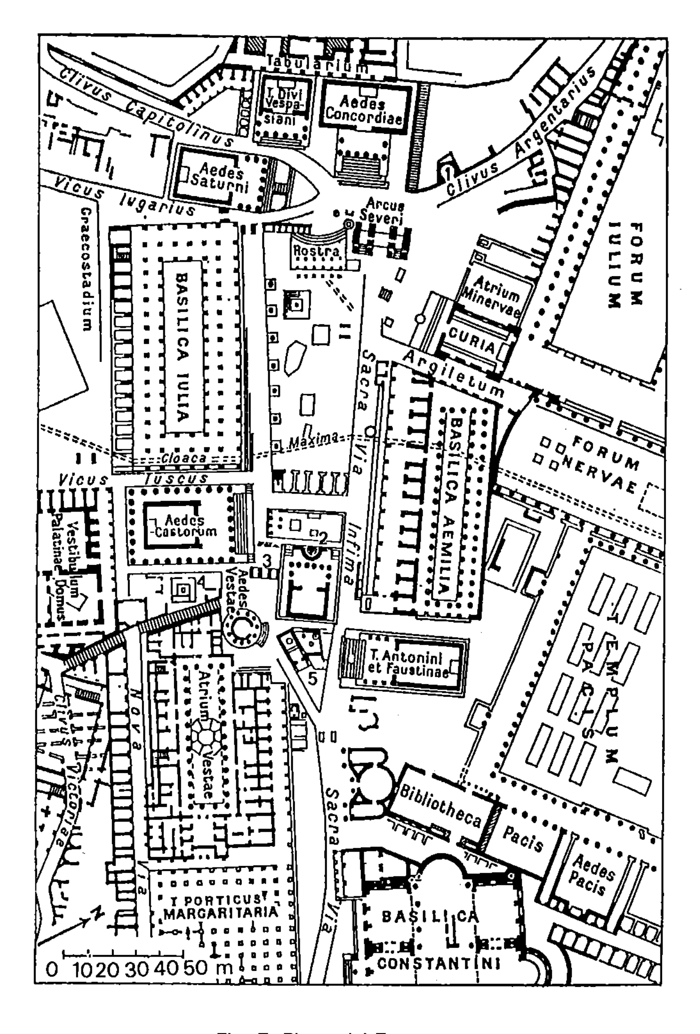


Fig. 7. Plano del Foro romano
1. *Tullianum* (Prisión); 2. Templo de César; 3. Arco de Augusto; 4. Fuente de Juturne; 5. *Regia*.

Hemos visto con qué lentitud fue evolucionando el centro de la Ciudad. A finales de la República, el urbanismo romano estaba muy retrasado, no solamente con respecto a las ciudades orientales, sino también con respecto a las ciudades de la Italia meridional. No fue hasta el año 54 aC que se inauguró el primer teatro de piedra construido en Roma. Sin duda, desde hacía cerca de 200 años el programa de los juegos incluía cada año varias representaciones teatrales, y una vieja costumbre quería que las comedias y tragedias se representaran en teatros de madera, que se desmontaban después de las fiestas. Pompeyo fue el primero que se sintió lo suficientemente poderoso como para, a pesar de la resistencia de un Senado tradicionalista, edificar en el Campo de Marte un teatro parecido a los que desde hacía mucho tiempo antes ya disponían las ciudades de Italia meridional. Menos de 10 años más tarde, César proyectó edificar un segundo teatro, pero su muerte se lo impidió. Fue su hijo adoptivo, Augusto, el que recuperó el proyecto y lo llevó a cabo 20 años después, dedicando el edificio a la memoria de su sobrino, el joven Marcelo.

El principal problema que se planteó entonces a los romanos no era el de construir edificios públicos, sino el de encontrar espacio libre para hacerlos. Roma se había transformado en una pequeña ciudad capital de un inmenso Imperio. El número de sus habitantes se había incrementado desmesuradamente, pero los elementos de la vida pública todavía continuaban siendo a finales de la República los mismos de dos siglos antes. El viejo Foro estaba atestado; un número cada vez más creciente de procesos judiciales eran llevados a los tribunales, que tenían las sesiones al aire libre, en la plaza pública. Las dos basílicas ya no eran suficientes para acoger más visitantes y hombres de negocios. También, cuando César alcanzó el poder, se apresuró a diseñar un amplio plan urbanístico. Habiendo comprobado que el problema sería fácilmente resuelto si se pudiera prescindir de la vieja prohibición y pudiera ocuparse el Campo de Marte, el dictador decidió

desviar el curso del Tíber y llevarlo hasta el pie de las colinas vaticanas. Así se anexionaba una gran llanura donde se podría instalar un nuevo «Campo de Marte». El antiguo fue totalmente reconstruido y dejado para que cubriera las necesidades de los particulares. Además, al antiguo Foro se le añadiría otro, más moderno, concebido según el modelo de los *agorai* (las plazas públicas) de las ciudades griegas.

Todavía no habían terminado los últimos combates en África y España, cuando este proyecto entraba en fase de realización. César hizo comprar a unos precios muy altos los terrenos privados cercanos al Foro. Se empezó excavando un cauce artificial para poder desviar el río. Pero, después de los Idus de Marzo, lo más original en este plan, la anexión de la llanura vaticana y la «recuperación» del Campo de Marte, se abandonó con el pretexto de escrúpulos religiosos. Únicamente se llevó a cabo el nuevo Foro, que fue terminado por Augusto, que lo dedicó a la memoria de su padre adoptivo. Pero el principal problema no quedó resuelto; a Roma todavía le faltaba espacio.

A fin de remediarlo, Augusto intentó buscar en la lejana planicie de los Esquilos terrenos para edificar, teniendo que suprimir el viejo cementerio que se extendía fuera de las murallas servianas. Pero solamente fue un remedio para salir momentáneamente del paso. Algunos grandes señores (a los cuales Mecenas, familiar de Augusto, dio ejemplo) edificaron allí magníficas mansiones, pero los Esquilos estaban demasiado lejos del centro, y continuaron siendo, sobre todo, un barrio de huertos y de parques. La gran masa de habitantes tuvo que continuar amontonándose en inmuebles que intentaban compensar en altura la insuficiencia de su superficie. Estas *insulae* se aferraban donde podían: en las abruptas pendientes del Capitolio o del Quirinal, y en las partes del Campo de Marte que terminaban por ser abandonadas o cedidas a los particulares. Las antiguas fortificaciones fueron destruidas para facilitar espacio a las edificaciones. Sin embargo, y

a pesar de los esfuerzos, Roma continuó siendo hasta el final una ciudad demasiado angosta.

Con el Imperio, y la creación de un poder fuerte, era posible actuar ya con más eficacia en la ciudad. Tampoco los emperadores dejaron de embellecerla a fin de dar a la vida pública un marco digno de la grandeza de Roma. Sobre todo, fue en el centro donde se llevó a cabo la actuación. Allí el *Forum Iulium,* o Foro de César, les sirvió de modelo. Fue el primero de una serie de conjuntos monumentales que se comunicaban entre sí, y que fueron designados bajo el nombre colectivo de *Fora* imperial (fig. 8). Eran plazas de diversas formas, construidas sucesivamente por Augusto, Vespasiano, Domiciano, Nerva y Trajano. En el centro de cada una se elevaba un templo consagrado a la divinidad que el príncipe honoraba con una devoción particular. En torno a cada una de ellas, unas columnatas ofrecían a los paseantes, a los ociosos y a los comerciantes, protección contra las inclemencias del tiempo. Había unos anexos dispuestos como salas de conferencias o de lecturas públicas, bibliotecas, o también oficinas destinadas a los diferentes servicios oficiales. El último de estos *fora,* el Foro que edificó el arquitecto Apollodoro de Damasco para Trajano, lo completaba un hemiciclo, mediante el cual se podía acceder a las primeras pendientes del Quirinal, y donde se instaló un mercado.

Con los *Fora* imperiales y la construcción de un anfiteatro de gigantescas proporciones, el Coliseo (ver pág. 77), quedaba completado un plan urbanístico cuyas grandes líneas continúan siendo hoy día, y a pesar de lo que se haya dicho, sumamente claras y coherentes. Se trataba de liberar el centro de Roma y crear amplios espacios para paseos, negocios y placer. A principios del segundo siglo de nuestra era, todo esto ya se había conseguido. El retraso con Oriente estaba ampliamente superado. Roma se había transformado verdaderamente en la «reina de las ciudades». Podía ya servir de modelo para las innumerables ciudades provinciales que en Occidente prosperaban a cubierto de la paz romana.

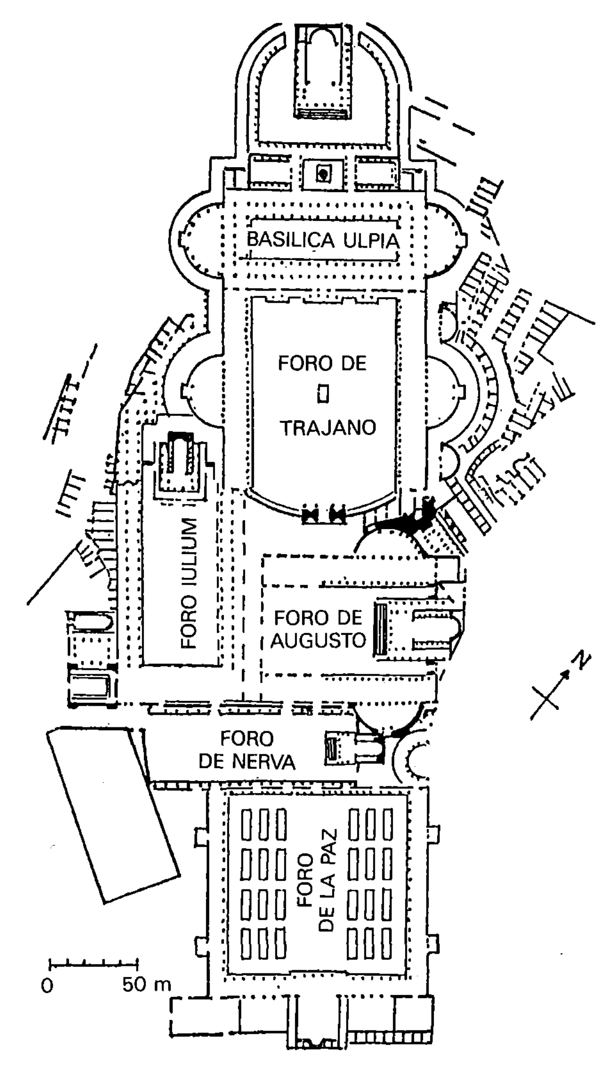


Fig. 8. Plano de los *Fora* imperiales en Roma

3. Los típicos monumentos urbanos

Roma había crecido en torno a su Foro. De igual manera, toda ciudad provincial disponía en su centro de una plaza en torno a la cual se concentraban todas las actividades comerciales y de la vida pública. Como máximo, era suficiente un Foro para formar una ciudad. Existían a lo largo de los caminos que atravesaban las provincias, cantidad de lugares a los que se designaba únicamente bajo este nombre: *Forum Appi, Forum Clodi, Forum Popili,* etc., tantos como «mercados» diseminados a través de Italia, puntos de contacto donde los indígenas coincidían con la civilización romana, y donde terminaban por instalarse. Fue así como Fréjus, en la Provenza, fue primero un «Foro del César» *(Forum Iulium),* donde el dictador había asentado y fijado a los veteranos de la VIII legión.

En algunos aspectos, estos *fora* provinciales eran comparables a los *souks* que todavía hoy encontramos en África del Norte, y que eran campos de feria temporales, donde los nómadas iban a aprovisionarse y vender los productos de sus rebaños. Algunos mercaderes romanos aportaban productos fabricados que cambiaban por los de la industria o agricultura locales. Agrupados en *conventus* (asociaciones), se daban instituciones parecidas a las de la metrópoli, y también era en el Foro donde tenían lugar sus asambleas. Poco a poco, los más notables jefes de familia indígenas eran admitidos a participar en la vida pública. Había nacido ya una ciudad provincial, en la que pronto sería imposible distinguir los elementos locales de las familias de origen romano.

Primitivamente, un foro se componía, esencialmente, de una plaza, y un espacio vacío en torno al cual los mercaderes instalaban sus puestos o tenderetes. Luego ya se empezaron a edificar tiendas más duraderas. Desde finales del siglo III aC, las urbes de Italia meridional adoptaron de las colonias griegas el uso de columnatas (los *pór-*

ticos) con los que se rodeaban los *agorai* helénicos. Incluso antes de ser ocupada por los romanos, Pompeya ya poseía un «foro» rodeado de una columnata que correspondía al «período samnita» (sin duda, construida un poco antes del año 200 aC). En la misma Roma, los primeros pórticos del Foro solamente aparecieron unos 30 años más tarde, con motivo de la construcción de las basílicas.

El arquitecto romano Vitruvio nos explica que existían entre los pórticos de los *Fora* y de los *agorai* helénicos unas sensibles diferencias: el *forum* de una ciudad romana estaba destinado a servir para los espectáculos. Era ahí, por ejemplo, donde tenían lugar los combates entre gladiadores con motivo de los funerales de los altos personajes. Las columnatas debían permitir que un gran número de espectadores estuvieran situados en la sombra, conservando al mismo tiempo la posibilidad de ver. También las columnas debían estar lo más espaciadas posible, e igualmente se disponían en las terrazas de los pórticos de unos balcones *(maeniana)* que se podían alquilar en beneficio de la colectividad. Mientras que los *agorai* eran sensiblemente cuadrados, los *fora* eran rectangulares, una vez y media más largos que anchos. Las tiendas estaban situadas hacia atrás de los pórticos, a fin de dejar despejada la plaza. Se abrían bajo la columnata, tanto hacia dentro del foro como hacia el exterior. Este era el caso en el foro de Timgad (fig. 9), donde el ala sur del pórtico resguardaba una hilera de tiendas, mientras que otra hilera del lado norte estaba orientada hacia el *decumanus maximus.*

Frecuentemente, en las urbes de planimetría rectangular, el *forum* estaba situado en el centro, en el punto de intersección del *decumanus* y del *cardo.* Sin embargo, esta regla podía permitirse algunas excepciones, explicables en cada caso por las condiciones locales. Es así como en Tripolitania, las ciudades de *Sobratha* y de *Leptis Magna* poseían un *forum* excéntrico, ampliamente desplazado hacia el norte. Pero eran ciudades marítimas, y la atracción que ejercía el puerto es suficiente para que demos cuenta de esta anomalía.

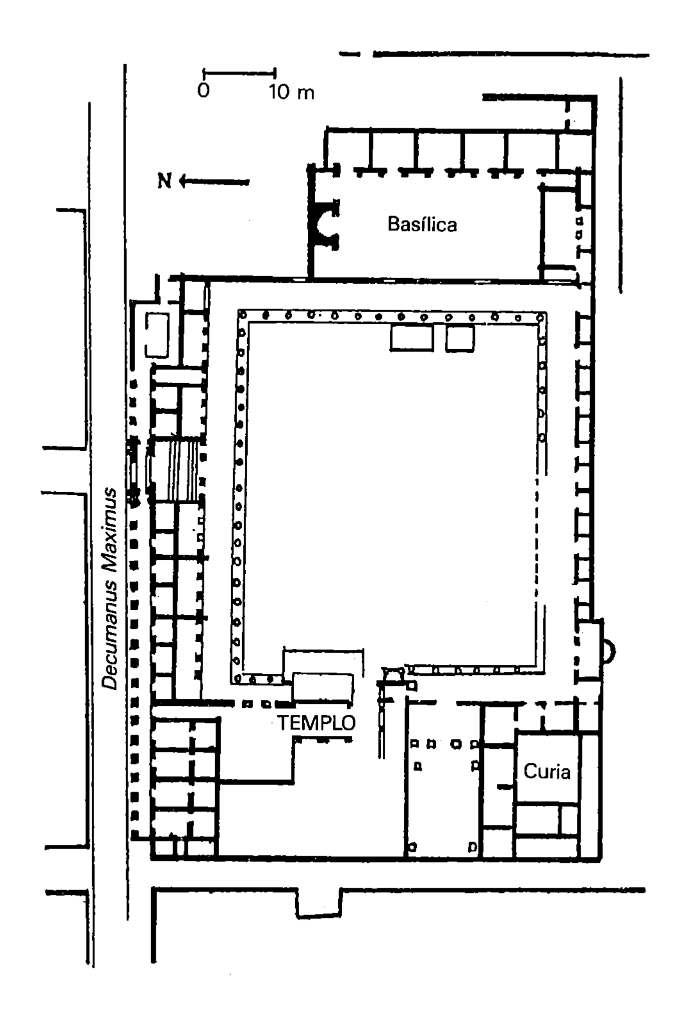


Fig. 9. Plano del Foro de Timgad
Según A. Ballu

Los *fora* de las urbes fundadas o modernizadas después del inicio del Imperio, se inspiraban más en los *fora* imperiales que en el antiguo Foro republicano de Roma, en los que las columnatas estaban situadas en los extremos, ingeniándoselas los arquitectos provinciales para encontrar soluciones originales. El *forum* más significativo es sin duda alguna el de Arles, en la Galia Narbonense. El área enlosada y rectangular que constituye la plaza, está totalmente rodeada de una galería subterránea que forma un basamento (fig. 10). Estamos en presencia, no ya de un pórtico, sino de un «criptopórtico», como los que frecuentemente existían en los edificios privados y, especialmente, en las villas de recreo. El criptopórtico de Arles es abovedado y sostenido por una hilera axial de pilares que unen entre ellos unos arcos rebajados. Dejan pasar la luz al interior del foro por una serie de tragaluces prácticados a la altura de la cornisa. Sin duda este criptopórtico estaba coronado por un pórtico abierto que rodeaba la plaza. Sin embargo, por el lado norte la columnata se interrumpía para enmarcar un templo, del que actualmente todavía subsisten dos columnas y, en parte, el frontón posterior. Era, con toda probabilidad, el Capitolio de la ciudad.

Este tipo de *forum,* totalmente cerrado sobre sí mismo, terminó por generalizarse, dando nacimiento en las urbes de las Galias (Cisalpina y Transalpina) y Gran Bretaña, a unos conjuntos monumentales claramente caracterizados. Unas recientes excavaciones nos han revelado un ejemplo en Saint-Bertrand-de-Comminges *(Lugdunum Convenarum)* (fig. 10): en ellas, igual que en el Foro de Augusto o el de Nerva, en Roma, la plaza y el templo forman un solo «bloque», una sola *insula* encerrada dentro de un pórtico cuádruple. Frente al templo, un altar. Aquí y allí, en la plaza, unos asientos, sobre los cuales antes estaban situadas unas estatuas. Entre el templo y la misma plaza, una calle transversal forma el cuarto lado del pórtico. Es cubierta, como las otras tres alas y, en cada uno de sus extremos, un gran bloque de piedra impide el acceso de los vehículos: el foro estaba muy bien protegido con-

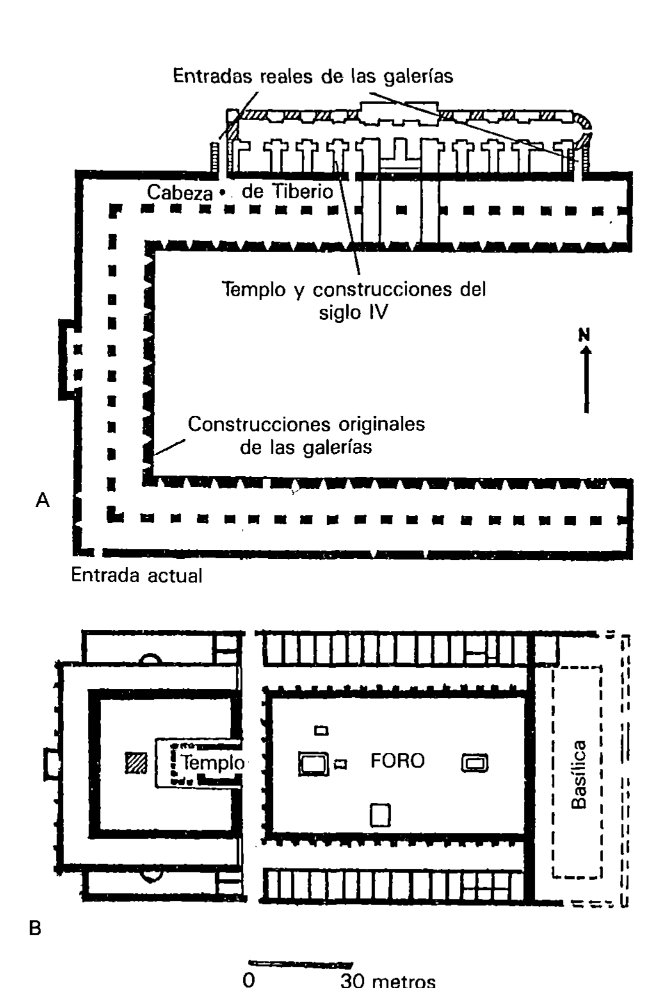


Fig. 10.
A) Foro de Arles
Según Latour, J., *Re. archéol.*, pág. 19, XLI, 1953.

B) Foro de Saint-Bertrand-de-Comminges
Según Sapéne, B., *Au Forum...*, plano I, Toulouse, 1938.

tra cualquier intrusión. Únicamente los peatones podían entrar en la plaza para ir a sus menesteres. Detrás del pórtico, y paralelas a los lados largos de la plaza, dos hileras de tiendas daban testimonio de la actividad comercial de la ciudad. El conjunto de la *insula* alcanzaba la considerable dimensión de 165 por 80 m.

La disposición del *forum* de Saint-Bertrand lo volvemos a encontrar en Augst *(Augusta Raurica,* en Suiza), y también en Lutecia (París), donde podemos identificar el *forum* con el actual emplazamiento de la calle Soufflot.[1]

Algunos indicios nos permiten suponer que este tipo de *forum* se implantó hacia finales el siglo I dC, y se extendió sobre todo con el reinado de los Antoninos. Este tipo fue el que adoptaron la mayoría de ciudades de Gran Bretaña, por ejemplo Wroxeter *(Viroconium),* pero con una variante, ya que los *fora* bretones no parecen por lo general haber incluido en ellos el templo.

Dos anexos casi obligados completaban los *fora* provinciales: una *basílica* y una *curia.* Excepto este detalle, los arquitectos reproducían la composición del foro romano.

Ya hemos indicado cómo las basílicas fueron introducidas en Roma a principios del siglo II aC, a fin de doblar, de alguna manera, el foro, y poder facilitar a los ciudadanos un lugar abrigado donde poder tratar sus asuntos durante las épocas de mal tiempo. Esencialmente, una basílica (llamada así de una palabra griega que significa «Pórtico Real») era una especie de plaza o mercado cubierto, en el que la estructura a veces es de un solo arco o, a veces, está apoyada en dos o, incluso, cuatro hileras de columnas, según sus dimensiones. La basílica de Timgad, relativamente pequeña, responde al primer tipo (fig. 9). La Basílica Emiliana de Roma comprende tres naves (fig. 7); siendo la de en medio de dos pisos. La Basílica Juliana era

1. Goodchild, R. G., «The Origins of the Romano-British Forum», en *Antiquity,* XX, págs. 70-77, 1946.

todavía más amplia (101 × 49 metros), con sus seis naves secundarias y su nave central, tres veces más amplia que cada una de las otras seis.

A veces se entraba en las basílicas por las puertas practicadas en el eje longitudinal, en medio de uno de los pequeños costados, y a veces existían varias dispuestas lateralmente. En las ciudades provinciales, la basílica ocupaba generalmente uno de los costados del *forum,* y sus proporciones eran análogas a las de la misma plaza, es decir, que su anchura variaba entre la tercera parte y la mitad de su longitud.

Como la basílica no solamente servía para albergar las actividades comerciales privadas, sino también las oficiales, se acostumbraba a levantar un *tribunal,* es decir, un estrado, donde se colocaban los magistrados en el ejercicio de sus funciones, y como bajo el Imperio estas tendían a revestir cada vez más un carácter judicial, las basílicas se fueron transformando en los lugares por excelencia donde se impartía justícia. Incluso en Roma, algunas se habían especializado en una determinada jurisdicción: así, en tiempos de Trajano, la Basílica Juliana atendía generalmente como tribunal de los *Centumvirs,* que era competente en los procesos civiles.

Es probable que las basílicas civiles romanas fueran el origen de las que los cristianos edificaron más tarde como lugares de culto. Pero el problema de las relaciones entre estos dos tipos de edificios, continúa siendo muy confuso. Ciertas analogías son evidentes: el empleo de columnatas y la división en naves, por ejemplo, que también encontramos en la basílica de Pompeya (fig. 11) y en las grandes basílicas cristianas de Ravena (Sant'Apollinare Nuovo y Sant'Apollinare in Classe) de los primeros años del siglo VI dC. Pero las basílicas cristianas presentan también notables diferencias con las basílicas civiles. Solamente disponen de una entrada axial e incluyen múltiples anexos, principalmente absides, y un sistema de ventanas extraño a la basílica clásica. Pero todo ello no nos impide admitir que ello fuera adoptado directamente por los arqui-

tectos cristianos. Parece que solamente facilitó una solución general al problema que planteaba la nueva religión, que era la necesidad de poder reunir multitudes considerables, bien protegidas de la intemperie y cerca de los lugares de pelegrinaje, principalmente Roma (tumba de San Pedro, etc.). Pero el detalle de su planimetría lo determinaron las particularidades del rito.

El segundo anexo de los *fora* provinciales es la *curia,* es decir, la sala que servía para las reuniones del Senado local, que en provincias era denominada la Orden de los Decuriones. En Roma, la Curia se levantaba a lo largo del Foro romano tal y como la vemos aún actualmente, tal y como fue restaurada por Diocleciano, en el mismo emplazamiento de la curia de César. La curia romana estaba compuesta, esencialmente, de una gran sala rectangular, pero más pequeña y más alargada que una basílica. Proporcionalmente, la altura de la curia era más considerable que la de las basílicas. Vitruvio nos dice que debe ser así para dar una impresión de majestuosidad digna de la importancia de las asambleas destinadas a residir en ellas. Por esta razón, es conveniente, nos dice, que su altura sea, como mínimo, igual a la anchura de la fachada, cuando el edificio tiene una planimetría cuadrada, e incluso superarla cuando sea de planimetría rectangular. La misma impresión debe incrementarse más para el lugar asignado generalmente a la curia: esta debe dominar el *foro.* Por ejemplo, en Pompeya es simétrica al templo de Júpiter, y se abre sobre el lado sur de la plaza (fig. 11). En Djamila (la antigua *Cuicui,* entre Setif y Constantina), ocupa el ángulo nordeste del más antiguo *foro,* accediéndose a la misma mediante un vestíbulo muy adornado. En *Leptis Magna* (fig. 12), presenta el aspecto de un templo inmediatamente adosado a la basílica.

La curia era la que simbolizaba el espíritu oligárquico de la ciudad romana. En todas las épocas, los mejores apoyos que siempre tuvo Roma fueron los de las aristrocracias locales, las cuales debían muy a menudo su preponderancia política a los conquistadores. Cuando estos

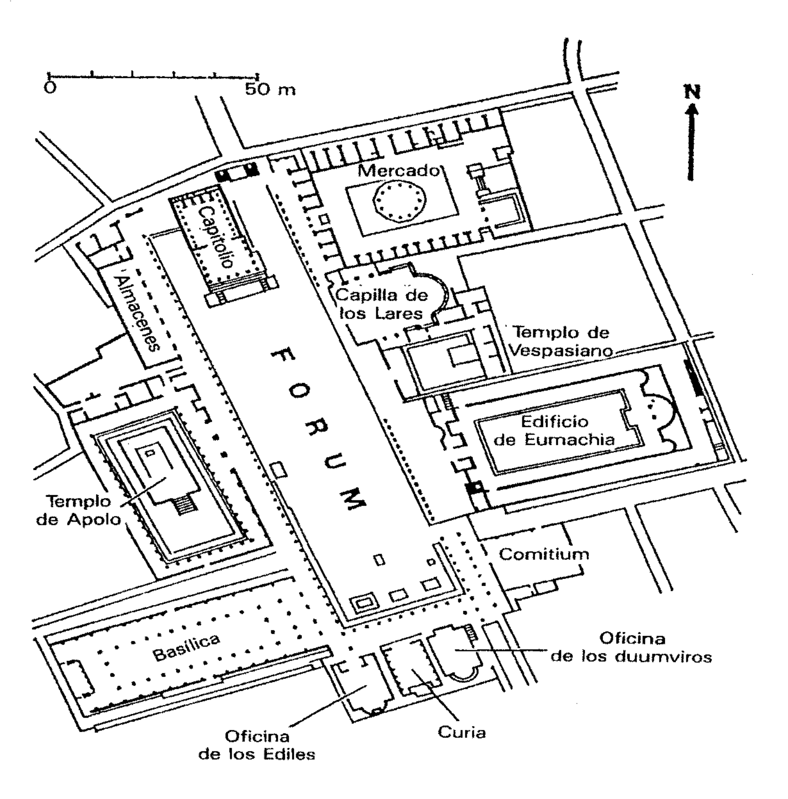


Fig. 11. Plano del Foro de Pompeya

regresaban, los magistrados municipales se esforzaban en embellecer lo mejor posible la urbe para que pareciera la imagen de Roma. Era así (las inscripciones nos lo enseñan) como los miembros de las principales familias de las colonias y de los municipios levantaron a su cargo la mayoría de monumentos locales, engrandecieron y restauraron los edificios existentes, añadieron un poco en todas partes pórticos, arcos de triunfo, enlosaron calles o plazas con hermosas piedras, adornaron aquí unas termas y allá aña-

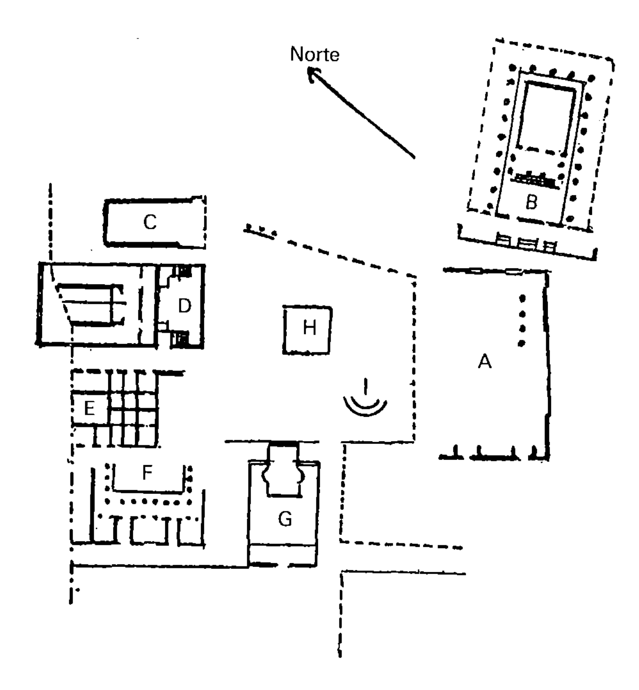


Fig. 12. Plano del Foro de Leptis Magna
Según *Guida della Libia,* pág. 32 *a,* Milán, 1937

A) Basílica; B) Curia; C) Templo no identificado; D) Roma y Augusto; E) Liber Pater; F) Pórtico; G) Magna Mater; H) Baptisterio; I) Exedra de los Severos.

dieron un revestimiento de mármol, y en otras partes terminaron un templo. Para los decuriones, era una manera de agradecer al pueblo los honores que este les otorgaba. Esta actividad constructora, casi obligatoria si se quería «conservar el rango», fue la responsable de la magnificencia que conocieron las ciudades provinciales en el transcurso del siglo II de nuestra era, y hasta los años sombríos que señalaron el final del siglo III. En ninguna otra parte tuvo lugar con más brillantez —y a veces con intemperancia— que en los alrededores del *forum*. En todas partes se levantaban estatuas sobre unas bases que ya ostentaban varias inscripciones honoríficas. Encontramos naturalmente la estatua del Emperador reinante, la de los miembros de su familia, de su presunto heredero, pero también las estatuas de los «patronos» de la urbe, generalmente un antiguo gobernador de la provincia o un niño de la pequeña patria, que se ensalzó hasta los honores en la capital y que fue distinguido con los favores del Príncipe. Vemos también los nombres de los *duumviri* (equivalentes, en el municipio o en la colonia, a los cónsules de Roma), de sus hijos, de todos los notables y, finalmente, de los que con no importa qué título habían merecido el reconocimiento de sus conciudadanos. Una multitud de imágenes obstruía la plaza y los pórticos, y los accesos de la basílica y la curia. Felizmente, los bruscos cambios de dinastía, las revoluciones impuestas por el ejército o el populacho romano, y dócilmente aceptadas por las provincias, permitían de tanto en cuanto llevar a cabo las eliminaciones indispensables.

Era finalmente en torno al *foro* donde estaba situado el centro de la vida religiosa. Igual que en Roma, el templo del Bondadoso y Poderoso Júpiter, asociado al de Minerva y de Juno, dominaba el Foro romano, e igualmente apenas existía un foro provincial que no dispusiera también de su «Capitolio» consagrado a la misma tríada. La ley de la fundación de la colonia *Genetiva Julia* (Urso, en

España), menciona expresamente la institución de los juegos en honor de «Júpiter, Juno y Minerva». Hemos ya indicado por qué razones este templo estaba a menudo edificado en una alta terraza. Era así en Pompeya (fig. 4), en Ostia (fig.5), en Djamila, en Sabratha, y en casi todas las ciudades provinciales conocidas hasta hoy, incluso en las colonias más alejadas como Banasa y Volubilis, en la Mauritania Tingitana (el actual Marruecos). También hemos visto como las *fora* de tipo galo, como Saint-Bertrand-de-Comminges, estaban estrechamente integradas al Capitolio, con el cual formaban un solo conjunto monumental. Sin embargo, existen excepciones locales: así, en Timgad es difícil considerar como un Capitolio el pequeño templo situado inmediatamente al norte de la curia (fig. 9). El Capitolio de la colonia debemos buscarlo fuera del recinto primitivo, en una colina situada en su ángulo suroeste (fig. 1). La razón de esta singular disposición se nos escapa hasta ahora. Puede ser debida, quizás, a la existencia de un culto númida anterior, situado en un lugar «privilegiado».

Un Capitolio se reconoce normalmente porque presenta una triple *cella,* es decir, tres capillas colocadas una al lado de otra dentro de una sola columnata. A menudo sucedía que por esta razón el plano de un Capitolio fuera más cuadrado y menos alargado que el de los otros templos. Se accedía a la terraza y al santuario por una escalera monumental, al pie de la cual se había construido un altar —un simple cubo de mampostería adornado de relieves— destinado a los sacrificios solemnes. La terraza dominaba pues el *foro* y servía de tribuna a los magistrados y a todos aquellos que, por sus funciones, debían arengar al pueblo. Este era el caso, entre otros ejemplos, en *Leptis Magna,* donde para ello se habilitó una tribuna frente al gran templo del más antiguo foro (fig.12).

El Capitolio encarnaba la majestad y poderío del Pueblo romano. Pero poco a poco se fue introduciendo en las provincias el culto a los Emperadores, y hemos podido comprobar cómo este culto terminó por transformar en su

beneficio los santuarios del *forum.* A este respecto, en la misma Galia, la historia de la «Maison Carrée» de Nimes no deja de ser instructiva. Este pequeño templo, conservado milagrosamente hasta nuestros días, data de los primeros años del reinado de Augusto. Agripa (el yerno del Príncipe) había hecho obsequio del mismo a los habitantes de la colonia de la que era el protector, y lo había (cuando menos es probable) consagrado como Capitolio. Pero, una vez muerto Agripa, los habitantes de Nimes, en reconocimiento a su benefactor, lo dedicaron a sus dos hijos, Cayo y Lucio César, que Augusto había adoptado, y a los que acababa de hacer cónsules, designándoles, evidentemente, como sus sucesores. La nueva dedicatoria tuvo lugar en el año 2 dC. Pero, poco después, los dos príncipes murieron, y el templo se convirtió naturalmente en el santuario de su divinidad.

En Vienne (Isère), los habitantes edificaron primeramente un templo a las divinidades asociadas de Roma y de Augusto. Luego, bastante tiempo después de la muerte de Augusto, cuando Livia, que había sido su compañera durante tantos años, falleció a su vez, siendo divinizada, cambió el templo de destino, siendo consagrado a Augusto y a Livia, dioses protectores de la *gens* imperial reinante. Los provincianos no hicieron nada mejor que instalar al Emperador y a los suyos en el mismo lugar donde, en tiempos de la República, se adoraba al dios supremo del Pueblo romano. De esta forma, también en *Leptis Magna,* en el foro augustiniano, el gran templo que dominaba la plaza (fig. 12, D) y que representa evidentemente el Capitolio, se transformó en un santuario de Roma y de Augusto, en torno al cual fueron agrupadas las estatuas que representaban a todos los miembros de la familia julia claudia.

Poco a poco la religión imperial fue ocupando cada vez un lugar más importante en cada urbe. En Djemila *(Cuicul),* encontramos de este modo, al suroeste del primer foro, un templo de *Venus Genitrix* (Venus Madre), divinidad protectora de la *gens* juliana, réplica del que César

había edificado en Roma en medio de su propio Foro. En Djemila, el emplazamiento adoptaba, de hecho, la simetría del Capitolio, como si el antiguo Júpiter del Pueblo Romano se viera duplicado por la diosa que encarnaba el Destino de la familia imperial.

A la muerte de Nerón en el año 68 dC, y la caída de la familia julia claudia, el movimiento no se detuvo. A medida que se fueron sucediendo las dinastías y divinizando a los Emperadores, a los templos se fueron añadiendo templos en torno a los *fora* provinciales. Sin embargo, los antiguos no fueron ni secularizados ni destruidos, aunque tuvieron que crearse nuevos centros para poner de relieve a los nuevos santuarios. Esta evolución fue particularmente clara en las provincias africanas, en las que las excavaciones están poniendo de relieve las ciudades en su totalidad, y en las que es posible seguir paso a paso su desarrollo. Así, podemos comprobar que, en Djemila, el primer *foro,* con su Capitolio, su templo de *Venus Genitrix* y la curia, continuaban siendo el centro monumental de la ciudad durante los siglos I y II de nuestra era. Pero, con el advenimiento de los severos, a principios del siglo III, la aglomeración urbana se encontró tan estrecha, que se aprovechó de hecho su ampliación para habilitar un segundo *foro* fuera del recinto primitivo (fig. 27). Este *foro* es uno de los más bellos ejemplos de la arquitectura imperial en su apogeo. De proporciones mucho más considerables que el antiguo, servía de transición entre la vieja ciudad y los nuevos barrios del sur. Por el lado norte se apoyaba en las murallas, que lo dominaban. Allí, a fin de disimular la cortina del muro, antigua defensa que por la paz romana ya no tenía razón de ser, se había establecido una terraza bordeada de un pórtico. En el centro, y situada en un ábside, brotaba una fuente. Al este, otro pórtico, sobre el cual se abrían unas tiendas. El lado sur estaba casi completamente ocupado por un templo, el más grande y magnífico de toda la ciudad, con su fachada adornada con seis columnas corintias de una altura de 10 m, y que todavía podemos ver hoy. Este templo estaba consagrado a la

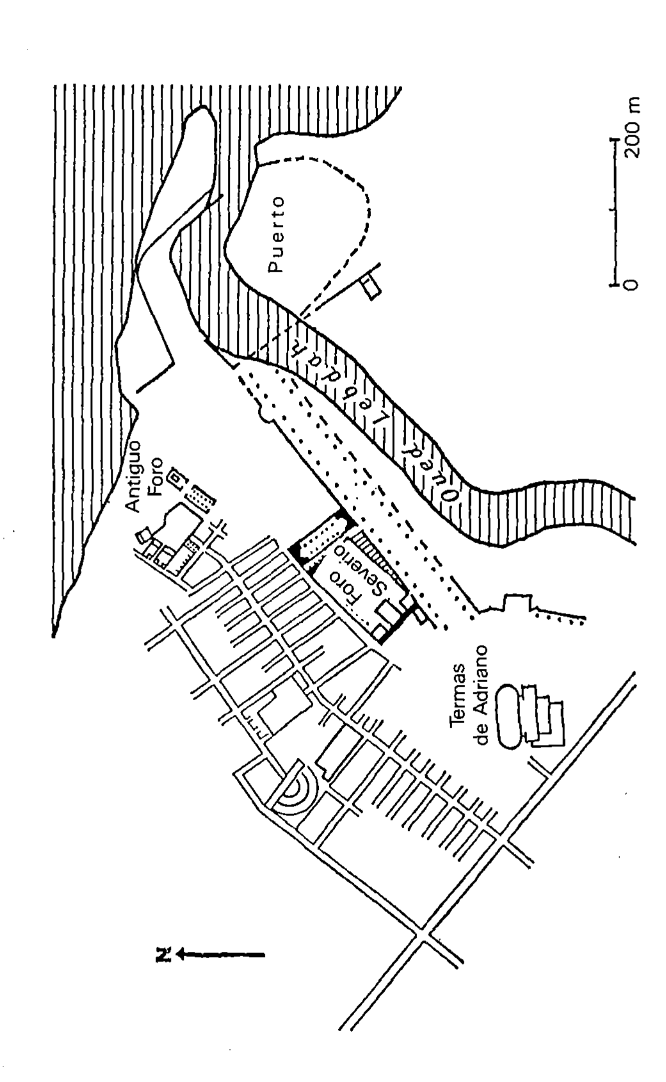


Fig. 13. **Plano de Leptis Magna. Según Ward Perkins, J. B.,** *Journal of Roman Studies,* XXXVIII, pág. 60, fig. 5, 1941

Gens Septimia, la familia imperial al completo. Era un monumento de lealtad eregido a la dinastía reinante, y que, primitivamente estaba al lado de un santuario de Saturno, el dios africano por excelencia. Pero pronto, con la extensión de la ciudad y el incremento de su población, fue necesario que el dios diera paso a una segunda basílica civil. De esta forma encontramos un *foro* sin Capitolio, enteramente colocado bajo la protección divina del Emperador. Hacia el oeste, la plaza estaba bordeada por un arco de triunfo dedicado a Caracalla, la segunda hija de Séptimo Severo y, muy cerca de dicho arco, se encuentra un edifico en forma de basílica, en el cual podemos reconocer la existencia de un «mercado de tejidos» parecido a los que todavía se encuentran actualmente en las medinas de Marruecos.

Igualmente, fue Séptimo Severo el que construyó un nuevo y amplio barrio en *Leptis Magna,* compuesto de una calle bordeada totalmente por un doble pórtico y un *foro* formando cuerpo con una basílica (fig. 13). Es interesante comprobar que este *foro* severo nos recuerda muy de cerca los conjuntos que hemos descrito en Saint-Bertrand-de-Comminges y en las ciudades de Bretaña. El lado más pequeño de la plaza está ocupado por un templo. Aunque no se haya encontrado la inscripción dedicatoria, es probable que fuera la familia de los severos la que allí recibía culto.

El ejemplo de Djemila y el de *Leptis Magna* nos revelan los procedimientos empleados para engrandecer las ciudades provinciales. En lugar de adaptar los edificios existentes a las necesidades de una población que iba incrementándose, se limitaban a yuxtaponer, en unos terrenos que habían quedado libres, un segundo centro «cívico» al antiguo. Los Emperadores actuaron de la misma manera cuando fueron creados los *fora* imperiales.

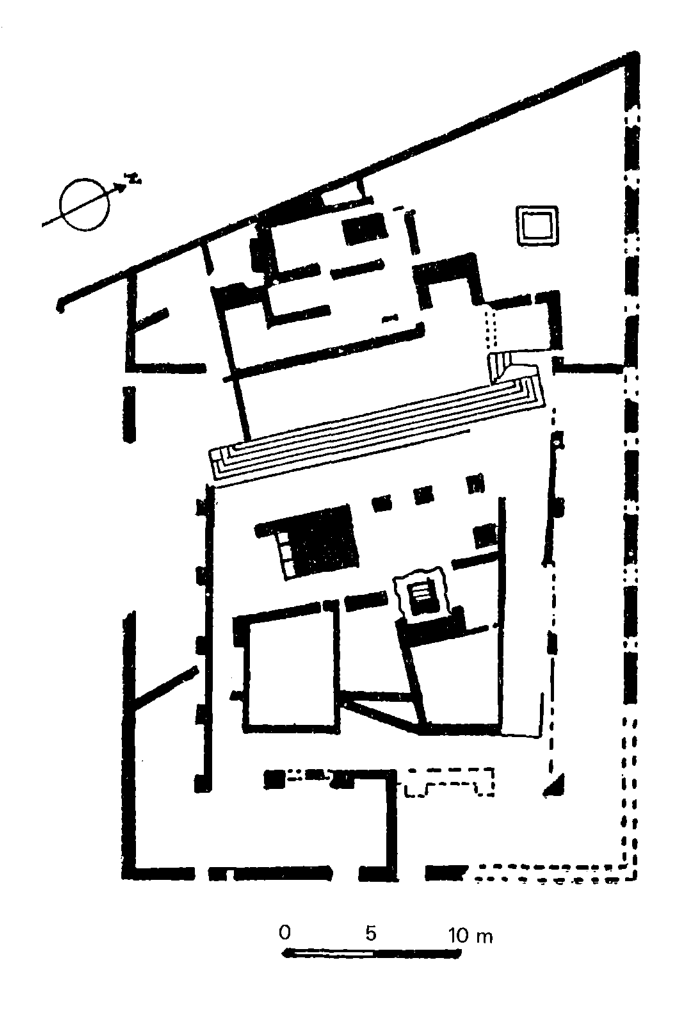


Fig. 14. Plano del santuario púnico-romano de El Kenissia (Tunicia)
Según Picard, G., *Les Religions de l'Afrique antique,*
pág. 155, fig. 17, París, 1914

La religión oficial y la religión imperial no agotaron toda la vida religiosa de las ciudades provinciales. Cada urbe poseía sus *dii patrii,* divinidades tradicionales surgidas a menudo de la asimilación de un dios indígena y de un dios romano, a los cuales los habitantes rendían culto dentro de la misma ciudad. Cuando esta ocupaba el lugar de una antigua aldea indígena, se limitaban a «modernizar» (es decir, a «romanizar») el santuario preexistente. Sin embargo, a menudo este conservaba en su forma o en su lugar unas particularidades que lo distinguían de los templos consagrados a las divinidades aportadas por los conquistadores. En África encontramos unos santuarios «púnico-romanos» en los que se adoraba a Baal-Saturno y a Juno *Caelestis* (sustituto romano de la púnica Tanit); y también las *Cereres,* es decir, las dos diosas griegas Demeter y Corea, introducidas de Sicilia a Cartago por los mismos púnicos en el año 396 aC. Estos santuarios son especialmente numerosos en el este (en la actual Tunicia), es decir, en las regiones que habían soportado más profundamente la influencia cartaginesa. Los de Saturno incluían a menudo un amplio patio rodeado de pórticos, donde se desarrollaban las procesiones sagradas fuera de miradas indiscretas, así como unas capillas en las que moraba la divinidad principal y sus paredres. Sucedía a veces que se adaptaban críptas bajo estas *cellae* a fin de albergar los objetos litúrgicos.[2] Un santuario de este tipo fue hallado en El Kenissia (Tunicia). Presentaba, en pleno período romano, los rasgos generales de los lugares santos de la religión fenicia: altares sobrealzados, «piscinas» sagradas, capilla edificada sobre una terraza, como un lugar «privilegiado», y a la que se accedía mediante un verdadero laberinto (Fig. 14).

Generalmente, los templos de este tipo se edificaban en la periferia de la ciudad, mientras que los cultos romanos continuaban agrupados en el centro. En Dougga (cerca

2. Picard, G., *Les religions de l'Afrique antique,* París, 1954.

de la actual Tebursuk, en Tunicia), el templo de Saturno está construido de esta manera en el flanco de la colina norte y bastante lejos del *foro.* Se ha encontrado en Timgad un pequeño templo «africano», con las mismas características, en las alturas que dominaban el Capitolio (fig. 1). Podríamos multiplicar los ejemplos para probar que el urbanismo romano, a pesar de su aparente rigidez, sabía adaptarse a las necesidades espirituales de las poblaciones indígenas.

Las urbes galo-romanas, desgraciadamente mucho menos conocidas que las ciudades de la África romana, también poseen edificios religiosos de estilo local. Aquí solamente citaremos un solo grupo: los templos con *cella* poligonal o circular, dedicados a las divinidades celtas. El más conocido es un templo de proporciones majestuosas, conservado en parte, y que se designa con el nombre de «Torre de Vesona». Probablemente se trataba de un santuario eregido a la diosa protectora de la ciudad de *Vesuna* (Périgueux). Su altura alcanzaba 27 m, y su diámetro aproximadamente 18 m. Se adivina, por ciertos indicios, que la *cella* circular estaba rodeada de una galería bajo pórticos. El conjunto estaba situado dentro de un amplio períbolo rectangular (fig. 15). El «templo de Jano», en Autun; aquel cuyos cimientos fueron encontrados en Maguncia en 1933; el de Chassenon (Charente); el «Molino de Fa», en Talmont-sur-Gironde (Charente-Maritime); el templo de Sanxay (Vienne), son otras tantas réplicas al santuario de Périgueux. Esta planimetría, desconocida fuera del ámbito celta, es evidentemente una adaptación de las formas arquitectónicas romanas a las exigencias de los cultos indígenas.[3] Edificios análogos han sido encontrados fuera de las Galias: por ejemplo, el templo octogonal de Weycock (Berkshire), el de Silchester (la antigua *Calleva Atrebatum,* en el valle del Támesis), que formaba un polí-

3. Formigé, J., «Le sanctuaire de Sanxay (Vienne)», en *Gallia,* II, págs. 43-120, 1944.

gono de dieciséis lados, el de West Mersae (Essex), cuya planimetría se observa bastante bien, con sus contrafuertes como una rueda dentada de seis radios.[4]

Las ciudades provinciales incluían sin duda muchos otros lugares de culto: templos eregidos a las divinidades egipcias Isis y Serapis, Cibeles, Mitra y Júpiter Heliopolitano. Los soldados de las legiones y de las tropas auxiliares habían extendido su religión un poco por todas partes, tanto entre las guarniciones de las orillas del Rhin y del Danubio, como en los puestos fronterizos del *limes* sahariano. Pero los devotos de estos dioses exóticos eran

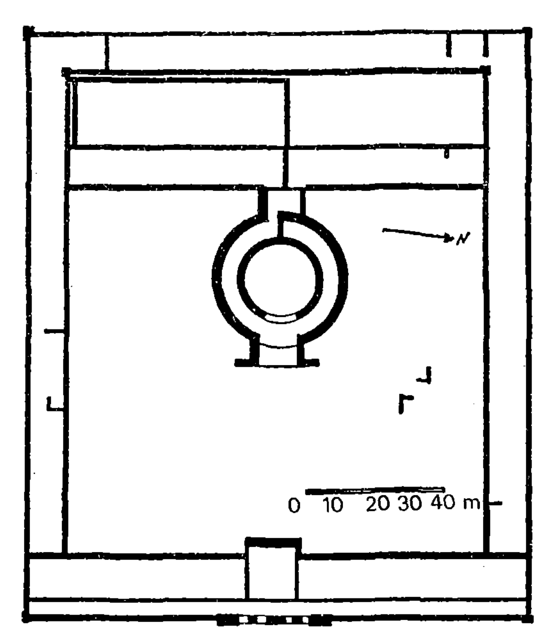


Fig. 15. La torre de Vesone, en Périgueux

4. Ward, J., *Romano-British Buildings...*, págs. 236 y sigs., Londres, 1911.

generalmente gentes humildes de pocos recursos, que no podían edificar templos monumentales. Las capillas que hubieran podido edificar han desaparecido o no sabemos reconocer sus vestigios en unas ruinas actualmente anónimas, debido a la inexistencia de inscripciones susceptibles de permitir su identificación. Pero si, frente a una ciudad provincial, tenemos a veces la impresión de que únicamente las divinidades oficiales, y también las que estaban relacionadas directamente con la Casa Imperial, eran objeto de un culto activo, no debemos olvidar que gran parte —quizá la más importante— de la vida religiosa continúa siéndonos difícil de descubrir, por el único hecho de que los templos conservados hasta ahora no eran los más frecuentados, aunque, por la razón que fuera, contribuyeran a servir a un ideal político.

Teatros y anfiteatros se cuentan entre los edificios más majestuosos y, a menudo, también los mejor conservados de las antiguas ciudades. Bajo el Imperio, toda urbe poseía, cuando menos, un teatro y, las más importantes, poseían además un anfiteatro. Los juegos, de la naturaleza que fueran, eran una necesidad para las plebes urbanas: su carácter religioso nunca fue borrado completamente y, sin ellos, el culto de los dioses se hubiera visto mutilado. La ley de la fundación de la colonia *Genetiva Iulia,* que ya hemos citado, preveía, desde sus orígenes, «unos juegos escénicos a Júpiter, Juno y Minerva, y a otros dioses y diosas, durante cuatro días». Trasladando a provincias las prácticas de la religión romana, era también necesario instalar los juegos y los edificios destinados a celebrarlos. Además, la atracción que ejercían estas distracciones en las poblaciones más rudas, constituían un poderoso medio de romanización.

Los teatros y anfiteatros no estaban destinados a los mismos espectáculos. Los primeros estaban reservados a las comedias, tragedias y mimo. Los segundos servían para las exhibiciones de carácter violento: combates de gladia-

dores, cacerías en la arena *(venationes),* y todas las variedades, más o menos disfrazadas, de sacrificios sangrientos. También, mientras que el anfiteatro, así como los juegos que tenían lugar en el mismo, eran una invención específicamente itálica, el teatro era un edificio de carácter helénico. Sin embargo, nos equivocaríamos si creyéramos que los romanos habían pura y simplemente imitado en sus teatros los modelos que les ofrecían las urbes orientales. El teatro romano difiere del teatro griego en muchos puntos. Las tragedias y las comedias romanas no son idénticas a las de los griegos y, por esta razón, se necesitaban teatros adaptados a los caracteres de la literatura nacional. No es pues ninguna torpeza o simple fantasía el que los arquitectos romanos modificaran la planimetría y la disposición de los teatros griegos.

Como ya hemos indicado, Roma no poseía ningún teatro en piedra precedentemente a los últimos años de la República, pero mucho tiempo antes de estas fechas ya se habían multiplicado en la Italia del sur y en las ciudades sometidas a la influencia de las colonias griegas, sus vecinas, teatros construidos en materiales duraderos. El gran teatro de Pompeya, por ejemplo, data en sus primeras formas de la Primera época samnita (finales del siglo II aC), y presentaba ya entonces los caracteres esenciales del teatro griego. Después de la conquista romana, este teatro fue modificado y adaptado a las necesidades de las piezas de teatro latinas. Fue este el momento en que se construyeron los primeros teatros «romanos» en Italia del sur y en Sicilia, incluso antes de que la capital tuviera el suyo.

Un teatro griego se componía, esencialmente, de un espacio circular (la *orchestra),* donde evolucionaba el coro, rodeado en más de su mitad por unas gradas concéntricas. En el centro de la *orchestra,* un altar recordaba que tragedias y comedias eran ante todo ceremonias religiosas antes que distracciones literarias. En el lado opuesto a las gradas, pero tangente a la *orchestra,* estaba un edificio llamado *skene,* cuya longitud era sensiblemente igual

al diámetro de la *orchestra,* formando una «tela de foro». Frente al *skene* transcurría una terraza, el *proskenion,* elevada unos 3 o 4 m con relación a la *orchestra.* Sobre este *proskenion* evolucionaban los actores. Cuando menos era así en la época helenística, es decir, en el momento en que los romanos empezaron a inspirarse en los modelos que veían en las urbes griegas.

Los arquitectos romanos aportaron a esta planimetría tradicional importantes modificaciones: la *orchestra* ya no fue en lo sucesivo un círculo completo, sino un semicírculo y, como las piezas teatrales romanas ya no incluían el coro, esta reducida *orchestra* fue invadida por los espectadores. Fue ahí donde se dispusieron asientos para los más altos personajes de la ciudad. El resto de la plebe se situó en las gradas de la *cavea.* Esta estaba igualmente limitada a un semicírculo y no superaba al diámetro de la *orchestra* (fig. 16).

Todo el espectáculo se desarrollaba entonces en el antiguo *proskenion* (llamado *pulpitum* por los romanos), rebajado y arrimado a la *orchestra.* El muro de contención que separaba *pulpitum* y *orchestra* solamente tenía una altura de dos o tres pies. Generalmente estaba adornado de un juego de columnillas y de hornacinas, alternativamente rectangulares, y en ábside. A menudo brotaban fuentes, cuya agua, destinada a proporcionar algo de frescor, se evacuaba por un canal paralelo al *pulpitum,* formando una eficaz separación entre espectadores y actores. Además, se introdujo el uso del *telón:* una ranura en la parte anterior del *pulpitum* permitía hacer salir del suelo, y esconderlo, un tabique deslizante. Así, contrariamente al uso actual, el telón *bajaba* al iniciarse la representación, para *alzarse* al final. Detrás del *pulpitum,* el antiguo *skene* no había desaparecido, y su fachada continuaba sirviendo de decoración a la acción, pero su altura era mucho mayor que en el teatro griego y, sobre todo, la arquitectura de este muro de fondo —llamado *scenae frons,* o «fachada» de la *skene*— se fue complicando y cargando

de elementos decorativos, que pronto resultaron estereotipos.

La *frons scenae* constituyó uno de los elementos más característicos del teatro romano. Representaba la fachada de un palacio que alcanzaba hasta los tres pisos (fig. 17). Disponía de un número impar de puertas —de tres o cinco, según la magnificencia del teatro— para poner en comunicación el *pulpitum* con el interior de este palacio imaginario. La puerta central era llamada «Puerta Real». Era por ahí donde aparecía el tirano de la tragedia. Para las entradas y salidas de los «huéspedes» y de los personajes de menor importancia, les estaban destinadas las puertas laterales. Los viajeros, los mensajeros, los esclavos, iban

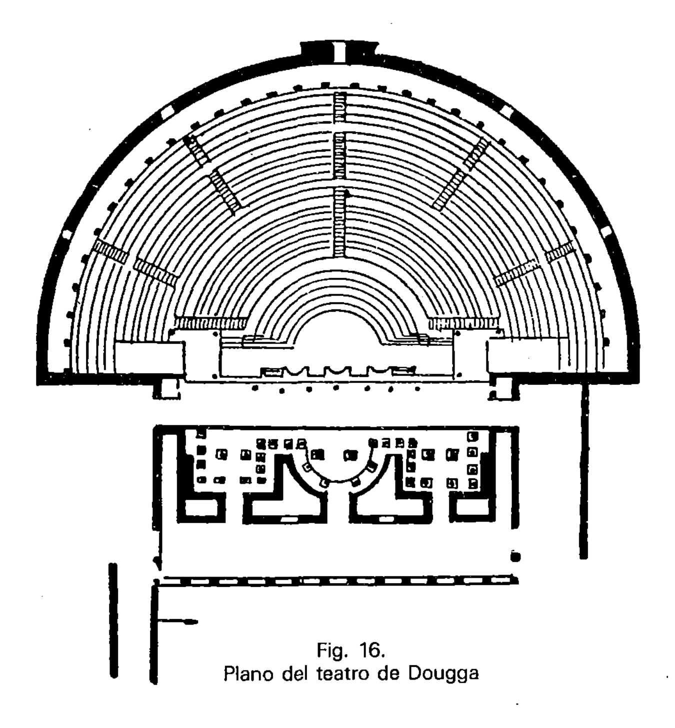


Fig. 16.
Plano del teatro de Dougga

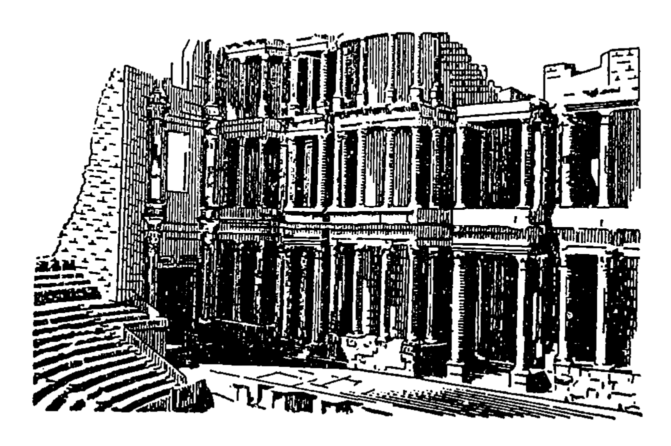


Fig. 17. El «escenario» del teatro de Sabratha

y venían por unos pasos practicados en cada extremo del *pulpitum,* a derecha o a izquierda del público, según llegaban o fueran hacia la Ciudad o el Puerto. Cada una de las puertas de la *frons scenae* (exceptuando las laterales «practicables») estaban enmarcadas de columnas y, a veces, estaban coronadas por un frontón o una cornisa saliente. Incluso a veces, sucedía que la Puerta Real formaba un verdadero pabellón rodeado de unas hornacinas en forma de ábside. Finalmente, a cada una de las puertas de la planta baja, correspondía una ventana de los pisos superiores, donde a veces aparecían personajes —por ejemplo, divinidades— que intervenían en la pieza teatral desde este lugar elevado.

La moda de los *frontes scenae* contribuyó mucho a quitar realismo al decorado. Su carácter monumental impedía cualquier modificación de una representación a otra, aunque presentaban una inestimable ventaja, todavía apreciada en la actualidad por los actores que utilizan los teatros romanos: la voz, ampliada por el muro, llenaba fácilmente toda la *cavea.* Es probable que los prototipos de los

frons scenae procedieran de Asia, pero Roma los adoptó y perfeccionó y, en sus formas más evolucionadas, los *frontes scenae* los encontramos en Occidente por todas partes, tanto en Orange, en la Galia Narbonense (en la que el teatro se remonta al siglo I de nuestra era), como en Sabratha, en Tripolitania (fig. 17), en Dougga, en la África preconsular (más o menos la actual Tunicia), en Djemila (provincia de Constantina), y en Sicilia (en Sageste y Taormina, especialmente).

La ornamentación del *frons scenae* alcanzaba a veces una riqueza extraordinaria. En todas partes, en las hornacinas, se encontraban estatuas. Sobre las cornisas se extendían frisos esculpidos. La piedra estaba revestida de mármoles preciosos, de vivos colores. En ninguna otra parte que no fuera los teatros romanos podríamos encontrar semejante estallido de esplendor de una arquitectura de prestigio.

Finalmente, podemos señalar otro carácter que acababa distinguiendo a los teatros romanos. Mientras que los teatros griegos a menudo estaban situados en las pendientes de una acrópolis (por ejemplo, el Teatro de Dionisio, en Atenas), de manera que las gradas descansaran sobre la roca que se cortaba, las ciudades romanas, establecidas generalmente en la llanura, no podían recurrir a semejante artificio. Era necesario que la *cavea* descansara sobre unas estructuras construidas sobre un sistema de galerías y de bóvedas. De esta forma se creó un tipo de arquitectura nueva: hacia el exterior el monumento se presentaba como una inmensa rotonda cuya fachada estaba formada por la superposición de varias órdenes de arcadas (fig. 18). A través de los arcos, la mirada adivina un encabestramiento de corredores transversales, de escaleras, y de paseos dispuestos bajo las gradas: de ahí pues la impresión de un inmenso andamiaje construido de cemento y piedras. Todo estaba calculado para facilitar el movimiento de considerables multitudes. En pocos instantes miles de espectadores debían poder alcanzar el lugar asignado a cada uno y, en caso de lluvia, poderse refu-

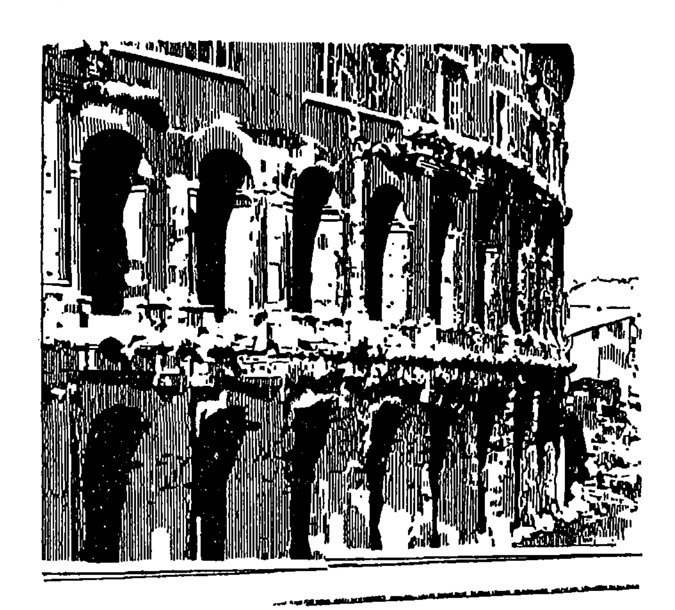


Fig. 18. El teatro de Marcelo en Roma

giar al abrigo de las galerías cubiertas hasta que volviera el sol.

Por último, los tèatros estaban a menudo complementados por un amplio pórtico cuadrangular que se extendía detrás de la «escena» y que servía de paseo cubierto. Su área central estaba plantada naturalmente en forma de jardines y decorada con bosquecillos y manantiales.

En las ciudades provinciales, así como en Roma, el teatro formaba un conjunto particularmente imponente y, a diferencia de los teatros griegos, completamente independiente del terreno. El *frons scenae* alcanzaba en altura el mismo nivel que la cima de la *cavea*. Era pues posible construir una estructura que cubriese todo el edificio. El teatro cubierto ya era pues virtualmente concebible. Pero

los romanos solamente cubrieron los teatros de pequeñas dimensiones (aquellos que a veces designamos con el nombre de *odeon* o *auditorium).* Los grandes teatros estaban protegidos simplemente con telas tensadas mediante mástiles.

Generalmente, se admite que el anfiteatro más antiguo es el de Pompeya. Cuando menos es, hasta hoy, el más antiguo de los conocidos. Es contemporáneo al pequeño teatro de la ciudad (hacia el año 80 aC). Construido lejos del centro, ocupa el ángulo oriental del recinto. Su construcción nos recuerda, desde el punto de vista técnico, la de un pequeño teatro y, de entrada, se tiene la impresión de que un anfiteatro no es más que un «teatro doble»: dos *caveae,* pegadas; las dos *orchestrae* dando forma cada una a la mitad de la palestra. Pero, en realidad, los anfiteatros no derivaban de los teatros. Constituían una invención original que solamente utilizaba las soluciones técnicas elaboradas por estos, y que son las que aparecen claramente en Pompeya. Ahí el anfiteatro todavía no presenta el complicado sistema de bóvedas, corredores y escaleras interiores, característico de los teatros más tardíos y de los grandes anfiteatros imperiales. Los arquitectos intentaron utilizar al máximo para las gradas el apoyo natural que proporcionaba el terreno. Para ello situaron la palestra más abajo que el nivel exterior, de manera que de los tres pisos de gradas, solamente el más elevado necesitaba muros de contención. Se accedía al piso inferior por unas rampas de suave pendiente. El piso intermedio estaba al mismo nivel que el suelo de la ciudad; el piso superior era accesible mediante escaleras colocadas en el exterior —procedimiento tosco, del que pronto se desistió—.

El anfiteatro de Pompeya permite suponer que los anfiteatros primitivos estaban constituidos por una simple excavación, una especie de embudo de tierra, protegido en el interior y en el exterior, por una empalizada o un muro. El anfiteatro sólo sería pues, arquitectónicamente, una forma reducida del circo, el cual siempre se edificaba en el

fondo de un valle. Como en Roma, el Valle *Murcia,* donde la pista discurre entre las pendientes naturales del Palatino y del Aventino. Pero, mientras que el circo, debido a la necesaria dimensión para las carreras de caballos, no podía liberarse de la servitud del terreno, el anfiteatro adquirió ya su independencia arquitectónica en los inicios del siglo I de nuestra era. La forma alargada de la palestra —en contraste con la *orchestra* circular del teatro griego— se explica por la necesidad de incrementar al máximo el número de espectadores sin engrandecer desmesuradamente las dimensiones del conjunto.

Los anfiteatros fueron, pues, con toda seguridad, una invención de la Campania, y que respondía al gusto muy marcado de las poblaciones samnitas por los espectáculos sangrientos y los combates que enfrentaban a los gladiadores o a las fieras. En Roma, esta especie de juegos se dieron en primer lugar en el Foro. Esta era, todavía, como hemos visto, la doctrina de Vitruvio. Pero, en la época en que apareció el *Tratado sobre la Arquitectura,* un noble romano, Statilius Taurus, construyó en el Campo de Marte el primer anfiteatro de piedra que se edificara en Roma. Sin embargo, se tuvo que esperar a la dinastía de los flavios (después del año 69 dC) para que la Ciudad fuera dotada de un anfiteatro a su medida.

La construcción del Coliseo (este era el nombre popular del Anfiteatro Flavio) se empezó con Vespasiano y se terminó con su hijo menor Domiciano. Se consideraba que podía albergar a aproximadamente 45.000 personas. El Coliseo, después de haber sufrido durante siglos las peores depredaciones, y haber sido utilizado como cantera para las edificaciones de la Roma papal, todavía se levanta majestuosamente entre el Palatino y el Caelius. A pesar de sus abiertas heridas, continúa siendo el ejemplo mejor terminado de anfiteatro clásico y, también, el más considerable de todo el mundo romano. Sus dimensiones totales (exteriores) eran de 188 m × 156, y las de la palestra (arena), de 80 m × 54. El muro exterior alcanza una altura total de 48'5 m, y todavía se le añadía un piso suple-

mentario de madera, que se colocaba en caso de necesidad en la cúspide de la *cavea*.

El aspecto exterior del Coliseo nos recuerda mucho el del teatro de Marcelo, que evidentemente sirvió de modelo, pero, mientras que en el teatro la fachada se compone solamente de tres órdenes de arcadas, el Coliseo superpone un cuarto piso, no calado, y adornado con pilastras corintias. Las gradas descansan sobre una serie de galerías concéntricas, cuyo número va disminuyendo de piso en piso. La planta baja incluía cinco, el primer piso tres y el segundo dos. Finalmente, en el tercer piso, solamente encontramos una sola galería, ocupada sobre todo por unas escaleras (fig. 19).

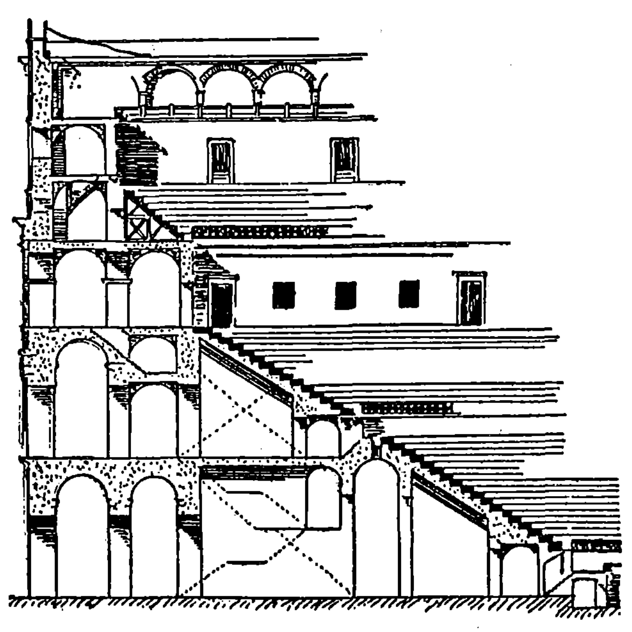


Fig. 19. Sección (restaurada) del Coliseo
Según la restauración de Durm
(Handbuch der Architektur, 2.ª Parte)

El suelo de la arena (palestra) estaba formado por una base que descansaba en las estructuras del subsuelo, en las cuales estaban instaladas las máquinas que servían para la escenografía. También se encontraban galerías y rampas para las fieras, celdas y, también, una red de albañales y canales de drenaje.

Las ciudades provinciales no habían esperado la construcción del Coliseo para edificar su anfiteatro. El de Saintes, por ejemplo, es treinta o cuarenta años anterior al Coliseo. El de Arles y el de Nimes, son contemporáneos a la fundación de estas colonias, y se remontan al reinado de Augusto. Y las mismas dimensiones de estos edificios provinciales no son mucho más inferiores a las del anfiteatro flaviano. Es así como entre los anfiteatros galos, encontramos las siguientes dimensiones: Autun, 154 m × 130; Poitiers, 138 × 115; Limoges, 137 × 113; Arles, 136 × 108; Tours, 135 × 120; Burdeos, 132 × 105; Nimes 131 × 100. El anfiteatro de *Italica,* en España, todavía era más considerable que el de Autun (156 m × 134).

El número de anfiteatros conocidos en provincias es muy grande. Incluso encontramos uno en las ciudades relativamente poco importantes, en los que se continuaron dando los juegos hasta principios del siglo VI de nuestra era, igual que en la misma Roma.

En las Galias, los lugares de espectáculo revestían una importancia muy particular, e incluso se llega a encontrar un teatro o un anfiteatro construido lejos de toda aglomeración antigua. Estos monumentos no estaban pues destinados a la plebe urbana, sino a los aldeanos y campesinos. Las fronteras de la urbe de los santones (la región de Saintes) también están jalonadas de tales edificios, el más conocido de los cuales es el Teatro de los Bouchauds (a unos 20 km al oeste de Angulema). Es muy probable que los romanos adoptaran este sistema para controlar las grandes asambleas periódicas a las que estaban habituadas las poblaciones galas, y que constituían un peligro real en la medida en que estas estuvieran sometidas a una sorda propaganda política y religiosa. El desarrollo de los jue-

gos, la «romanización», tanto mediante el teatro como el anfiteatro, y las grandes «peregrinaciones», permitían disciplinarlas e ir sustituyendo poco a poco la influencia de los druidas por la romana, humanizando los ritos.

Esta política dio lugar a la creación de un tipo de anfiteatro completamente nuevo, que de entrada parecía haber sido concebido para los territorios galos. El tipo más completo lo encontramos en el santuario de Sanxay (Vienne), estudiado hace poco.[5] Del anfiteatro clásico retiene la palestra (arena) elíptica (o, cuando menos, su forma oval alargada) (fig. 20), pero la *cavea,* en lugar de rodear com-

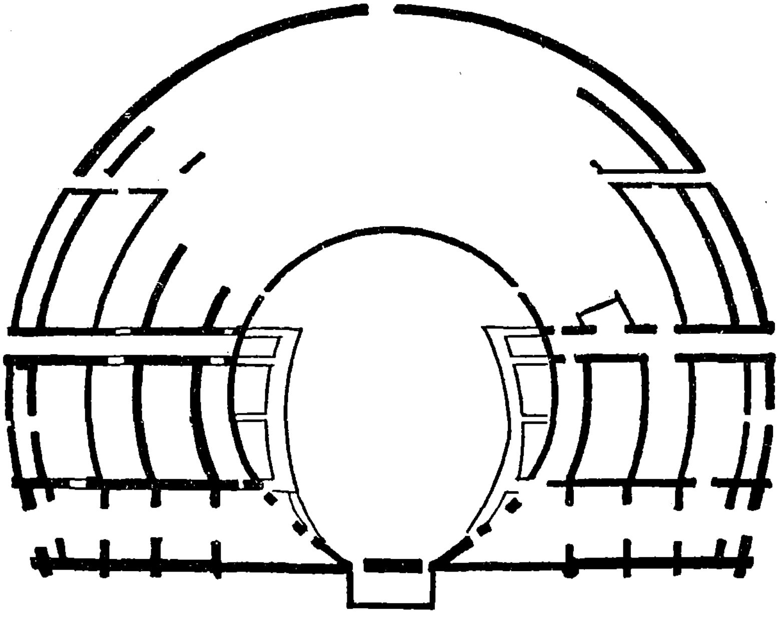


Fig. 20. Plano del anfiteatro de Sanxay
Según Formigé, J., en *Gallia,* pág. 89, fig. 28, 1944

5. Formigé, J., en *Gallia,* págs. 84 y sigs., 1944.

pletamente la arena (palestra), se limita a formar un semicírculo, como en los teatros. En el lugar en que transcurre el espectáculo, solamente se encontraba una pequeña plataforma bastante elevada.

Es evidente que esta singular disposición, que correspondía a la vez al teatro y al anfiteatro, respondía a razones económicas. Era menos costoso construir una *cavea* situando las gradas en el flanco de una colina, que sostenerlas con ayuda de enormes y complicadas estructuras. Pero el terreno solamente podía proporcionar, como máximo, apoyo para un semicírculo de gradas. Así nació el «semianfiteatro», del que solamente conocemos unos pocos ejemplos. El más célebre —aunque uno de los menos fácilmente reconocibles debido a las desfavorables condiciones en las que está colocado— es el que se encuentra en París. Las «Arenas de Lutecia» no son, a pesar de su nombre, más que un semianfiteatro edificado en las pendientes de la Montaña de Santa Genoveva. Podemos igualmente citar los «semianfiteatros» de Berthouville (Eure), Chassenon (Charente), Chènevières (Loiret), Drevant (Cher), Evreux, Gennes (Indre-et-Loire), Lillebonne (Seine-Inférieure), Néris (Allier), Valognes (Manche), Vieux (Calvados), así como el de Lisieux. Desde las Galias, este tipo se expansionó bastante, ya que sabemos que en la baja época el teatro de *Iol-Caesarea* (Cherchel, en Argelia) se modificó y se le añadieron unas arenas.

Después de los monumentos destinados a los espectáculos, los edificios más característicos de las ciudades romanas fueron sin duda las *Termas,* es decir, los Baños Públicos. Aquí también se trataba de una invención arquitectónica italiana, derivada del gimnasio helénico. Igual que los teatros romanos y los anfiteatros, aparecieron en primer lugar en Italia meridional: las más antiguas conocidas son las «Termas de Stabies» (el nombre es moderno). En su primera forma, son anteriores a la ocupación romana, pero, modificadas en diferentes ocasiones, fueron «moder-

nizadas» y ampliados en los últimos tiempos de la urbe. Se destacan con claridad el progreso del confort y del lujo, característica de la evolución de las termas bajo el Imperio. Al primer período pertenecen, además del gran patio rodeado de columnas, y que estaba destinado a los ejercicios físicos —restos de la antigua palestra al estilo griego—, varias pequeñas cabinas, estrechas y oscuras, que servían de baños particulares. Primitivamente, el agua necesaria era sacada de un pozo cercano. Pero poco a poco esta rudimentaria instalación se fue perfeccionando. Unas canalizaciones conducían el agua desde los acueductos, situándola en las grandes salas, cada una de las cuales estaba destinada a uno de los *momentos* de esta compleja operación que era entonces un baño. En los inicios de la ocupación romana, los edificios termales habían ya adquirido desde este momento todos sus órganos esenciales, que conservaron hasta el final de la antigüedad. Pero fue sobre todo en las *Termas del Foro,* construidas hacia el año 80 aC, y notablemente conservadas, que podemos ver con claridad la disposición interior de los edificios de este tipo (fig. 21).

En su conjunto, las *Termas del Foro* (como por otra parte las de Stabies) estaban divididas en dos partes: una, la más amplia, destinada al baño de los hombres, y la otra, asignada a las mujeres. La «palestra» no había desaparecido; ocupaba toda la parte posterior del «baño de los hombres», pero sus dimensiones quedaban relativamente limitadas: estaba situada dentro de un cuadrado de unos 20 m de lado. El caso es que apenas tenían lugar en ella ejercicios atléticos como antaño. Estaba destinada sólo al paseo, al juego de pelota y, sobre todo, al placer, siempre renovado, de la conversación. El baño de las mujeres únicamente poseía un área descubierta, adecuada quizá como jardín.

El «baño de los hombres» era más completo. Presentaba ya las cuatro partes esenciales de todo edificio termal: un *apodyterium,* amplio vestuario, donde los bañistas se quitaban y depositaban sus vestimentas; luego una

sala fría, el *frigidarium,* luego una sal tibia, el *tepidarium* y, finalmente, un baño turco, el *caldarium.* Todos pasaban de una a la otra siguiendo un rito obligado. La planimetría de las termas pompeyanas demuestra que el *apodyterium* se abría a la vez sobre el *frigidarium* y el *tepidarium:* era posible, pues, o bien penetrar directamente a la sala fría para las primeras abluciones, que se hacían zambulléndose en una tina que ocupaba casi la totalidad de la pieza, o bien entrar primero en la sala tibia, donde el cuerpo se iba habituando gradualmente a soportar una temperatura elevada. Al cabo de un rato, el bañista pasaba al *caldarium,* donde el calor provocaba una abundante sudación. Allí estaba preparada una fuente con agua tibia y una

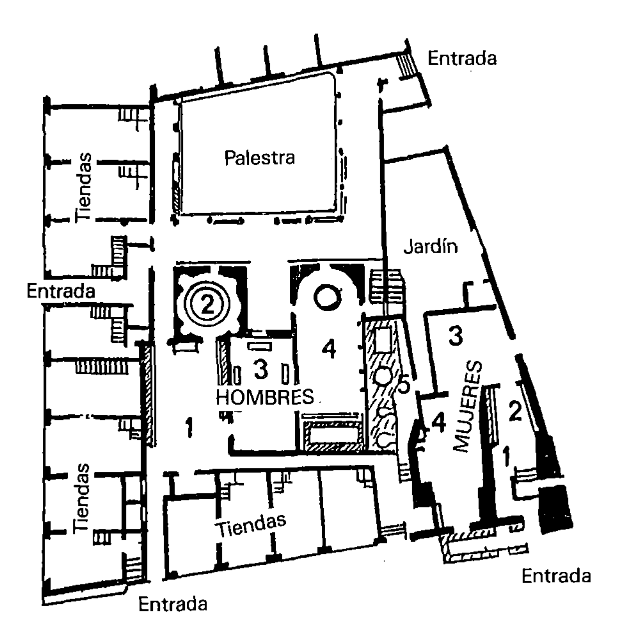
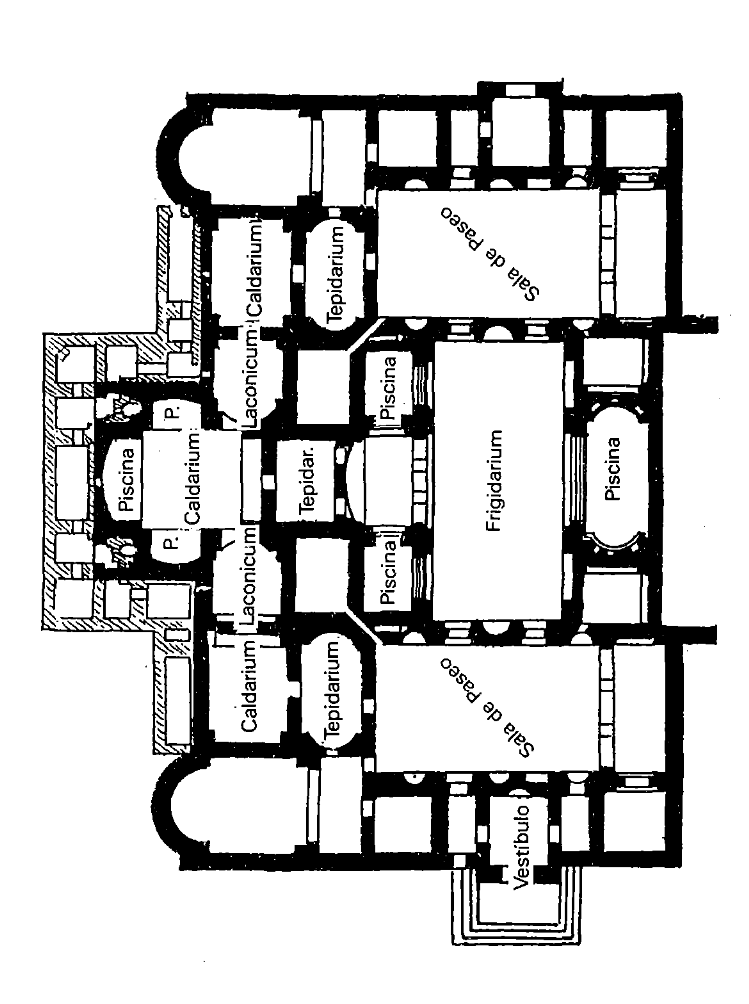


Fig. 21. Las Termas del Foro, en Pompeya
1. Apoditerium; 2. Frigidarium; 3. Tepidarium; 4. Caldarium; 5. Calderas

bañera, donde uno se podía bañar en su totalidad. En seguida era posible, rehaciendo en sentido inverso el camino recorrido, volver al *frigidarium* para un último baño frío. En las Termas más completas y lujosas construidas en la época imperial, existían otras salas destinadas a masajes y unciones, multiplicándose los salones de conversación y los espacios para pasear. Todo esto podemos verlo, por ejemplo, en una de las más grandes termas de Timgad (llamadas *Termas del Norte),* en las que encontramos un ordenamiento y una simetría, que aparenta visiblemente el edificio de las más fantásticas Termas de Roma, las de Caracalla o de Diocleciano (fig. 22). En ellas encontramos, al lado del *caldarium,* donde las fuentes mantenian el calor húmedo, unas baños turcos secos, llamados *laconicum* (o «baños laconianos»), cuya temperatura podía llegar a ser muy elevada.

La necesidad de disponer en las termas de fuentes de calor capaces de cubrir por sí mismas todas las necesidades, y por tanto lo bastante flexibles como para poder variar su acción según las salas, condujo a los arquitectos a inventarse dispositivos muy ingeniosos, el más extendido de los cuales fue la construcción de pavimentos suspendidos, con ayuda de pilares de ladrillos llamados *suspensurae.* De esta forma, el aire cálido emitido por un horno, circulaba libremente y calentaba el suelo, y luego se escapaba por un gran número de canalizaciones verticales empotradas en los muros, arrastrando con él polvo y humos. Era suficiente, para proporcionar más o menos calor a una sala, situada más o menos antes en el trayecto del aire caliente, siendo evidentemente las salas más próximas al fuego las más calientes. Debemos señalar también que, en las *Termas del Foro,* en Pompeya, los hornos estaban situados entre los dos *caldaria,* el del baño de los hombres y el de las mujeres (fig. 21).

Cada ciudad romana poseía un gran número de termas, además de los baños instalados por los particulares en las mansiones más lujosas. Así, existían en Timgad no menos de doce edificios termales, en una ciudad que no


Sala de Paseo
Caldarium
Tepidarium
Laconicum
Piscina
P.
Caldarium
P.
Tepidar.
Piscina
Frigidarium
Piscina
Laconicum
Piscina
Caldarium
Tepidarium
Sala de Paseo
Vestíbulo

contaba ciertamente mucho más de 15.000 habitantes. Y Timbad no era una excepción. La exploración todavía incompleta de la colonia de Banasa, en la Mauritania Tingitana, demuestra que esta pequeña urbe, muy modesta, del actual Marruecos, no tenía en este aspecto nada que envidiar a las termas de Timgad, si no fuera quizá su riqueza y el lujo de sus decoraciones. Ello era debido a que las termas ocupaban en la vida cotidiana de los romanos, tanto de los provincianos como de los habitantes de la capital, un papel considerable. Era en las Termas donde, hacia las 4 del mediodía, terminada la jornada «oficial», se iba a esperar lentamente la hora de la cena. Se hacía un poco de ejercicio, se abandonaba uno en manos del masajista, se charlaba, y se comían algunas golosinas que llevaban los vendedores ambulantes. También era allí donde se daban cita los hombres de negocios o los amigos, igual que todo ello se hacía antes en el Foro. Como hemos dicho, las Termas fueron, en tiempos del Imperio, los cafés y los clubs de las urbes romanas.

El gran número de termas hacía necesario en cada ciudad la instalación de abundantes y seguros aportes de agua. No había ninguna aglomeración urbana romana que no tuviera, por pequeña que fuera, cuando menos su acueducto. Durante mucho tiempo la misma Roma tuvo que contentarse con los pozos, fáciles de perforar en el húmedo suelo de las hondonadas, y en las colinas se han encontrado numerosos restos de cisternas. Pero, desde finales del siglo IV antes de nuestra era (en el año 312 aC), Appius Claudius, el mismo censor que construyó la Vía Apia, entre Roma y Capua, dotó a la Ciudad de su primer acueducto, llamado del *Agua Apiana (Aqua Appia).* Es muy probable que los ingenieros romanos imitaran entonces los procedimientos empleados en las ciudades griegas o helenizadas de Italia meridional. Estos eran muy simples: el acueducto no era más que un canal revestido de mampostería colocado en el suelo o situado bajo tierra siguiendo

la pendiente natural del terreno, a costa de interminables sinuosidades. Era así pues por lo que el *Appia,* que aunque tenía su nacimiento a unas siete millas de Roma, tenía una longitud efectiva de 11 millas (exactamente 11.190 pasos, unos 16'550 km), discurriendo solamente por debajo del subsuelo, sobre muros de apoyo o por arcos, unos 60 pasos (88 m), siendo probable que las partes elevadas fueran una adición muy posterior a la época de su construcción. Esta técnica rudimentaria acarreó graves consecuencias. El acueducto, desde su nacimiento, perdía muy rápidamente altitud, y el agua llegaba a la ciudad en forma de arroyo subterráneo, sin ninguna «fuerza», para desembocar, simplemente, en el estanque de una fuente. Era imposible concebir una distribución a presión a las casas particulares. El agua era un bien común. Todos podían ir a la fuente más próxima. El agua excedente, cuando la fuente se desbordaba por estar totalmente llena, se perdía en el alcantarillado o bien era vendida mediante canon a los tintoreros, lavanderos y propietarios de baños privados. Esta era la organización en tiempos de las guerras púnicas. En esta época, todavía no existían las termas, y las necesidades de agua no eran muchas. Hasta mediados del siglo II aC, dos acueductos eran suficientes para satisfacer las necesidades de agua de Roma, el *Appia,* y una toma extraída del río *Anio,* que desembocaba en el Tíber aguas arriba de Roma. Después de la caída de Cartago, cuando Roma ya se había transformado en una verdadera capital mediterránea, su población se incrementó de manera considerable y fue necesario construir un tercer acueducto: el *Marcia,* el primer acueducto «moderno» de Roma, que llevaba el agua a la Ciudad desde las fuentes del territorio de los sabinos, un agua pura, a la que se dispensaba una especie de veneración. Al mismo tiempo, empezaba un nuevo uso del agua: los grandes personajes, como recompensa a los eminentes servicios prestados al estado, recibían una concesión de agua gratuita. Así, poco a poco, una parte importante del agua aportada por los acueductos era derivada en beneficio de las casas par-

ticulares. Fue entonces cuando se edificaron unos depósitos de agua, a los que se conectaron las canalizaciones privadas. A partir de entonces, Roma tuvo su red subterránea, con prolongaciones a todos los barrios. Al mismo tiempo, el arte de los aportes de agua fue progresando. Se descubrió —y se empezó a aplicar sistemáticamente— el sistema de «sifones», es decir, que mediante la presión de una parte de la canalización, el agua podía franquear un valle y evitar de esta forma el inconveniente de los interminables rodeos. El agua —a pesar de las muchas resistencias, algunas de las cuales eran adornadas con pretextos religiosos— consigió así llegar hasta el Capitolio y las otras colinas. Las cisternas del Palatino se abandonaron y fueron cegadas o recubiertas. Roma estuvo, durante siglos, dependiente de sus acueductos.

Cuando en los inicios del Imperio los baños privados se fueron multiplicando, así como las concesiones a los particulares, fue necesario incrementar el volumen de los aportes de agua. Fue al talento administrativo de Agripa, amigo y luego yerno de Augusto, al que le cabe el honor de haber creado el cuerpo de los fontaneros (reclutado en primer lugar entre los esclavos y libertos de su propia casa) y reorganizado la red de acueductos que, hasta entonces, estuvo administrada, mal que bien, por los censores y los ediles. Agripa, que también fue el primero en establecer en el Campo de Marte unas termas cerca de una palestra, aumentó el caudal de los acueductos existentes, modernizándolos y creando sifones para suprimir las demasiado largas sinuosidades, y multiplicando los recorridos subterráneos sobre muros de contención y sobre arcadas. Además, Agripa construyó dos acueductos completamente nuevos: el primero fue el llamado de la Virgen *(Aqua Virgo,* porque se dijo que fue una muchacha la que indicó a los prospectores las fuentes destinadas a alimentarlo), y que esencialmente suministraba agua a las «termas» de Agripa, con su gran piscina al aire libre. El segundo, *Aqua Julia,* dobló la red del *Marcia.* Agripa multiplicó las fuentes y los depósitos elevados, principalmente en los barrios

nuevos, en el Esquilino e, incluso, en el Transtevere, en la orilla derecha del río. Reglamentó las dimensiones de las tuberías empleadas en las conexiones privadas y se esforzó en obtener una evaluación lo suficientemente concreta de las cantidades distribuidas, imponiendo una carga de agua muy definida (algunos centímetros de agua) en los puntos de toma. Fue así como los fontaneros suplieron la ausencia de medidas volumétricas. Pero, no mucho más que otras veces, la distribución no se hacía «por caída». Los antiguos apenas conocieron nada comparable a nuestros «surtidores» y a nuestras «bocas de agua» en las viviendas. Los incendios, numerosos en Roma y en todas las grandes aglomeraciones romanas, debían ser combatidos sobre todo destruyendo una parte para no perderlo todo, y rociando los escombros con la ayuda de «cadenas» humanas, como antes se hacía en nuestras aldeas.

Los más grandes y célebres acueductos romanos, cuyas arcadas franquean todavía hoy día la Campiña romana desde los Montes Albanos, fueron construidos entre el año 47 y el 52 dC por los emperadores Claudio y Nerón. Para que pudieran suministrar agua a las zonas más elevadas, fue necesario mantener los aportes de agua a la mayor altura posible y, por dicha razón, la altura de los canales al llegar a Roma todavía era de 32 m sobre el suelo.

Podemos evaluar el volumen total del agua distribuida en Roma en 24 horas (hacia finales del siglo I dC) en aproximadamente 992.200 m^3, cifra considerable, incluso si admitimos que la población total de la ciudad se aproximaba al millón de habitantes, lo que es una «fuerte» evaluación. Una buena parte de esta enorme masa estaba destinada a las concesiones particulares y a las pequeñas industrias (lavanderías y curtidores), pero todavía quedaba bastante para las fuentes públicas, que fluían día y noche en todos los barrios y, sobre todo, para las termas. La abundancia de agua corriente siempre ha sido un lujo romano: la ciudad moderna no ha perdido esta tradición. Pero este agua, que no dejaba de manar, todavía tenía otra

función. Recogida en alcantarillas, servía para drenar estas y llevarse las inmundicias hasta el gran colector que era la *Cloaca Maxima,* y que en otras ocasiones había servido para desecar las marismas del Foro.[6] Ya hemos indicado como la *Cloaca,* establecida primeramente a cielo abierto, había sido, en los inicios del siglo II aC recubierta con una bóveda. La que actualmente describimos, hasta su desembocadura en el Tíber, no es más que una reconstrucción debida a Agripa.

Los acueductos que se construían en las ciudades provinciales, lo eran bajo los mismos principios que los de la capital. A veces, su magnificencia no tenía nada que envidiar a estos, y un testimonio es Pont du Gard, acueducto destinado a la colonia de Nimes, elevado unos 50 m por encima del valle del Gard. La fecha de su construcción es incierta: sin duda puede remontarse hasta el siglo I de nuestra era. Se compone de tres pisos de arcadas superpuestas, siendo suficiente una sola arcada del piso inferior para salvar el río, cuando menos en una avenida normal (fig. 23).

La colonia de Lyon disponía de cuatro acueductos, el más reciente de los cuales (sin duda fue construido en tiempos del emperador Adriano, hacia el año 130 dC) alcanzó los 75 km. Cerca de Narbona, todavía serpentea un acueducto antiguo, y también de tanto en cuanto se ven en medio de las viñas los «registros» destinados a evitar el exceso de presión de las conducciones.

La creación de Roma estuvo marcada por numerosas guerras y, durante siglos, la ciudad se encontró en medio de una Italia hostil. Lo mismo sucedía en la mayoría de ciudades provinciales, particularmente en las colonias fundadas con fines estratégicos. Estas condiciones de inseguridad, obligaban a las ciudades a rodearse de murallas y,

6. Ver página 40.

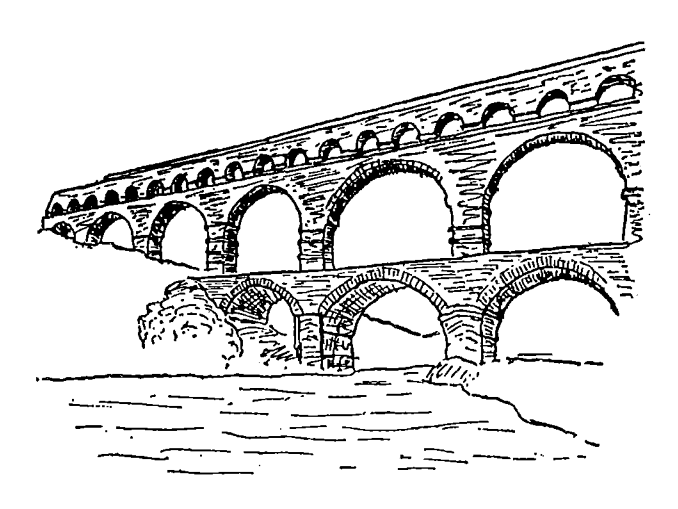


Fig. 23. El puente del Gard

a partir del siglo VI aC, Roma dispuso de una muralla construida en piedra —pequeños bloques de toba friable, llamados *cappellaccio,* que era proporcionada por las canteras locales— de la que todavía subsisten algunos testimonios. Esta muralla es la llamada desde la antiguedad con el nombre de «Muro Severiano». Recientemente, se ha demostrado que rodeaba la aglomeración romana en su más amplia extensión, desbordando ampliamente el *pomerium,* e incluyendo, particularmente, el monte Aventino (ver fig. 6). Podemos admitir generalmente que esta muralla llegaba hasta el río, a la altura del Capitolio, y se interrumpía a alguna distancia de la orilla, para no salir de nuevo hasta el nivel del Aventino. En realidad, parece mucho más probable que estas primeras murallas dejaran fuera la llanura del *Forum Boarium,* apoyándose en las alturas del Palatino y franqueando el valle del Gran Circo. Aprovechaba, en lo posible, las escarpaduras naturales y los acantilados del Capitolio, al que coronaba, así como las del Quirinal. Pero si el emplazamiento de Roma estaba

cerrado hacia el norte, el oeste y el sur por una línea casi ininterrumpida de colinas, hacia el este la amplia meseta del Esquilino apenas podía oponer al invasor ningún obstáculo natural. Ahí fue necesario completar el muro con un talud (el *agger*) y un foso de unos 30 m de ancho y una profundidad de 10.

Este sistema defensivo pronto tuvo que reforzarse y, a inicios del siglo IV aC, después de la invasión gala, se duplicó el muro de *cappellaccio* con otro muro, construido con una piedra mucho más sólida y con bloques de dimensiones mucho mayores. Es probable que intervinieran entonces ingenieros griegos, y el muro romano del siglo IV aC se parecía mucho a los de las ciudades helenizadas de Italia meridional. Una disposición análoga la encontramos efectivamente en Pompeya. Allí podemos comprobar que la muralla, cuyas partes más antiguas se remontan a mediados del siglo V aC, y las más recientes a finales del siglo II, estaba formada, como en Roma, por dos paramentos de sillares, entre los cuales estaba inserta manpostería basta en forma de bloques irregulares y de cemento. El paramento exterior estaba provisto de almenas. El paramento interior era más elevado y estaba sustentado por unos contrafuertes destinados a resistir los eventuales golpes de los arietes. Se accedía a las defensas con ayuda de escaleras apoyadas en un terraplén.

El uso de torres no se generalizó hasta principios del siglo II aC. En Pompeya son solamente unos pocos años anteriores al sitio de la ciudad por Sulla. Son unas torres cuadradas de tres pisos, con un amplio saliente sobre la cortina, y almenadas. Este sistema pronto fue adoptado en todas las ciudades provinciales. En la época de Augusto, lo encontramos por ejemplo en las fortificaciones de Aosta *(Augusta),* en Italia del norte, en Nimes y, también, en Avenches, que estaba rodeada a finales del siglo I dC de unas inmensas murallas. También podemos comparar hoy las murallas de dos grandes urbes de la África romana, Tipasa y Cherchel *(Iol-Caesarea),* en su estado primitivo casi contemporáneas a las de Avenches.

Durante todo el tiempo en que la paz romana garantizó la seguridad del Imperio, las fortificaciones fueron abandonadas. Excepto en algunas urbes de las regiones fronterizas, o cercanas a las zonas de «disidencia», se dejó que las murallas se deterioraran y, a veces, incluso, como en Roma, fueran destruidas en algunos tramos para construir en su lugar edificios civiles. Ya hemos dicho que, en tiempos de Augusto, Mecenas había ampliado sus jardines hasta ambos lados del *agger* esquilino. Dos siglos más tarde, el muro serviano ya no era más que un recuerdo: los tramos que subsistían (especialmente en el Aventino, el Capitolio y el Quirinal) solamente eran «testimonios» aislados de las antiguas fortificaciones, sin ninguna utilidad real. Además, Roma había crecido, y la ciudad desbordaba por todas partes las murallas reales. También, cuando hacia el tercer cuarto del siglo III dC, las invasiones bárbaras, amenazadoras, obligaron a los romanos a ocuparse de la seguridad de su capital, fue necesario construir un nuevo recinto, independiente del antiguo, y mucho más amplio. Fueron las murallas de Aureliano, empezadas hacia el año 272 y terminadas algunos años más tarde bajo el emperador Probus.

Para estos trabajos se utilizaron un cierto número de monumentos existentes: por ejemplo, el gran cuartel de la guardia pretoriana, construido en tiempos de Tiberio, un pequeño anfiteatro llamado «Anfiteatro Militar», simplemente quizá porque se encontraba cerca de un cuartel, y luego tumbas, por ejemplo la pirámide edificada por un cierto Sestius (en el actual cementerio protestante de Roma), las estructuras de los grandes jardines cuyas terrazas dominaban la contrapendiente del Pincio *(Collis Hortulorum),* y también los arcos de los principales acueductos en la meseta esquilina. Estas nuevas murallas incluían, además de los barrios de la orilla izquierda, la llanura triangular del Trastever, en la orilla derecha, formando una especie de bastión avanzado.

El apresurado impulso dado a la construcción de esta muralla no impidió que fuera concebido y ejecutado con

el cuidado necesario: todavía hoy subsiste la mayor parte e, incluso, con algunas modificaciones de detalle, son las puertas que utiliza actualmente la circulación. Cada veinte pasos (aproximadamente 30 m) se elevaba una torre cuadrangular de alto vuelo. El mismo muro no estaba formado, como en otras épocas, de un macizo de mampostería. Se componía de un alto basamento de piedras, de aproximadamente 8 m por encima del nivel exterior del suelo, y que servía de soporte a una serie de cámaras abovedadas, separadas por robustos contrafuertes y adosadas hacia el exterior (es decir, en dirección al enemigo) a una sólida pared que alcanzaba un metro de espesor. Por encima de las cámaras discurría el camino de ronda. Este sistema tenía varias ventajas. No solamente permitía disponer de numerosos almacenes y salas de armas a cubierto, sino que, sobre todo, disminuía el volumen total de la mampostería sin comprometer la solidez del conjunto. Sin embargo, ello no fue una innovación de los ingenieros de Aureliano, sino la continuación de una larga tradición que, aparentemente, se remontaba a la época helenística. Por otra parte, la misma técnica la podemos encontrar todavía en Cherchel (en el siglo I dC) en Gran Bretaña, y en *Cilurnum* (Chester), en la época de Adriano.

Podemos relacionar naturalmente la muralla aureliana, con todas las ciudades del Imperio que se rodearon de murallas como Burdeos, Saintes y Périgueux, así como Londres y París, a finales del siglo III dC. En todas partes resaltan las mismas características: materiales de relleno tomados de los monumentos de la época anterior, sobre todo tumbas, losas con inscripciones (las cuales, de esta forma, se han podido conservar hasta nuestros días), capiteles esculpidos, fragmentos de frisos o de columnas, todo era bueno para los apresurados ingenieros.

No obstante, a pesar de lo apresurado de su construcción, estas fortificaciones no estaban exentas de grandiosidad. Especialmente las puertas, que fueron a menudo tratadas en un estilo monumental. Los ingenieros romanos tenían detrás una larga tradición, que algunos remontan

a la época helenística. También habían sacado de la arquitectura itálica una predilección por los arcos y las bóvedas. Igualmente existió un estilo muy reconocible que distinguía las puertas de las murallas romanas. En general, se componían de un antepatio, al que se accedía por un pasaje abovedado. Este era el caso, por ejemplo, de Cherchel (fig. 24), con una puerta que según toda probabilidad data del siglo I dC. A veces la bóveda era simple; a veces doble e, incluso, triple: en este caso, de los tres arcos, el del centro era el más ancho. Muy a menudo la puerta estaba situada entre dos torres, que completaban su defensa. Este era el caso de todas las grandes puertas de la muralla aureliana de Roma. Pero el ejemplo más célebre quizá sea el de la famosa Puerta Negra de Treves, que se remonta a finales del siglo III o principios del IV de nuestra era (fig. 25). Solamente incluye dos arcadas y un antepatio, franqueado por dos torres semicirculares orientadas al exterior. Su fachada está formada por tres órdenes de columnas superpuestas, entre las cuales se abren ventanas de medio punto: el ritmo de la fachada es parecido al de los anfiteatros. Las torres tienen cuatro pisos y un tejado plano.

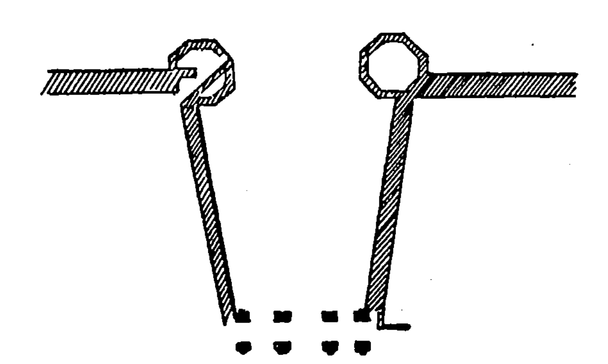


Fig. 24. Plano de la puerta Sur de Cherchel
Según Duval, P. M., *Cherchel et Tipasa...*, pág. 101, fig. 13

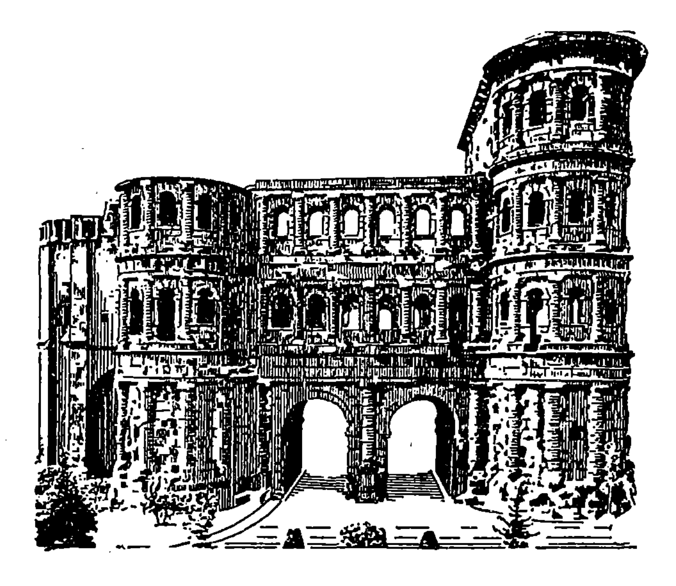


Fig. 25. La Puerta Negra de Tréveris

El arte de las puertas monumentales, que conoció a finales del Imperio un espectacular renacimiento, debemos relacionarlo con el de los arcos de triunfo, que son, también, unas puertas, pero aisladas de cualquier recinto amurallado, y tratadas por lo que son. El Oriente helénico no había conocido los arcos de triunfo, que fueron un invento italiano. Muy probablemente surgieron del rito triunfal: para entrar en la Ciudad, el general vencedor y su ejército debían franquear una puerta edificada especialmente para la ocasión en el límite del *pomerium,* después de haber ofrecido «a las divinidades del umbral» unos sacrificios determinados. Así nació a principios del siglo II aC la costumbre de erigir en la ciudad, un poco en todas partes, unos arcos simbólicos que evocasen el regreso victorioso de un ejército. Desde finales de la República, el Foro romano se encontraba así bordeado de diferentes arcos,

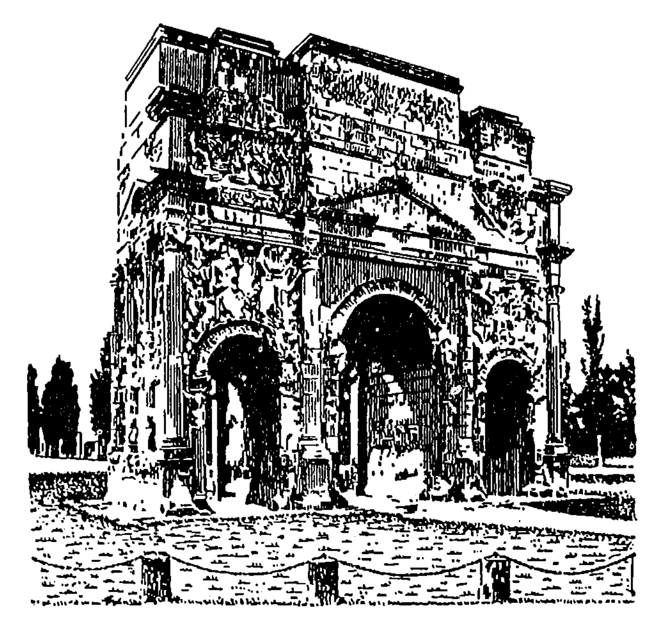


Fig. 26. El Arco de Orange

el primero de los cuales fue el de Fabio, edificado en recuerdo de la victoria que consiguió en el año 121 aC contra los alóbroges. Pero fue en tiempos de Augusto, que se multiplicaron en todas partes, así como en las urbes provinciales, especialmente en las Galias. En seguida cada reinado tuvo el suyo, y como ello tenía lugar en los *fora,* por eso encontramos en las urbes africanas, por ejemplo, diversas series de arcos, unos que se remontan a los antoninos y otros a los severos.

Entre los arcos erigidos en las Galias, es conveniente citar los de Aix-les-Bains, Carpentras, Saint-Chamas y Orange (fig. 26), que datan de la época augustiniana. El de Saintes, que señala la entrada del puente sobre el río Charente, fue eregido bajo el reinado de Tiberio, en el año 19 dC. Otros, como el de Cavillon, no podemos datarlos con exactitud.

4. Algunas grandes ciudades

Hasta ahora, el estudio de los principales monumentos urbanos nos ha permitido observar, sobre todo, unos rasgos de semejanza entre las ciudades romanas: parecido obligado, en la medida en que es una expresión material de la «comunidad» romana. Pero es muy cierto que esta unidad romana, por real y poderosa que fuera, no impide resaltar las diversidades; la prueba la hemos encontrado ya en los edificios religiosos y los anfiteatros. Pero la misma vida de cada ciudad, su evolución y las vicisitudes de su poblamiento, estuvieron impuestas por las condiciones particulares con las que se encontraron. Lo mismo sucedió igualmente a todo lo que no fueron monumentos oficiales y que correspondían a la inciativa privada. Será suficiente pues aquí con describir a grandes rasgos la fisonomía e historia de algunos centros particularmente importantes en África, las Galias y Gran Bretaña.

La fundación de *Cuicul* (actualmente Djemila) se remonta al año 97 dC. Fue obra del emperador Trajano, que deseaba ocupar así una posición estratégica en el punto en que se cruzaban la gran ruta de *Cirta* (Constantina) en *Sitifis* (Sétif) y la ruta del sur, de Djiejelli a Lambese. En este lugar se levantaba antes una aldea indígena poblada de númidas (los bereberes, antepasados de los cabilas). *Cuicul* ocupaba un espolón triangular en la confluencia de dos valles por donde transcurrían los caminos. La elección de este lugar motivó la primera derogación de las reglas de las fundaciones. Cuicul nunca fue una ciudad cuadrada, y solamente conoció un esbozo de *decumanus* (fig 27), orientado de una manera muy aproximada. La muralla seguía las líneas del terreno y presentaba una forma triangular, cuyo lado más pequeño cortaba al espolón en su base. Muy pronto esta muralla resultó insuficiente; la elección del lugar se había revelado afortunada. La riqueza de

las tierras vecinas, la abundancia de recursos, la facilidad de las comunicaciones con el interior de una provincia cada vez más próspera, condujeron rápidamente al desarrollo de la ciudad. Tres cuartos de siglo después de su fundación, se edificó en Ciucul un teatro, que se construyó a unos 150 m al sur de las murallas y, veinte años más tarde, se edificaron las Termas del Sur, que recordaban por su magnificencia y, también, por su distribución, a las grandes termas del norte de Timgad. Los arquitectos, al elegir estos emplazamientos para los nuevos monumentos, no habían hecho más que seguir las líneas maestras del lugar, sin preocuparse a priori de ningún rigor geométrico. Previeron que la ciudad se iría desarrollando en la meseta en forma de abanico, resultando ciertas su predicciones. Pero, al mismo tiempo, tal y como hemos visto, reservaron en el emplazamiento de lo que había de ser el centro de la ciudad, el espacio necesario para un nuevo *forum,*[1] que fue obra de los severos. Para situarlo, se limitaron a seguir la orientación de las viejas murallas, que fueron la base de su plan director. Dos arcos, uno sobre la calle que conducía al teatro (levantado a partir del año 161 dC), y el otro, a la salida del nuevo foro (data del año 216), significaban que, en estos puntos empezaba una zona monumental. La extensión de la ciudad se encontró así limitada —y también por el mismo terreno— de este a oeste.

Más tarde, la ciudad continuó su crecimiento, incluso en medio de los disturbios y la inseguridad que marcó el siglo III de nuestra era y, cuando triunfó el cristianismo, fue en el «barrio sur», en el emplazamiento previsto por los primeros arquitectos 200 años antes, donde se instaló el barrio cristiano con sus basílicas, sus baptisterios y su palacio episcopal. De esta manera, la evolución urbana de Cuicul presentó, como podemos comprobar actualmente, una señalada unidad. Escapa a cualquier constreñimiento y continúa siendo fiel a los imperativos de su situación:

1. Ver página 62.

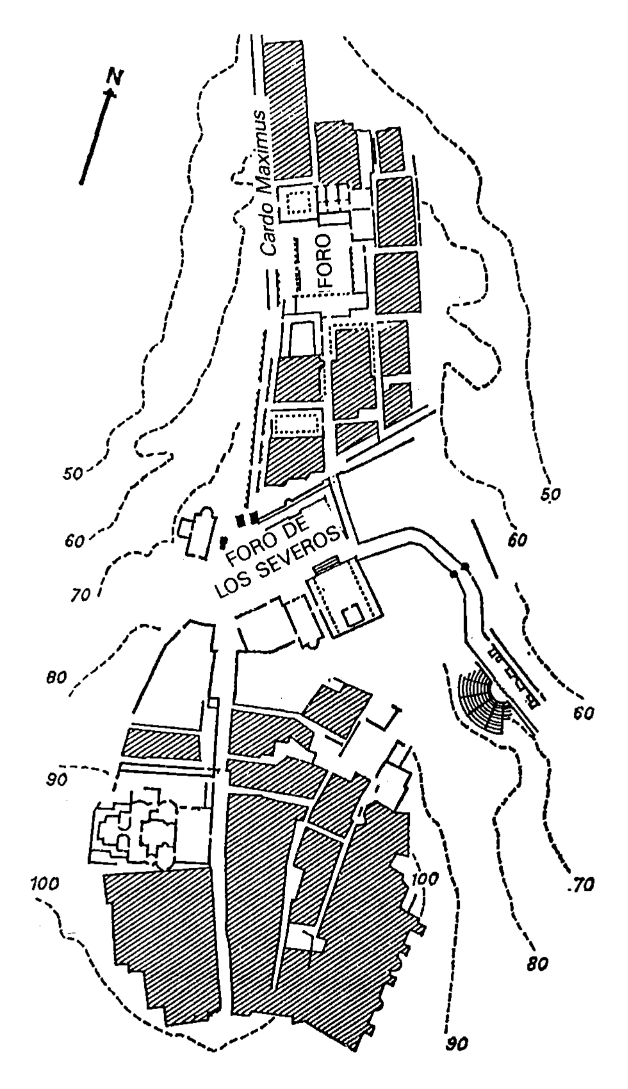


Fig. 27. Plano general de Djemila

su *cardo* no era axial, como lo requería la regla, sino que formaba un verdadero boulevard bordeado de pórticos a lo largo de las murallas del oeste. Más tarde, se sustituyó el viejo *decumanus* por una terraza que dominaba el foro de los severos. Y en todas partes se colocaron fuentes. Había una detrás del arco de Caracalla, y también otra a alguna distancia de las termas del sur, en la prolongación del *cardo*. El exedra central de la terraza que dominaba el nuevo *forum* estaba adornado por una fuente, así como el «mercado de Cosinius», en las cercanías del Capitolio. Los patios de las casas particulares estaban igualmente alegrados por la presencia del agua: gracias a los ingenieros romanos, los africanos ya comprendieron la necesidad de situar en todas partes la frescor de las fuentes.

En una primera impresión, estamos tentados de comparar las casas particulares de Djemila, así como las de las otras ciudades africanas, con el *atrium* y el peristilo[2] de la casa clásica que hemos visto en Pompeya. De esta casa itálica, las de Djemila mantienen efectivamente el motivo esencial: el patio central rodeado de columnas *(peristilo)*. Pero, en realidad, hay mucha diferencia. La casa con *atrium* está caracterizada por una hilera axial de apartamentos. Primeramente se penetra en un vestíbulo de dimensiones reducidas y luego, directamente, en el peristilo, que es el patio de la mansión. A lo largo de sus cuatro lados, están dispuestas las habitaciones, algunas de las cuales no son más que estrechas celdas, y otras, más adornadas, representan salas de ceremonial. No encontramos aquí el *atrium* italiano, y no existe ninguna razón para suponer que nunca fuera exportado a África. En la época en que fueron construidas las grandes urbes africanas, el *atrium* ya no era en la misma Roma más que un recuerdo, un vestigio de tiempos pasados, cuya importancia iba disminuyendo en las nuevas construcciones. Así, por evolución natural, las casas africanas estaban mucho más pró-

2. Ver Grimal, p., *Vie à Rome dans l'Antiquité*, págs. 45 y sigs., París.

ximas de las mansiones helenísticas que hemos visto en la isla de Delos, y que se remontan al siglo II aC, que por ejemplo de las casas de Pompeya. Este mismo tipo se mantendrá en todo el Oriente y el Mediterráneo meridional, dando nacimiento a la «casa árabe». Desde los primeros siglos de nuestra era, la ciudad romana ya estuvo marcada por la huella indeleble de los países africanos.

Ya hemos visto por qué razones nuestro conocimiento de las ciudades romanas de las Galias era menos completa que la de ciertas ciudades africanas. Sin embargo, no es imposible describir, a grandes rasgos, la evolución de tal o cual de entre ellas, como por ejemplo la que fue la capital administrativa de las Galias, la entonces llamada «cabelluda», la colonia de *Lugdunum* (Lyon).

Fundada en el año 43 aC, un año después de la muerte de César, Lyon debe probablemente su creación a un proyecto del dictador, que fue llevado a cabo por orden del Senado por Munatius Plancus. Es fácil discernir la intención de los fundadores: en el punto donde se cruzaban dos de las más grandes rutas de las Galias, la del Rhin al Mediterráneo y la del Leman al Atlántico, en el lugar en donde la antigua *Provincia,* helenizada desde hacía más de un siglo, se avanzaba al contacto con las poblaciones más recientemente sometidas, era natural que se creara una colonia que fuera, a la vez, un puesto avanzado de la romanidad y pronto una encrucijada del mundo céltico unificado en el seno de la paz romana. Desde los últimos años que precedieron a la conquista, Vienne había sido la más septentrional de las grandes ciudades del valle del Ródano. Pero los comerciantes romanos que se instalaron en ella, fueron expulsados por una revuelta, y pidieron asilo a los galos segusiavos, que los acogieron favorablemente en la confluencia del Saona con el Ródano. Era en este núcleo romano en el que se apoyó César en los inicios de su intervención en los asuntos de las Galias, con motivo de la campaña contra los helvéticos en el año 58 aC. El

valor estratégico y comercial del lugar, fue de esta manera puesto en evidencia, incluso antes de que las Galias fueran anexionadas. Solamente existía entonces en la colina que tomará el nombre de Fourviere, un poblado celta. La primera preocupación de los fundadores fue la de rodear la nueva colonia de una sólida muralla que siguiera el contorno triangular de la colina (fig. 28). La muralla en sí no

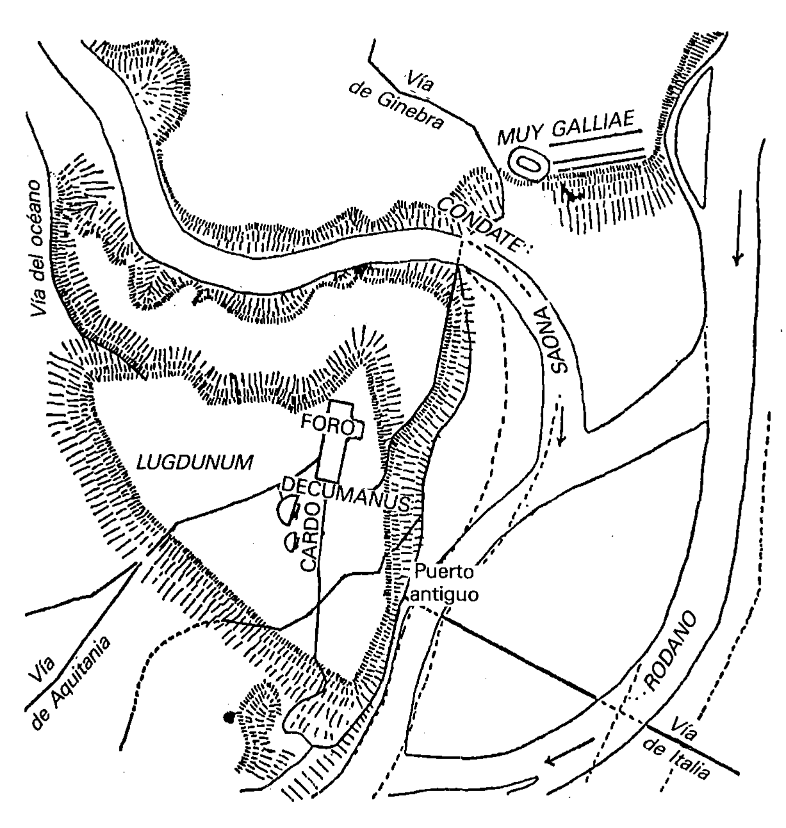


Fig. 28. Plano de Lyon antiguo
Según Wuilleumier, P., *Lyon, Métropole des Gaules*

ha sido todavía encontrada, pero sí que han podido reconocerse sus puertas. Por allí pasaban las grandes rutas que conducían a las diferentes regiones de las Galias y a Italia. El foro se edificó en una terraza, que lo colocaba por encima del *decumanus* y el *cardo,* con los que se comunicaba solamente por dos rampas. El emplazamiento del Capitolio y de los otros edificios públicos, se desvanece. La ciudad medieval y la ciudad moderna posiblemente hayan cubierto para siempre sus vestigios. De la colonia de Lyon, propiamente dicha, solamente conocemos con detalle el magnífico teatro de Fourviere, decubierto en las recientes excavaciones y restaurado. Allí, en el flanco de una colina, podían tomar asiento hasta 10.000 espectadores. Un odeón muy cercano, solamente podía recibir a unos 3.000.

Al pie de las murallas de Fourviere se instalaron muy pronto barrios populares y de comerciantes, cuyo recuerdo es conservado cuando menos por la epigrafía. Fue en primer lugar en la isla formada entonces por el Saona *(Arar)* y el Ródano *(Rhodanus),* que se creó el barrio de las Cabañas *(Cabanae),* donde estaban agrupados los comerciantes en vino y donde tenían sus almacenes. En la orilla derecha del Saona se encontraban los «nautas» (es decir, los patronos de los buques de transporte), cerca del puerto y de los depósitos. Aguas arriba, en el mismo ángulo de la confluencia, el barrio de *Condate* (es decir, en lengua de las Galias, «el afluente»), acogió a partir del año 12 aC el gran santuario consagrado a la divinidad de Roma y de Augusto. Este altar, donde venían a sacrificar cada año los representantes de todas las urbes de las Galias, dio nacimiento a todo un barrio, cuyo centro era el mismo altar federal, con un templo y, muy pronto, un gran anfiteatro.

Vemos como la historia de *Lugdenum* diseña fácilmente el sucesivo desarrollo de las funciones para las que fue creada la ciudad: puesto avanzado romano, transformado en una encrucijada comercial, estratégica y fluvial, y muy pronto, centro espiritual de la nueva provincia. Y en cada ocasión, un nuevo barrio surgía para responder a las nece-

sidades que se iban creando. Así pues, no existía ningún a priori, ni ninguna teoría preconcebida que impidiera el libre juego de las leyes geográficas.

Aunque la duradera prosperidad de Lyon y los grandes destinos que aguardaban a la fundación de Munatius Plancus disimulaban en los detalles el aspecto de la ciudad romana, sí que podemos tomar de una pequeña urbe de la Galia narbonense, Vaison (la urbe de los *voconces),* alguna idea de lo que fuera una ciudad galo-romana. En este lugar, las asiduas excavaciones llevadas a cabo han puesto de relieve unos barrios antiguos y, sobre todo, unas mansiones privadas que nos permiten entrever el aspecto de las viviendas en las urbes de la Narbonense. Encontramos en Vaison ejemplos de casas con *atrium* y peristilo de tipo tradicional, especialmente la casa llamada «del Busto de plata» o la «de los Messii», en la colina de Puymin. La primera está bastante bien datada: sin duda fue construida hacia finales del siglo I de nuestra era, y es interesante comprobar en ella la supervivencia del *atrium* —quizá como consecuencia de este espíritu tradicionalista del que durante tanto tiempo dieron testimonio las provincias occidentales—. Pero tendía a imponerse ya otro tipo de vivienda privada, el de la *insula.* No lejos de la Casa de los Messii se ha descubierto todo un conjunto de edificios, en muchos casos comparables a mansiones análogas de Ostia y de Roma: en lugar de estar orientadas hacia los patios interiores, las viviendas se abrían a la calle, y era igualmente hacia la calle a donde daban directamente las escaleras que conducían a los pisos superiores. Algunos barrios —los más populares— de las urbes romanas de las Galias, se parecían pues ya a alguna de las actuales viejas calles de Génova o de Niza.

A medida que nos vamos alejando del Mediterráneo, las casas particulares toman formas diferentes: se parecían más a la tradicional «cabaña» de las Galias, y es muy probable que en las ciudades más septentrionales, únicamente algunos raros «palacetes» estaban construidos al estilo romano. Aunque en las mismas Galias los documen-

tos escasean, las numerosas excavaciones llevadas a cabo en Gran Bretaña prueban que, cuando menos en esta provincia, las viviendas privadas presentaban un aspecto muy diferente del de las provincias mediterráneas. Una primera diferencia la encontramos en el hecho de que las casas de la Gran Bretaña no ocupaban completamente toda una «manzana», sino que estaban rodeadas de un gran jardín, lo que no era este el caso en las ciudades mediterráneas. De todo ello se deduce que su planimetría no estaba determinada por el terreno donde estaban edificadas. Las casas más simples formaban una especie de corredor o de *hall,* cuya fachada estaba bordeada por una veranda. El interior, dividido en compartimentos transversales, formaba habitaciones distintas que se comunicaban entre sí mediante la veranda anterior. A veces, en un extremo de la casa una habitación formaba un saliente que dominaba la veranda. En las mansiones más amplias, a menudo eran dos los *halls* que estaban dis-

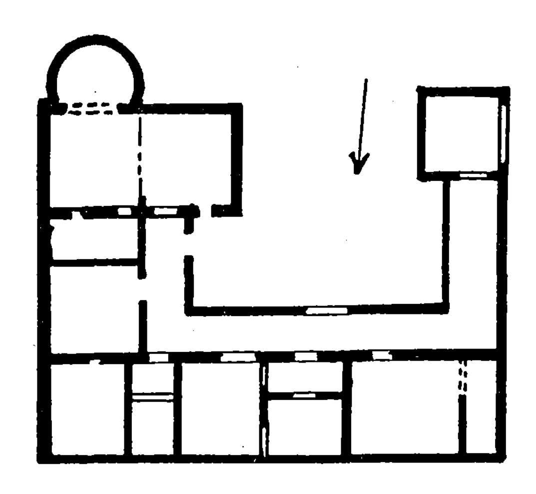


Fig. 29. Casa privada en Silchester
Según Ward, J.,
Romano British buildings..., pág. 149, fig. 43

puestos en forma de escuadra, con lo que tenemos así el esbozo de una casa con *patio,* donde las habitaciones de la vivienda estaban simplemente dispuestas en torno a un espacio dejado libre (fig. 29). Finalmente, a veces este espacio se cerraba sobre sí mismo y se transformaba en un verdadero patio. Aparentemente, volvemos a hallar una disposición que nos recuerda el de la casa africana, pero completamente diferente por sus orígenes y por su espíritu: el patio cerrado es aquí el punto final, casi accidental, de una evolución, y no un elemento central esencial en torno al cual se ordena toda la planimetría. En realidad, parece que podemos deducir que, en una ciudad como Silchester *(Calleva Atrebatum),* existían menos casas verdaderamente «urbanas» que viviendas rurales trasladadas a la ciudad y adaptadas, bien que mal, a las necesidades del urbanismo romano. Este, incluso cuando importaba a las provincias tipos de edificios directamente imitados de los que había impuesto a la capital, sabía adoptar formas arquitectónicas extrañas a la tradición italiana, y salvaguardar, dentro de lo posible, la originalidad de las tradiciones locales. Es quizá por esta razón, y gracias a esta flexibilidad y a este oportunismo, que Roma pudo permitirse, según los climas, las necesidades sociales y económicas, y según también el genio particular de cada uno de los pueblos acogidos en el seno del Imperio, acoger a tantas urbes factibles de albergar para más de un milenio los bastiones de la romanidad.

Bibliografía

Audin, A., *Essai sur la topographie de Lugdunum,* Lyon, 1966
Audin, A., *Lyon, miroir de Rome dans les Gaules,* París, 1965.
Bieber, M., *The History of the Greek and Roman Theater,* Princeton, 1939.
Brogan, O., *Roman Gaul,* Londres, 1953.
Cagnat, R. y Chapot, V., *Manuel d'Archéologie romaine,* 2 vol., París, 1916-1920.
Caputo, G., *Il teatro di Sabratha e l'architettura teatrale africana,* Roma, 1959.
Carettoni, G., Colìni, A. M., Cozza, L. y Gatti, G., *La pianta marmorea di Roma antica,* 2 vol., Roma, 1955.
Castagnoli, F., *Orthogonal Town Planning in Antiquity,* Cambridge, Mass., 1972.
Charles-Picard, G., *Les trophées romains,* París, 1957.
Clavel, M. y Lévèque, P., *Villes et structures urbaines dans l'Occident romain,* París, 1971.
Coarelli, F., *Le città etrusche,* Milán, 1974.
Collingwood, G. y Myres, J. N. L., *Roman Britain and the English Settlements,* Oxford, 1936.
Duval, P. M., Cherchel y Tipasa, *Recherches sur deux villes fortes de l'Afrique romaine,* París, 1946.
Duval, P. M. y Frézouls, E., *Thèmes de recherche sur les villes antiques,* CNRS, París, 1977.
Duval, P. M., *Paris antique, des origenes au IIIe siècle,* París, 1961.
Engel, J.-M., *El imperio romano,* Oikos-Tau, Vilassar de Mar-Barcelona, 1978.
Etienne, R., *La vie quotidienne à Pompéi,* París, 1966.
Formigé, J., «Le sanctuaire de Sanxay (Vienne)», *Gallia,* II, págs. 43-120, 1944.
Frere, S. S., *Britannia. A history of Roman Britain,* Londres, 1967.
Gayraud, M., *Narbonne antique, des origines à la fin du IIIe siècle,* París, 1981.
Gerkan, A. von, *Griechische Städteanlagen,* Berlin-Leipzig, 1924.
Gjerstad, E., *Early Rome. I. Stratigraphical Researches in the Forum Romanum and along the Sacra Via,* Lund, 1953.
Grenier, A., *Manuel d'archéologie gallo-romaine,* París, 1931 y sigs.
Harmand, L., *L'Occident romain...,* París, 1960.
Homo, L., *Rome impériale et l'urbanisme dans l'Antiquité,* París, 1951.
Kaehler, H., artículo «Triumphbogen», en Pauly-Wissowa, *R. E.*
Krencker, P. y Krüger, E., *Die Trier Kaisertherwen,* Ausburgo, 1929.
Lavedan, P., *Histoire de l'Urbanisme, I. Antiquité. Moyen Age,* París, 1926.
Lehmann-Hartleben, K., artículo «Städtebau», en Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie.*
Lugli, G., *I Monumenti antichi di Roma e Suburbio,* 2 vol., Roma, 1931-1934.
Maurin, L., *Saintes antique, des origines à la fin du VIe siècle ap. J.-C.,* Saintes, 1976.
Neppi-Modona, A., *Edifici teatrali greci e romani,* Florencia, 1961.

L'Orange, H. P., *Arts forms and civic life in the late Roman Empire*, Princeton, 1965.
Picard, Ch., «The Romans in Paris», *Archaeology*, III, pags. 112-18, 1930.
Platner, S. B. y Ashby, T., *A topographical Dictionary of Ancient Rome*, Londres, 1929.
Robertson, D. S., *A Handbook of Greek and Roman Architecture*, Cambridge, 1945.
Sautel, J., *Vaison dans l'Antiquité*, Aviñón, 1926-1942.
Staccioli, R. A., *I criptoportici forensi di Aosta e di Arles*, Memoria, serie VIII, vol. IX, fasc. 11-12, págs. 645-657, Academia dei Lincei.
Thouvenot, R., *La province romaine de Bétique*, París, 1940.
Ward, J., *Romano-British Buildings and Earthworks*, Londres, 1911.
Wheeler, M., *Roman art and architecture*, Londres, 1964.
Wuilleumier, P., *Lyon, métropole des Gaules*, París, 1953.
Wycherley, R. E., *How the Greeks built cities*, Londres, 1949.

